

# LA EDAD DE ORO

---

## KENNETH GRAHAME



**RIALP**

KENNETH GRAHAME

# LA EDAD DE ORO

EDICIONES RIALP, S.A.  
MADRID

Título original: *The golden age*

© 2012 de la versión española, realizada por JOSÉ MANUEL MORA FANDOS,  
by EDICIONES RIALP, S.A., Alcalá 290. 28027 Madrid ([www.rialp.com](http://www.rialp.com))

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Realización ePub: [produccioneditorial.com](http://produccioneditorial.com)

ISBN: 978-84-321-4182-9

# ÍNDICE

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

INTRODUCCIÓN

LA EDAD DE ORO

PRÓLOGO: LOS OLÍMPICOS

UN DÍA LIBRE

UN TÍO ABSUELTO

CLAMORES DE GUERRA

EL HALLAZGO DE LA PRINCESA

SERRÍN Y PECADO

«EL TRAVIESO CUPIDO»

LOS LADRONES

UNA COSECHA

INCOMUNICADOS POR LA NIEVE

DE QUÉ HABLABAN

LOS ARGONAUTAS

EL CAMINO ROMANO

EL CAJÓN SECRETO

«EXIT TYRANNUS»

LA HABITACIÓN AZUL

UN PIQUE

LUSISTI SATIS

## INTRODUCCIÓN

Alguien está a punto de entrar en la vida adulta. Echa la vista atrás y cuenta *desde la frontera* aquel mundo al que ya no volverá. O sí, por virtud de la literatura; y entonces pone en juego el humor cordial, la ironía constante, la metáfora y cualquier otro atajo para decir la esencia de la vida, los recuerdos del primer contacto con la naturaleza, el tesoro del mundo de los mitos, los cuentos y los poemas, el moldeado de la vida interior en las relaciones familiares... Y tras ese contar, se hará —nos hará a los lectores— una pregunta con la que salvar lo que no puede —no podemos— perder.

El escritor escocés Kenneth Grahame (1859-1932) alcanzó con *El viento en los sauces* (1908) una fama mundial como narrador para niños y jóvenes. Pero sus colecciones de ensayos y narraciones llevaban ya una década de excelentes relaciones con el gran público británico. *La Edad de Oro* (1895) fue su primera «novela»: una serie de narraciones unificadas por el personaje de un niño y su divertida familia, por el sucederse de las estaciones y por el imperceptible pero imparable avance de la vida, que un día traerá todo aquel orden de cosas —paradójicamente estable y a la vez abierto al juego y la novedad— a su fin.

Grahame fue de los primeros en poner sobre el papel una reivindicación de la infancia, frente al mundo excesivamente pragmático de finales del xix. Es literatura para niños... con un profundo mensaje para los adultos; un tipo de escritura que ha encontrado grandes cultivadores en Gran Bretaña. Cuando se ha leído *La Edad de Oro*, no se puede dejar de escuchar sus ecos en el *Peter Pan* (1904) de J. M. Barrie, o en las *Crónicas de Narnia* (1949-1954) de C. S. Lewis. Esta es la primera traducción a castellano: espero que los nuevos lectores también encuentren aquí ese fascinante aire de familia.

JOSÉ MANUEL MORA FANDOS

## La Edad de Oro

Kenneth Grahame

*Es oportuno volver la vista a aquellos viejos tiempos y contemplar a nuestros antepasados. Los grandes ejemplos se difuminan, hasta ser barridos de aquel mundo que ya pasó. La sencillez se esfuma, y la iniquidad se abalanza a grandes zancadas sobre nosotros.*

SIR THOMAS BROWNE

## PRÓLOGO: LOS OLÍMPICOS<sup>1</sup>

Al volver la vista a aquellos felices días —antes de que la puerta se cierre y me quede definitivamente a este lado—, caigo en la cuenta de que mis hermanos y yo sentíamos las cosas de modo muy distinto a como lo hacían los niños adecuadamente provistos de papá y mamá. Así que, los que no tuvimos más que Tíos y Tías, necesitaremos una especial comprensión por parte del lector.

Aquellos Tíos y Tías nos trataron, sin duda, con toda la atención en lo tocante a nuestras necesidades corporales; pero, descontado esto, también lo hicieron con indiferencia: una indiferencia, así lo veo, fruto de cierta ignorancia. Esa ignorancia de la que surge inmediatamente la tópica convicción de que un niño es un mero animalito. Siendo muy pequeño, recuerdo haber intuido sin traumas la existencia de este error y su tremenda influencia en el mundo. Mientras tanto, sentía en mí —como calcado de aquello de «Calibán sobre Setebos»<sup>2</sup>— una fuerza creciente e insospechada que me inclinaba a la práctica de rarezas solo «porque sí», como la de concederles autoridad a los mayores, esas criaturas incapaces y sin remedio, cuando hubiese sido mucho más razonable ejercerla sobre ellos.

Estos mayores —superiores por la simple casualidad de haber nacido antes que nosotros— no nos inspiraban a los niños ningún respeto; tan solo nos provocaban una cierta mezcla de envidia —por su buena suerte— y compasión —por su incapacidad para sacarle provecho—. A decir verdad, uno de sus rasgos más desesperantes —que se volvía patente cuando nos tomábamos la molestia de malgastar algún pensamiento en ellos, algo infrecuente— era su incapacidad para disfrutar de los placeres de la vida; y eso que tenían licencia absoluta para hacer lo que les diera la gana. No me cabía en la cabeza que, pudiendo chapotear en un estanque todo el día, perseguir pollos, trepar a los árboles con la ropa de domingo, salir a la calle sin pedir permiso, comprar pólvora a los ojos de todo el mundo, disparar cañones y explotar minas sobre el césped... jamás hicieran nada de esto. Ninguna Fuerza irresistible los arrastraba a la iglesia los domingos; y sin embargo, iban regularmente por propia iniciativa, aunque tampoco se les notaba un deleite mayor que el que se nos pudiera notar a nosotros.

En general, la vida de estos Olímpicos mostraba una carencia absoluta de intereses, y un exceso de gestos comedidos y cautos, así como de hábitos estereotipados y absurdos. Ciegos para todo, solo veían las apariencias de las cosas: para ellos el huerto —¡un lugar habitado realmente por duendes, maravilloso!— solo producía tantas o cuantas manzanas y cerezas; y si no encontraban frutos, entonces la ausencia se nos imputaban a los niños, y no pocas veces. Nunca ponían un pie en el bosque de abetos ni en el soto de avellanos, y mucho menos se les ocurría soñar con las maravillas allí ocultas. Las misteriosas fuentes —como las del antiguo Nilo— que alimentaban el estanque de los

patos, no tenían ninguna magia para ellos. Eran incapaces de descubrir el rastro todavía fresco de los indios, y les importaban un comino los búfalos o los piratas —¡con pistolas!—, y eso que aquellos portentos pululaban por doquier. Explorar las cuevas de los ladrones les traía sin cuidado, y mucho más excavar en busca de un tesoro escondido. En fin, quizás su única virtud fuese la de pasar la mayor parte del tiempo acartonados en casa, lejos de nosotros.

Sin embargo, también estaba el clérigo coadjutor: se le podía informar —sin que parpadeara siquiera— de que el prado de detrás del huerto era una llanura tomada por manadas de búfalos —lo que suponía disfrutar, con mocasines y tomahawks, de una cabalgada entre alaridos en pos del olor de la sangre—: ni se reía ni se burlaba —al contrario de los Olímpicos—, y esto era fruto de su sólida personalidad. Es más, aportaba tal cantidad de valiosas sugerencias a la realización de nuestro gran juego que, así nos lo parecía, difícilmente habría alcanzado aquella madurez y eminente posición clerical, sin un conocimiento práctico de los búfalos en su hábitat salvaje. Lo recuerdo siempre dispuesto a convertirse, si así se le requería, en el 7º de Caballería o en una banda de indios merodeadores. En resumidas cuentas, un hombre notablemente capaz, con talentos y —hasta donde podíamos juzgar— muy por encima del resto de mayores que conocíamos. Seguro que a estas alturas ya será obispo: bien sabíamos que estaba suficientemente cualificado.

Esta gente tan excéntrica recibía de vez en cuando visitas de Olímpicos rígidos y pálidos como ellos, igualmente carentes de intereses vitales o proyectos inteligentes, que bajaban a este mundo desde alguna nube para, un rato más tarde, volver a su insulsa vida en aquel lugar inmaterial del que habían venido. En los preparativos para aquellas visitas imperaba la fuerza bruta y la falta de piedad: se nos capturaba, lavaba y forzaba a llevar camisas de cuello duro. Nos sometíamos en silencio, ya por costumbre, con más desdén que enfado. Y así, con el pelo engominado y el rostro congelado en una sonrisa falsa, permanecíamos sentados atendiendo a las tópicas conversaciones. ¿Cómo alguien sensato podía malgastar así su preciado tiempo?: no dejábamos de darle vueltas a este misterio durante todo el rato, hasta que por fin libres escapábamos brincando hasta la vieja hondonada de arcilla para modelar tarros, o nos adentrábamos por el soto de avellanos a la busca y captura del oso.

Otra constante fuente de asombro era el hábito olímpico de hablar por encima de nuestras cabezas —en las comidas, por ejemplo— de esta o aquella banalidad social o política. Se engañaban pensando que estas inconsistentes caricaturas de la realidad a las que tanto tiempo y atención prestaban, eran lo más importante del mundo. Nosotros, los verdaderos ilustrados, que mientras masticábamos en silencio rebosábamos de planes y conspiraciones, podríamos haberles contado de qué iba, en el fondo, la vida. Pero simplemente la habíamos dejado momentáneamente afuera, al aire libre, y ardíamos en deseos de volver a ella.

Desde luego, no malgastábamos esta sabiduría con ellos; la inutilidad de transmitírselo había quedado demostrada hacía mucho tiempo. Los niños éramos un equipo, estábamos unidos en el pensamiento y en la intención, vinculados por la necesidad de combatir un

destino fatal y común, un poder enemigo de cuya evasión habíamos hecho nuestro objetivo vital... y no teníamos más confidentes que nosotros mismos.

Tardamos mucho tiempo en perder de vista este extraño y enfermizo mundo de Tíos y Tías, y eso fue mucho después de tener que despedirnos de los amistosos animales con los que compartíamos la luz del sol. Hasta entonces, día tras día un sentido de la injusticia fortalecía nuestro distanciamiento hacia ellos, provocado por la constante negativa de los Olímpicos a defenderse, retractarse, admitir que estuviesen equivocados, o a aceptar similares concesiones desde nuestro bando. Por ejemplo, cuando lancé el gato desde una de las ventanas más altas —pese a hacerlo sin mala intención, y a que el gato saliera ileso—, tras una breve reflexión me dispuse a admitirlo como falta, como debería hacer un caballero. Pero a nadie pareció importarle si yo tenía algo que decir.

¿Fue algo aislado? Pues no. De nuevo, cuando Harold fue encerrado un día entero en su cuarto bajo acusación de asalto con agresiones al cerdo de un vecino —una acción que el propio Harold condenaba, pues era un hecho comprobable que se encontraba en la mejor de las relaciones con el porquero en cuestión—, y después se descubrió al verdadero culpable, no hubo una elegante expresión de disculpa por parte de los Olímpicos. A Harold le dolió este proceder, y no tanto el encarcelamiento —a decir verdad, casi al instante de su reclusión se había fugado por la ventana con la asistencia de algunos aliados, y había vuelto justo a la hora de su liberación—. Una sola palabra hubiera arreglado todo; pero, desde luego, nunca fue pronunciada.

¡Bien! Todos los Olímpicos se quedaron allí... y desaparecieron. Sin embargo, el sol no parece brillar ahora tan intensamente como solía; las praderas de aquellos viejos tiempos, jamás surcadas por senderos, se han encogido y reducido hasta unos cuantos pobres acres.

Una duda entristecedora, una pálida sospecha, va apoderándose de mí. *Et in Arcadia ego* 3... ciertamente, una vez viví en la Arcadia. ¿Será que yo también me he convertido en un Olímpico?

1 En la mitología griega, los dioses habitaban el monte Olimpo, un lugar inaccesible a los hombres.

2 «Caliban sobre Setebos» es el título de un poema del autor victoriano Robert Browning (1812-1889). Caliban, personaje tomado del drama shakespereano *La tempestad*, queda en el poema como ejemplo de quien proyecta sobre Dios su propio modo imperfecto de ser.

3 «Incluso en la Arcadia, estoy yo», frase del poema *Bucólicas* de Virgilio, que refiere a la presencia de la decadencia y la muerte en todas partes, incluso en los lugares más bellos e ideales.

## UN DÍA LIBRE

El imperioso viento se había desatado y bramaba por doquier, como señor de la mañana que salía a cazar. Los álamos se agitaban entre sobrecogedores silbidos. Las hojas muertas saltaban por los aires, arremolinándose en las alturas. Y los inmensos cielos recién barridos parecían estremecerse con el sonido de una grandiosa arpa. Fue uno de los primeros despertares del año. La tierra se desperezaba sonriendo todavía somnolienta. Y todas las cosas se alzaron de un brinco y latieron acompasadas al movimiento del gigante.

Disfrutábamos de un día libre entero, por ser el cumpleaños de alguien de nosotros — de quién, es lo de menos—. Fuera quien fuese, había recibido regalos y la típica sarta de buenas palabras que hacen que uno se hinche con la sensación de ser un héroe — sensación no menos dulce por el hecho de no haber hecho nada para merecer los elogios —. Pero el día libre era un regalo para todos: el contacto con la Naturaleza viva que se despierta, los variados deleites al aire libre como las pozas y el sol y el desmoche de los setos... La Naturaleza asentía con una sonrisa a mis carreras por el prado, levantando los felices talones, como un potrillo. Arriba, el cielo era del más azul de los azules, y las charcas de las riadas invernales devolvían refulgentes los colores, fieles y luminosos; el aire leve me estremecía con un toque que parecía encender la misma chispa de vida en mi pequeña persona, y en las flores más adelantadas que ya pululaban por los abrigos silvestres. Sí, cruzaba corriendo aquel mundo exuberante bañado de sol: libre de lecciones, libre de la disciplina y la urbanidad... al menos por un día.

A mi espalda se quedaban las voces agudas de mis hermanos, que decían mi nombre y se apagaban, pero nada podía detener la ciega voluntad de mis piernas. Pensé que tan solo Harold y las suyas —aun siendo más cortas que las mías—, eran capaces de un acelerón mayor. De nuevo escuché mi nombre, esta vez más difuso todavía, dramáticamente quebrado a la mitad: el acento fatigado de Charlotte me detuvo.

Llegó sin resuello y se dejó caer a mi lado sobre la hierba. Ninguno deseaba hablar: el esplendor y la gloria de existir en medio de aquella mañana perfecta nos colmaban de satisfacción.

—¿Dónde está Harold? —pregunté entonces.

—Oh, está jugando a vendedor de magdalenas ambulante, como siempre —dijo con petulancia—. Imagínate, ¡querer ser un vendedor de magdalenas ambulante todo el día libre!

Era una extraña manía, ciertamente. Pero Harold, que inventaba sus propios juegos y los jugaba sin ayuda, siempre se adhería inamovible a su última ocurrencia pasajera, hasta acabar por agotarla. Justo en aquella época era un vendedor ambulante de magdalenas, y día y noche recorría pasillos y subía y bajaba escaleras, haciendo sonar

una campana muda y ofreciendo magdalenas fantasmas a viandantes invisibles. Daba la sensación de ser una clase de entretenimiento más bien burda; pero era innegable que aquel juego tenía su qué —recorrer concurridas calles cerca de tu casa haciendo sonar sin cesar una campana imaginaria y ofreciendo etéreas magdalenas caseras a un bullicioso y multitudinario gentío creado por ti—, ¡aunque más bien armonizara poco con aquella radiante mañana, barrida por el viento!

—¿Y Edward, dónde está? —de nuevo pregunté.

—Viene por el camino —dijo Charlotte—. Me ha contado que estaría agazapado en la cuneta para cuando pasáramos, y se convertiría en un oso pardo y saltaría sobre nosotros. Lo único es que no debes contarle que te lo he contado, porque es una sorpresa, y las sorpresas no se cuentan.

—Muy bien —dije magnánimamente—. Vamos y que nos sorprenda —aunque no pude dejar de sentir que en aquel día inigualable incluso un oso pardo quedaba ramplón y fuera de lugar.

Desde luego, un intachable oso se nos abalanzó en cuanto entramos en el camino. A continuación vino una serie de alaridos, gruñidos, disparos de revólver y heroicidades jamás vistas, hasta que al fin Edward condescendió a revolcarse en el polvo y morir —exagerando la envergadura de su mole y su agonía final— como un indómito oso pardo. Era algo asumido que quienquiera que se comprometiese con convicción a ser un oso, debía morir más tarde o más temprano, incluso si se trataba del mayor de todos los hermanos. De otro modo, la vida no hubiera sido otra cosa que matanzas y carnicerías sin fin, y la Edad de las Bellotas<sup>1</sup> habría impedido la llegada de nuestra civilización, tan arduamente levantada. Este pequeño episodio concluyó satisfactoriamente para todas las partes implicadas, así que continuamos por el camino y algo más allá recogimos al ausente Harold, ya sin magdalenas, sociable y en sus cabales.

—¿Qué haríais...? —preguntó entonces Charlotte, a la que cualquier libro que anduviera leyendo le absorbía los pensamientos hasta que lo terminaba y se olvidaba de él—. ¿Qué haríais si vierais dos leones en el camino, uno a cada lado, y no supierais si estaban sueltos o encadenados?

—¿Hacer? —exclamó Edward con valentía—, yo... yo...yo... —Su tono fanfarrón se fue extinguiendo hasta farfullar—: No sé qué haría.

—Yo no haría nada —hice mi observación tras considerarlo bien y, realmente, sigo pensando que no sería fácil alcanzar una conclusión más sabia.

—Si se trata de *hacer* —comentó Harold, reflexivamente—, los leones ya se encargarían de hacer todo lo que hubiera de ser hecho, ¿no?

—Pero si fueran leones *buenos* —replicó Charlotte—, harían como se hiciera con ellos.

—Ah, ¿pero cómo vas a distinguir un león bueno de uno malo? —dijo Edward—. Ningún libro te dirá nada de eso, y los leones no llevan marcas para que se les distinga.

—¡Bah!, no hay leones buenos —se apresuró a decir Harold.

—Claro que sí, sí hay, montones y montones —le contestó Edward—. Casi todos los leones en los libros de cuentos son buenos leones: el león de Androcles<sup>2</sup>, y el león de

San Jerónimo<sup>3</sup> y, y, y el León y el Unicornio<sup>4</sup>.

—Le dio un repaso al Unicornio —observó Harold, receloso— por todos los lados.

—Eso *prueba* que era un *buen* león —gritó Edward triunfante—. Pero la cuestión es ¿cómo vas a saber que son buenos al verlos?

—Yo le preguntaría a Martha —sentenció Harold sobre aquella materia opinable.

Edward resopló con desdén, y se volvió a Charlotte. —Mira —dijo—, lo mismo da, juguemos a los leones: yo corro hasta aquella esquina y soy un león; seré dos leones, uno a cada lado del camino, y tú te acercas, y no sabes si estoy encadenado o no, ¡y ahí estará la gracia!

—No, gracias —dijo Charlotte con firmeza—, porque estarás atado hasta que me acerque bastante a ti, y entonces te soltarás y me harás pedazos, y me pondrás perdido el vestido, y seguro que también me haces daño. ¡Ya me conozco tus leones!

—No, no lo haré; te prometo que no lo haré —protestó Edward—. Esta vez seré un león tan distinto que no te lo puedes ni imaginar. —Y corrió hasta allí. Charlotte dudó, pero comenzó a aproximarse tímidamente: a cada paso era menos Charlotte, actriz por un minuto, y más el Peregrino<sup>5</sup> más inquieto que hubo nunca. La ira del león crecía terriblemente mientras se acercaba y sus rugidos llenaban la sobresaltada atmósfera. Esperé hasta que ambos estuvieron totalmente absortos, y entonces me deslicé a través del seto, fuera del transitado camino, hasta los vacíos espacios del prado. No es que yo fuera insociable, ni que me supiera hasta la saciedad los leones de Edward; sino que la pasión y la llamada de la divina mañana se afirmaban con fuerza en mis venas.

¡Del polvo venimos y al polvo volveremos!<sup>6</sup> Esa era la sincera impresión, la jubilosa llamada del día. Y mis hermanos no podían más que desentonar y parecer artificiales con aquellos debates y juegos imaginarios, cuando la benévola Naturaleza, ya sin reticencias, entonaba a viva voz su canción, que estremecía y reclamaba el dominio de cada una de tus fibras. El aire era vino, el olor a tierra húmeda era vino, el canto de la alondra, los efluvios del establo allá en lo alto del campo, la humareda y el jadear de un tren lejano, todo era vino... o canción, ¿vino... o aroma, aquella alianza en la que todo se mezclaba? No tenía entonces palabras para describir aquella sensación, aquella emanación de la tierra que tan vivamente percibía; ni, de hecho, las he encontrado desde entonces. Corría de costado, gritaba, hincaba mis felices talones en terrenos encharcados, con un palo arrancaba rociones diamantinos de la superficie de las pozas, lanzaba al azar terrones al cielo y, de repente, no sé cómo, me sorprendí cantando. Las palabras eran mero sinsentido, un parloteo inconsciente; la tonadilla era improvisada, un monótono y desacompañado subir y bajar; y, sin embargo, a mí me parecía una expresión vocal genuina, lo único apropiado, acertado y perfecto para aquel justo momento. La Humanidad lo hubiese rechazado con desdén, pero la Naturaleza, que en todas partes cantaba en la misma tonalidad, lo reconocía y aceptaba sin el menor asomo de desacuerdo.

Durante todo el tiempo el viento cordial me requería amistosamente desde las copas de los árboles, donde se agitaba y bramaba. «Tómame hoy como guía», parecía rogarme. «En otros días libres diste tumbos por las sendas que te marcaba el incommovible y

férreo sol; al final, llegabas tarde a casa después de hacer novillos, arrastrando los cansados pies con una luna pálida e inexpresiva por toda compañía. Hoy, ¿por qué no yo, el embustero, el hipócrita? ¡Yo, que abofeteo al que gira una esquina y le bravuconeo, que me desinflató y me apago, y en seguida me rehago y sigo a la caza! Puedo enseñarte la mejor y más extraña danza de todas, porque soy el más fuerte y caprichoso, el señor de la anarquía, el único irresponsable y sin escrúpulos, el que no obedece ley alguna». Por mi parte, estaba lo suficientemente dispuesto a avenirme a las intenciones del compañero. ¿Es que no se trataba de todo un día libre? Así que inmediatamente cambiamos el rumbo codo con codo, por así decirlo. Y con total confianza me sumé al rumboso y perverso recorrido que mi desenfrenado timonel me ofrecía.

Me pareció un fantástico camarada... antes de que me la jugara bien. ¿Iba en broma o con algún serio propósito velado, cuando me soltó de sopetón sobre un par de enamorados, que se miraban silenciosos, en lo alto de los discretos e inamovibles peldaños de piedra que salvaban un murete entre dos campos? Por lo general, este tipo de cosas me sorprendía como la más penosa de las estupideces. Dos terneros rozándose los hocicos a través de un portillo era algo natural y correcto, dentro del orden general de las cosas; ¡pero que seres humanos, con intereses valiosos y vivos deseos que les reclamaban a cada uno desde su lado, se comportaran así! Bueno, era algo de lo que alejarse a toda prisa, colorado de vergüenza ajena, para no darle vueltas nunca más. Pero aquella mañana, cualquier cosa que me encontraba parecía responder y armonizar con aquel mismo toque mágico que flotaba en el aire; y con cierto asombro me descubrí acordándome con simpatía y sin desdén de aquellos necios, mientras me alejaba vagando, lejos de su atención. De verdad, había algún influjo reconciliador en todas partes, que podía armonizar extravagancias como aquella con los brotes verdes, el florecer de todo y el aire juguetón.

Un bufido de mi terco compañero en la mejilla derecha me orientó hacia una nueva perspectiva: pude atisbar al instante la iglesia del pueblo, solitariamente asentada al centro del rodal de olmos que la circundaba. Desde la ventana de la sacristía se proyectaban dos piernas cortas, que giraban hambrientas de un saliente y que delataban hurto —por no decir sacrilegio— en cada uno de sus aspavientos: una imagen impía para un partidario del Orden establecido. Aunque el resto permanecía oculto, conocía bastante bien aquellas piernas; habitualmente iban adjuntas al cuerpo de Bill Saunders, el chico incomparablemente malo del pueblo. El codiciado botín también podía imaginármelo fácilmente: procedería de la provisión de galletas del vicario, guardadas —como también sabía— en un armario junto con sus vestiduras de trabajo.

Por un momento vacilé, pero en seguida continué mi camino. Afirmo enérgicamente que yo no estaba del lado de Bill; pero, al mismo tiempo, tampoco del lado del vicario: en aquella mañana inmoral algo parecía decir que, quizás después de todo, Bill tenía tanto derecho sobre las galletas como el vicario y, ciertamente, iba a disfrutar más de ellas; y que, en todo caso, se trataba de un asunto opinable y en absoluto de mi incumbencia. A la Naturaleza, que me había aceptado como aliado, poco le importaba

quién tuviera todas las galletas del mundo y, por descontado no iba a dejar que ningún amigo suyo desperdiciara el tiempo jugando a ser el policía de la Sociedad.

Me arrastraba de nuevo mi insistente guía, y mientras deambulaba a merced de aquel despertar suyo, no dudé de que tenía más asuntos festivos que mostrarme. Y así fue, de hecho, y con ese mismo aire desmandado. Entonces vi, como una negra bandera pirata sobre el océano azul del cielo, un halcón que se cernía siniestramente. Al instante se dejó caer en picado sobre el seto, de donde brotó, débil y agudo, el chillido de una voz lastimera.

Para cuando llegué allí, un desmochado plumero sobre la hierba —como panfletos de teatro dispersos por el suelo— era todo lo que quedaba dispuesto a narrar la tragedia recién representada. Sin embargo, la Naturaleza sonreía y continuaba cantando, inmisericorde, alegre, imparcial. Para ella, que no tomaba parte por nadie, había tantas cosas que decir a favor del halcón, como del pinzón. Ambos eran sus crías, y no mostraba preferencias.

Más allá, un erizo yacía muerto en medio del sendero. No: más que muerto, habría que decir que ya estaba muy estropeado, sin duda: una imagen penosa para quien hubiera conocido al tipo en circunstancias más animadas. La Naturaleza, al menos, podría haberse detenido a derramar una lágrima sobre esta pequeña cría suya ásperamente enchaquetada, sobre sus proyectos baldíos, sus ambiciones canceladas, por toda su beneficiosa vida súbitamente cercenada. ¡Pero ni una pizca de eso! Jubilosa como siempre, proseguía con su entusiasmado canto y «Muerte-en-la-Vida» y, a su vez, «Vida-en-la-Muerte», eran sus estribillos alternantes. Y al ver esparcidos por el suelo los remates de los nabos mordisqueados por las ovejas —devorados hasta el cogollo en los días de helada, ya bien lejanos—, me pareció entender vagamente algo del severo significado de su aguerrido cántico.

Mi invisible compañero también cantaba, y parecía a veces reír por lo bajito para sí, sin duda al pensar en las extrañas y nuevas lecciones que me estaba dando. Quizás, también, por una especial jugarreta que me tenía reservada. Porque cuando al final se cansó de un compañero terrícola tan insignificante, me abandonó en cierto lugar conocido; en ese momento se detuvo, amainó y se escabulló en la nada. Levanté la mirada, y ante mí, lúgubre y cubierto de líquenes, se alzaba el antiguo poste de los azotes del pueblo. Tenía los laterales grabados con las iniciales de una generación que, libre ya de aquellas costumbres, había despreciado su muda enseñanza, pero todavía tenía en sus costados los sólidos grilletes herrumbrosos que habían amarrado las muñecas de los ancestros de aquella generación, por osar mofarse de la ley y el orden. ¡Si yo hubiese sido un pequeño Sterne, aquí habría tenido una gran ocasión para un desahogo sentimental!<sup>7</sup> Estando así las cosas, solo me restaba correr a casa, con mi rabo moral bien entre las piernas, con el inquietante presentimiento —mientras miraba hacia atrás por encima del hombro— de que en esta enseñanza había más fondo del que parecía.

Frente a nuestra puerta me encontré con Charlotte, llorosa y sola. Edward, por lo que parecía, le había persuadido para que se escondiera, con la absoluta confianza de que la encontraría y saltaría sobre ella como un auténtico gato. Entonces Edward se percató de

la carreta del carnicero y, olvidando sus obligaciones, se apresuró a regalarse unas carreras. Por otro lado, Harold —así se supo más tarde—, que codiciaba intensamente los renacuajos y rebosaba del deseo de su posesión, se había caído al estanque. Esto, en sí, era insignificante, pero en su intentona de colarse por la puerta de atrás, había caído en manos de una de sus tías, cubierto de algas fluviales, y había sido enviado sin demora a la cama; y esto, en un día libre, era demasiado.

La moraleja del poste de los azotes se estaba cumpliendo. Y a mí no me extrañó nada que, al llegar a casa, se me echara el guante y acusara de haber hecho algo que ni siquiera se me había ocurrido. Mi estado de ánimo era tal, que no hubiera deseado con más ardor el haberlo hecho de verdad.

1 Modo infantil de referir a una época de la humanidad, remota y previa a la civilización.

2 Historia contada por Aulo Gelio (s. II d. C.) en el quinto libro de *Noches áticas*: el esclavo Androcles, huyendo de su amo, cura a un león que se convierte en su fiel servidor. Pasados los años, Androcles vuelve a la civilización, es enjuiciado y condenado a morir en el Circo de Roma. Allí se encuentra con su viejo amigo el león, que rechaza atacarle. El emperador perdona a Androcles, por ver en aquella relación entre el hombre y el león un asombroso ejemplo de amistad.

3 Según *La leyenda dorada*, de Jacobo de la Vorágine (s. XII), san Jerónimo extrajo una espina de la garra herida de un león que había llegado hasta el convento, y el león se hizo inseparable del santo. El león es uno de los emblemas con que a menudo se le representa.

4 Según la canción infantil inglesa, el león y el unicornio luchaban por ser el rey de los animales, y finalmente el león venció. Ambos animales están representados en el escudo del Reino Unido.

5 *El progreso del peregrino, desde este mundo al que ha de venir* (1678), es una obra alegórica escrita por John Bunyan (1628-1688), considerada como la más importante de la literatura cristiana inglesa. Christian —trasunto del fiel que busca la salvación— en mitad de su peregrinación encuentra dos leones que custodian la entrada a la «Casa hermosa», símbolo de la congregación cristiana, desde la que se ven las moradas celestiales.

6 Traducción de la frase litúrgica «Memento Homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris», que refiere a la caducidad de la vida.

7 Laurence Sterne (1713-1768) narró en *Viaje sentimental por Francia e Italia* (1768) la peripecia de Yorick, un clérigo desenfadado e ingenioso que parte rumbo a Francia en plena guerra de los Siete Años para realizar un periplo que le rebelará las maneras de ser de otras naciones.

## UN TÍO ABSUELTO

En nuestras pequeñas vidas, un día era venturoso cuando un nuevo Tío venía de la ciudad a visitarnos, y sometía su carácter y cualidades —inconscientemente— a nuestro cuidadoso examen. Los anteriores Tíos habían sido sopesados en la balanza y —lamentablemente, ¡ay!— mostraron estar faltos de peso.

Por ejemplo, el Tío Thomas fue una decepción, ya de salida. No es que tuviese una disposición malévola, ni hábitos tales que lo hicieran inapropiado para una convivencia decorosa; pero sí parecía poseer una radicada convicción de que la razón de la existencia de un niño era la de servir de diana para las bromas poco agraciadas de los adultos o —por las estruendosas risotadas que las acompañaban— para lo que pretendía ser una broma. Pues bien, estábamos deseosos de que tuviera un juicio escrupulosamente justo. Así que en el cobertizo de arreglos, entre el desayuno y las lecciones, tratamos y examinamos todas sus ocurrencias, una por una, ecuánime, metódica y desapasionadamente. No encontramos nada de bueno, no pudimos descubrirles ni una pizca de gracia. Y como solo la posesión de un don auténtico para el humor —que, además, ni siquiera pretendía tener— podría haber salvado al Tío Thomas de sus equivocaciones, fue declarado a nuestro pesar un impostor sin remedio.

El Tío George —el más joven— era con claridad quien más prometía. Nos acompañó alegremente por las instalaciones de la granja y se sometió a una presentación en sociedad: saludó a cada una de las vacas, ofreció su mano derecha al cerdo como signo de camaradería, e incluso insinuó —inesperadamente— que algún día podrían llegarnos de la ciudad un par de conejos de ojos rosados del Himalaya. En el preciso instante en que nos pusimos a considerar si un comentario aparentemente accidental sobre las sólidas cualidades de un conejillo de indias o de unos hurones podría acaso progresar y dar su fruto, nuestra gobernanta apareció en escena. De inmediato, los modales del Tío George sufrieron un cambio completo y execrable. Su interés por temas sensatos pareció, «como el moribundo pulso de una fuente»<sup>1</sup>, retroceder y difuminarse; y aunque el ostensible propósito de Miss Smedley era llevarse a Selina para el paseo diario, doy fe de que esta pasó la mañana cazando ratas con el hijo del portero y conmigo. Mientras que, si Miss Smedley paseó con alguien, todo hace pensar que fue con el Tío George.

Pero pese a aquella conducta claramente innoble, no sufrió una inmediata condena. Su defección fue examinada en todos sus aspectos, aunque al final quedó tristemente claro que aquel Tío debía de poseer alguna innata tara de carácter y afición por las compañías de poco rango. Nosotros, que por la experiencia diaria conocíamos a Miss Smedley como un libro abierto, ¿no éramos muy conscientes de que no solo carecía de méritos y encantos —de característica alguna, de hecho—, sino que además poseía un temperamento y genio ingénitamente perversos? Es verdad, se sabía de memoria las

fechas de los reyes ingleses, pero ¿de qué provecho le iba a ser al Tío George que, por haber ingresado en el ejército, había superado la necesidad de información inútil? Por otro lado, la alternativa de nuestros arcos y flechas le había sido ofrecida en todo momento; y un soldado no hubiese dudado un instante ante la elección correcta. No: el Tío George había caído en desgracia, y fue unánimemente condenado. La llegada nunca cumplida de los conejos himalayos fue solo una tachuela más en su ataúd. Los Tíos, pasaron a convertirse en una demanda a la baja y sin atractivo, por lo que hubo poca inclinación a hacer tratos con ellos.

Sin embargo, se acordó que el Tío William, que acababa de llegar de la India, debería tener un juicio tan justo como los de los demás; más si cabe, pues bien podía encarnar posibilidades novelescas quien, por su hoja de servicios, poseía el fascinante Oriente como heredad.

Selina me había dado puntapiés en las espinillas —¡en fin, es chica!— durante una refriega en el pasillo, y todavía me las estaba frotando con una mano cuando me encontré que el Tío-en-proceso-de-aprobación me estaba estrechando la otra con no demasiado entusiasmo. Un rubicundo hombre de edad —e innegablemente nervioso— iba pasando de las mugrientas pezuñas de un sobrino a las del otro; y, poniéndose muy colorado, en una horrible simulación de cordialidad, dijo: —Bueno, ¿cómo estáis todos?, contentos de verme, ¿eh? —Puesto que apenas habíamos tenido la oportunidad de formarnos una opinión —como sería de justicia— en aquel estadio tan prematuro, no pudimos más que mirarnos en silencio, pero de poco sirvió para aliviar la tirantez de la situación. De hecho, la nube realmente nunca escampó durante su estancia. Al comentar el asunto más tarde, alguien sugirió que en algún momento de su vida debía de haber cometido un estupendo crimen. Pero no pude llegar a convencerme de que aquel hombre, aunque claramente infeliz, fuera culpable de nada. Una o dos veces lo sorprendí mirándonos con evidente amabilidad; aunque, al ser descubierto, se ponía colorado y giraba la cabeza.

Cuando por fin la atmósfera se limpió de esta entristecedora influencia, nos reunimos desalentados en el almacén de las patatas —todos, es decir, menos Harold, a quien habían ordenado acompañar a aquel pariente a la estación—. Y fue unánime el sentir de que a William, en cuanto Tío, no se le podía conceder el aprobado. Selina lo declaró rotundamente un animal, haciendo notar que su visita no nos había reportado ni medio día libre. Tras esto, poco más quedaba que dictar sentencia. Estábamos a punto de hacerlo, cuando Harold apareció en escena: la cara colorada, los ojos como platos y un ademán misterioso no podían más que sugerir espantosos presagios. Sin decir palabra continuó un instante allí plantado, y entonces, sacando lentamente la mano del bolsillo de sus bombachos... ¡mostró sobre la sucia palma una, dos, tres, cuatro medias-coronas! No podíamos más que contemplarlas extasiados, sin aliento, mudos: nunca antes había visto nadie tanta riqueza junta. Entonces Harold nos contó la historia.

—Llevé al tipo a la estación de tren —dijo—, y mientras caminábamos le conté todo sobre la familia del jefe de estación, y cómo había visto al portero besar a nuestra criada, y qué buen tipo era, y que no se daba ningunos aires ni importancias... y cualquier otra

cosa que pensé que le sería de interés. Pero no parecía prestar mucha atención, y caminaba dando caladas a su cigarro, y creo que una vez —no estoy seguro, pero *creo* que sí— le oí decir: «¡Bueno, gracias a Dios ya se ha terminado!» Cuando llegamos a la estación se paró de repente y dijo: «¡Espera un minuto!» Entonces me puso en la palma de la mano lo que veis, mientras miraba hacia los lados como si temiera algo, y dijo, «¡Mira, chaval!, son para ti y los otros. Comprad lo que queráis, haced un poquito la cabra loca, pero no se lo digáis a la gente mayor, ¡cuidado, eh!, ¡Hala, corriendo a casa!», así que me vine echando virutas.

Un silencio solemne cayó sobre la asamblea. Charlotte fue la primera en romperlo:

—Yo no sabía —comentó con la voz de quien está en trance— que hubiese gente así de buena en algún lugar del mundo. Espero que muera esta noche, porque entonces iría directamente al cielo. —Y la arrepentida Selina se lamentaba entre lágrimas y sollozos, mientras rechazaba que la confortáramos, porque por precipitación había llamado animal a este pariente de alma cándida.

—Os voy a decir lo que haremos —comentó Edward, el cerebro del grupo, poniéndose a la altura de las circunstancias, como siempre hacía—, bautizaremos el cerdo moteado en su honor, ese que no tiene nombre aún. ¡Y con esto quedará claro que estamos dolidos por nuestro error!

—Yo... yo bauticé ese cerdo esta mañana —confesó culpablemente Harold—. Lo bauticé con el nombre del coadjutor. Lo siento mucho, pero vino y se echó a mis pies ayer por la noche, después de que os hubieran mandado a todos antes a la cama, ¡y de algún modo sentí que *yo* tenía que hacerlo!

—Oh, pero eso no cuenta —se apresuró a decir Edward— porque no estábamos todos allí. Revocaremos ese bautizo, y lo llamaremos Tío William. ¡Y así puedes reservar al coadjutor para la próxima camada!

Y habiendo sido aprobada la moción sin discrepancia alguna, la Cámara pasó a los asuntos de la Comisión de Economía y Aprovisionamiento.

<sup>1</sup> Es parte de un verso del poema «Epílogo» de Robert Browning.

## CLAMORES DE GUERRA

—Imaginemos —sugirió Harold— que somos Caballeros y Cabezas redondas<sup>1</sup>, ¡y tú serás un Cabeza redonda!

—Vaya, ¿no te fastidia? —repliqué indolente—, a eso jugamos ayer, y esta vez no voy a ser un Cabeza redonda, ni hablar. —La verdad es que me encontraba perezoso cuando la llamada a las armas alcanzó mis apáticos oídos. Nosotros tres, los más pequeños, estábamos tumbados en el huerto. El sol ya caldeaba, era la estación del alegre junio, y nunca —así lo pensaba yo— había habido tal abundancia y afluencia de Botones de oro<sup>2</sup> por toda la exuberante hierba. Verde-y-oro era el tono predominante aquel día. En vez de lanzarnos a ese «imaginemos» de Harold, con todo su correspondiente griterío y extenuación, sería mucho mejor —propuse— quedarnos tumbados tan ricamente e imaginarse a uno mismo, entre sueños verdes y dorados, pelando mazorcas y atravesando, a bordo de una ociosa hamaca, un somnoliento mundo imaginario, ¡todo de oro y verde! Pero al testarudo Harold no era fácil engatusarle.

—Bueno, entonces —comenzó de nuevo— imaginemos que somos Caballeros de la Mesa Redonda<sup>3</sup> y —añadió a toda prisa— ¡yo seré Lancelot!

—Yo no juego, si no soy Lancelot —dije. No iba en serio, lo dije porque el juego de los Caballeros debía comenzar siempre con esta particular discusión.

—*Oh, por favor* —imploró Harold—, sabes que cuando Edward juega con nosotros nunca tengo oportunidad de ser Lancelot. ¡No he sido Lancelot desde hace semanas!

Entonces cedí cortésmente. —Muy bien —dije—. Seré Tristán.

—Oh, no, no puedes —exclamó Harold de nuevo—. Charlotte siempre ha sido Tristán. ¡No jugará si no se le deja ser Tristán! Sé algún otro, por esta vez.

Charlotte no decía nada, pero respiraba pesadamente con la mirada puesta en el infinito. Aquel Tristán, cazador y arpista sin par, era su particular héroe de novelas románticas, y antes que ver el papel en manos menos apreciativas, hubiese llegado al extremo de retornar deprimida al mal ventilado cuarto de las lecciones.

—No me importa —dije—. Seré cualquiera. Seré Sir Kay. ¡Vamos!

Y una vez más en la historia de este país, los caballeros andantes recorrían los verdecidos bosquecillos en busca de aventura y entuertos que deshacer; y los bandidos, en proporción de cinco a uno, eran desbaratados y huían en desconcierto a sus cuevas. Una vez más las damiselas eran rescatadas, los dragones destripados, y los gigantes, en cualquier rincón del huerto, privados de su ya superfluo número de cabezas. De nuevo, Palamidias el Sarraceno nos esperaba cerca del pozo, y Sir Breuse Saunce Pite se desvanecía cobardemente ante la diestra espada que era su terror y perdición. Volvían a prepararse los festones en Camelot, y todo era un espejear de seda y oro que hechizaba la mirada. La tierra se estremecía bajo el atronar de los cascos de los caballos, las picas de

fresno saltaban en astillas y el firmamento resonaba con el descargar de las espadas sobre los escudos. La veleidosa Fortuna en aquel día de torneo oscilaba dubitativa —a veces hacia este bando, otras hacia aquel—, hasta que al final Lancelot, denodado y grandioso, abriéndose paso a través de sus contendientes, descabalgaba a Sir Tristán —tarea fácil—, y sentándose encima, le amenazaba con la perdición. En aquel momento, el caballero de Cornualles, olvidándose de su fama tan esforzadamente ganada hacía muchos años, imploró clemencia: —¡Me estás haciendo daño, que lo sepas! ¡y me estás destrozando el vestido! —Entonces acaeció que Sir Kay, que se precipitaba al rescate, detuvo abruptamente su zancada al divisar de súbito entre las ramas de los manzanos un brillo escarlata no muy lejano. Al mismo tiempo, el confuso trote de muchos caballos, mezclado con frases y risas, llegaba hasta nuestros oídos.

—¿Qué es eso? —preguntó Tristán, incorporándose y sacudiéndose los rizos. Mientras tanto, Lancelot abandonó las picas de asalto y trotó con destreza hasta el seto.

Me quedé como encantado por unos instantes y entonces, al grito de «¡Soldados!», corrí hacia el seto mientras Charlotte se levantaba y corría en pos de mí.

Venían por el camino, de dos en dos, a un paso tranquilo. Un punto escarlata centelleaba en las pupilas de los caballos, los bocados de las bridas tintineaban y las monturas crujían que era un placer escuchar todo aquello. Mientras, los hombres, envueltos en un halo polvoriento, fumaban en sus cortas pipas de arcilla con el ademán de los héroes que eran. En medio de un remolino de gloria embriagadora, la tropa entrechocaba y hacía ruido por doquier. Nosotros gritábamos y les hacíamos señas, saltando sin parar, y los imponentes y complacidos jinetes asentían a nuestro saludo con una natural condescendencia. Para cuando pasaron los últimos, ya habíamos salido del seto y caminábamos tras ellos. Una tropa de soldados no era algo habitual en la vida ordinaria. No había habido nada igual desde hacía dos inviernos, cuando cierta tarde — desnuda de hojas y tocada de un gris monocromo, como el que ves en un baldío encharcado y en las ramas congeladas— los perros cruzaron de repente la valla con melodiosos ladridos, y por un instante todo el prado resonó con el sordo golpeteo de cascos de caballo y quedó salpicado de un reflejo rojizo. Pero lo de ahora era mejor, ya que solo podía presagiar puñetazos y derramamiento de sangre.

—¿Va a haber una batalla? —jadeó Harold, apenas incapaz de ir al paso por la excitación.

—Claro que sí —repliqué—. Hemos llegado a tiempo. ¡Vamos!

Quizás debería habérmelo pensado mejor; y sin embargo... Los cerdos y las aves de corral, con quienes principalmente hacíamos peña, no podían instruirnos mucho sobre la paz que en aquellos últimos días lamía este reino ceñido por el mar. En nuestras lecciones, estábamos precisamente perdiendo el tiempo con la Guerra de las Rosas; pero, ¿no nos instruían las leyendas del campo sobre cómo los Caballeros habían galopado arriba y abajo por estos mismos caminos desde sus cuarteles en el pueblo? Aquí, ahora, innegablemente había soldados, y si su objetivo no era pelear, ¿cuál era? Olfateando el gozo de la batalla, seguíamos con decisión sus huellas.

—¿No lamentará Edward —resopló Harold— el haber comenzado la monstruosa clase

de latín?

Sí, era realmente duro. Edward, el espíritu más marcial de todos nosotros, se encontraba confinado entre cuatro paredes conjugando tediosamente AMO —justo aquel verbo entre todos los demás—. Y Selina, que siempre se emocionaba hasta el éxtasis ante una casaca roja, se devanaba los sesos con la ruda lengua alemana. «La edad — reflexioné— trae sus castigos».

La tranquilidad con que la tropa atravesaba el pueblo nos produjo una dolorosa desilusión. Cada casa —les indiqué a mis camaradas— debería haber sido provista de ranuras para disparar y así poder ser defendida bravamente. Pero no hubo oposición alguna a los soldados, quienes, de hecho, se conducían con tal temeridad y falta de precaución que no podían más que provocar vergüenza ajena.

Al llegar a la última casa, un transitorio foganazo de sentido común centelleó en mí, y girándome hacia Charlotte, severamente le ordené volver. La pequeña doncella, dócil pero extremadamente dolida, arrastraba remisamente los pies hacia casa, con un pesar en el corazón por no poder contemplar a los corpulentos combatientes que caerían en aquella jornada. Bien, Harold y yo continuábamos con paso seguro, esperando ver los setos cercanos removerse, en cualquier instante, y comenzar a escupir su mortífero plomo.

—¿Serán indios? —preguntó mi hermano, refiriéndose al enemigo— ¿o Cabezas redondas... o qué?

Reflexioné. Harold siempre requería respuestas directas y francas, no suposiciones vacilantes.

—No serán indios —repliqué finalmente— y tampoco Cabezas redondas. No se ha visto por aquí Cabezas redondas desde hace mucho tiempo. Serán franceses.

Harold bajó el rostro. —Vale —dijo—, franceses no está mal, pero yo esperaba que fueran indios.

—Si se tratase de indios —le expliqué— yo, yo... no seguiría con esto. Porque cuando los indios te toman prisionero, primero te arrancan la cabellera, y luego te queman en una estaca. Pero los franceses no hacen ese tipo de cosas.

—¿Estás muy seguro? —preguntó dubitativamente Harold.

—Bastante —repliqué—. Los franceses solo te encierran en una cosa que llaman la Bastilla, y luego recibes una lima que alguien te envía dentro de una barra de pan, y asieras los barrotos, y te descuelgas por una soga, y todos te disparan —pero no te dan—, y sales corriendo con todas tus fuerzas hasta la orilla del mar, y huyes nadando hasta una fragata británica, ¡y ya está!

A Harold se le iluminó el rostro de nuevo. El programa era bastante atractivo.

—Si intentan tomarnos prisioneros —dijo— nosotros... nosotros no correremos, ¿verdad?

Mientras tanto, el cobarde enemigo llevaba un buen rato dejándose ver por las calles sin recato alguno; y nosotros estábamos llegando a un país más allá de nuestras fronteras, extraño e incivilizado, donde se podía esperar que los leones merodearan al caer la noche. Yo notaba una punzada en el costado, y Harold llevaba los calcetines

caídos hasta los tobillos. Justo cuando comencé a tener lúgubres dudas sobre el proverbial valor de los franceses, el oficial gritó algo, los hombres se apiñaron alrededor, e iniciando un trote, las tropas —que en seguida se volvieron lejanas— se desvanecieron de nuestra vista. Desazonado en el corazón, empecé a sospechar que nos habían tomado el pelo.

—¿Van a la carga? —exclamó Harold, cansado, pero recobrándose valientemente.

—Creo que no —repliqué dudoso—. Cuando va a haber una carga, el oficial siempre les dirige una arenga primero, y entonces desenvainan las espadas y tocan las trompetas y... pero vamos a intentar atajarlos. Aún podemos alcanzarlos.

Así que nos lanzamos a través de los campos y llegamos a otro camino, que seguimos hasta otros campos; y todo jadeando, bajos de ánimos, pero todavía con la esperanza de lo mejor. El sol se escondió, y comenzó una fina llovizna; pese a que caminábamos embarrados, sin aliento, casi exhaustos, seguimos dando tumbos, hasta que al final encontramos un camino más extraño y hostil que cualquier otro conocido. Ni una pista, ni una señal de dirección o ayuda amiga en su obstinada cara blanca. Ya no había modo de disfrazar aquello por más tiempo: estábamos irremediabilmente perdidos. La ligera lluvia continuaba constante, el anochecer comenzaba a echarse encima. Realmente, hay momentos en los que es justificable que un tipo se eche a llorar; y yo hubiera llorado también, si Harold no hubiera estado allí. Aquella criatura honesta consideraba a un hermano mayor como una auténtica divinidad, y yo lo notaba tan confiado como si toda una Brigada de Guardias lo escoltara entre protectoras bayonetas. A mí solo me daba auténtico pavor que comenzase de nuevo con sus preguntas.

Mientras en muda apelación escrutaba yo el rostro de la indiferente Naturaleza, el sonido creciente de unas ruedas hizo vibrar de esperanza todo mi ser, que llegó al éxtasis al reconocer el vehículo que se aproximaba: era el del viejo doctor. Si alguna vez un dios emergió de una máquina, fue cuando este amistoso emisario celestial se detuvo al reconocernos y salió saludándonos alegremente. Harold corrió a él de inmediato. —¿Ha estado allí? —gritó— ¿fue una buena pelea? ¿quién le zurró a quién? ¿hubo muchas bajas?

Al doctor se le veía desconcertado. Brevemente le expliqué nuestra situación.

—Ya veo... —dijo con el rostro grave y haciendo muecas de condolencia— ...bueno, la verdad es que no va a haber ninguna batalla hoy. Ha sido aplazada a causa de una contingencia climática. Os llegará puntual noticia de la reanudación de las hostilidades. Y ahora, lo mejor será que entréis en el coche y os lleve a casa. ¡Menuda travesura la de hoy! ¡Uf, podrían haberos tomado por espías y fusilaros!

Este peligro particular nunca lo habíamos considerado: la emoción que aquello provocaba acentuaba, por contraste, la agradable sensación hogareña de los mullidos asientos del coche, en los que nos acurrucábamos mientras la máquina rodaba camino a casa. El doctor acompañaba el trayecto con espeluznantes historias de aventuras vividas en campamentos militares; él, que había seguido la profesión de las armas —eso parecía— en todos los rincones del globo.

El tiempo, el destructor de todas las cosas bellas, revelaría más adelante lo infundado

de estas leyendas; pero... ¿y qué? Hay cosas más altas que la verdad de los hechos y, para cuando nos dejó en nuestra puerta, ya casi nos habíamos hecho a la idea de que la batalla había sido pospuesta.

1 Refiere a la Guerra civil inglesa (1642–1651), donde los *Caballeros* —también llamados *Monárquicos*— eran partidarios de Carlos I de Inglaterra; mientras que los *Cabezas redondas* lo eran del Parlamento y Oliver Cromwell.

2 Flores silvestres de pétalos amarillos.

3 El Rey Arturo y sus caballeros —que se reunían en consejo alrededor de una Mesa Redonda- son los protagonistas de una tradición legendaria que arranca del siglo v d. C. en Inglaterra. Thomas Malory terminó de escribir en 1470 una recopilación y recreación de las diversas leyendas artúricas en *Le Morte d'Arthur*. Lancelot, Tristán, Kay son caballeros de la corte; Palamidias y Sir Breuse, enemigos.

## EL HALLAZGO DE LA PRINCESA

Aquel fue el día de mi ascenso «a cepillo de dientes». A las chicas, con independencia de la edad, no hacía mucho que se las había distinguido así. Nosotros, los chicos, nunca llegamos a entender bien aquello; solo sabíamos que formaba parte de un sistema de premeditado favoritismo hacia criaturas físicamente inferiores y —como demostraba su afición al cotorreo— de fibra mental más débil. No es que anhelásemos estos extraños instrumentos por sí mismos; Edward, de hecho, utilizaba el suyo para la limpieza de la jaula de su ardilla; y para el uso personal —solo si se sentía mirado inquisitivamente por un mayor— tomaba prestado el de Harold o el mío, indistintamente. Pero el halo de distinción que los envolvía... eso era lo que codiciábamos con ardor. ¿A que más, de hecho, se podía ser ascendido antes de a la remota —pero no obstante posible— cuchilla de afeitar y su asentador de cuero?

Quizás fue aquella exaltación, que se me había subido a la cabeza; o quizás algo en el pulso de la sangre en mis venas y en aquella mañana esplendorosa, que se sumaba a mi insatisfacción con el sistema de ascensos... sea como fuere, lo cierto es que tras desayunar y repetir con éxito la misma oración matutina con la que había perdido la paciencia el domingo anterior —una sin ritmo ni aliteración, y por ello, de lo más cuestionable—; habiendo superado todo esto, se rebeló el pequeño hombre natural que llevaba en mí e hice un voto —mientras me sentaba a horcajadas sobre una valla y me ponía a escupir por todo el establo a imitación, poco conseguida, del cochero— de que a las lecciones iría quien las inventó, no yo. Sea como fuere, solo había geografía aquella mañana, y experimentarla viajando yo por mi cuenta valía tanto como toda la teoría que todos los libros del mundo pudiesen aportar. Así que seguiría con mis viajes, y que las importaciones y exportaciones, las poblaciones y las capitales se esperasen, mientras yo exploraba el palpitante y colorido mundo que me aguardaba afuera.

Cierto, hacía falta un camarada rebelde, y con Harold, de normal, se podía contar con seguridad. Pero justo entonces Harold andaba muy engreído. La semana anterior había sido «ascendido a las tablas»<sup>1</sup> y se le había entregado una nueva pizarra con una pequeña esponja adjunta —que utilizábamos para lavar las caras de las muñecas de Charlotte, hasta que alcanzaban una palidez enfermiza que aterraba el corazón de la chiquilla, siempre aprensiva de las visitas contagiosas. Por lo que respectaba a las «tablas», nadie sabía exactamente lo que eran, y el que menos, Harold. Pero, al fin y al cabo, era algo como un escalón por encima de las cabezas del resto, combustible para la jactancia y —hablando en general— para no dejar de darse aires. Así que Harold, abrazado a su pizarra y sus cadenas, quedaba al margen de mis urgencias, por el momento. Para el asunto que me ocupaba, las chicas eran peor que inútiles, pues carecían de la férrea voluntad necesaria y del desdén por la autoridad autoconstituida.

Así que eventualmente me deslicé a través del seto como un solitario inconformista, y emprendí el camino mientras el resto del mundo civilizado seguía amarrado al pupitre.

El escenario era lo suficientemente familiar; y sin embargo, aquella mañana, ¡qué diferente parecía en cada detalle! La osadía de la acción coloreaba todo de matices nuevos y extraños, llegando incluso a hacerle sentir a aquel individuo que era yo, como si le hubiesen magullado justo bajo la boca del estómago; una sensación que se intensificaba cada vez que sus recuerdos retornaban al «cuarto de las lecciones»,apestoso y manchado de tinta. ¿Podía ser aquel realmente yo? ¿o simplemente estaba contemplando, desde aquel cuarto, a un joven distinto y alegremente amotinado, rodando bajo el amistoso sol? De cualquier manera, allí estaba el acogedor pozo, en su lugar de siempre, a mitad del camino. Allí solían ir sufriendamente los aldeanos a llenar sus ruidosos pozales, que goteaban dibujando húmedos gusanos sobre el espeso polvo del camino. Llevaban una cruz plana de madera en cada pozal, para que al flotar en la superficie —así se nos instruyó— impidiera que el agua rebosara. Solíamos preguntarnos en virtud de qué magia este extraño principio funcionaba, y a quién se debía el invento de las cruces, y si se le habría concedido algún honor por ello. Bien, de hecho el pozo era una sede de excitantes misterios; incluso en algún lugar peligrosamente cercano había un avispero, y solo de pensarlo ya metía miedo. Conocíamos bien a las avispas comunes y las despreciábamos repeliendo a manotazos sus rápidos ataques. Pero aquellas otras temibles Bestias vestidas de un amenazador naranja, que solo necesitaban dar tres picotazos —así se afirmaba— para matar un caballo, estaban hechas de otra pasta, y su zumbido de aviso sugería prudencia y retirada. Pero en aquel momento ni aldeanos ni avispones invadían el silencio: las lecciones, aparentemente, afectaban a toda la Naturaleza. Así que después de entretenerme un poco en el pozo —¿qué chaval no ha pasado cerca de un poco de agua, sin hacer alguna travesura?— me abrí paso entre los setos, evitando la zona embrujada por los avispones, y me apresuré a alcanzar la quietud del soto.

Si el sendero ya estaba bastante abandonado, el soto era la soledad personificada. Aquí el misterio te espía y acechaba; aquí las zarzas te capturaban y retenían por iniciativa propia, y los pequeños árboles te daban en la cara como un escupitajo humano. El soto también resultó ser más vasto en extensión y más atterradoramente diseñado que lo que uno podía haberse figurado por su aspecto desde el sendero. Y en verdad que me alegré cuando, al final, se fue haciendo menos tupido hasta llegar a un arroyuelo que corría ruidosamente bajo la luz del sol. Consciente solo de la Naturaleza, vagabundé en compañía de este alegre compañero. Aquella, muy sabia, lo había dotado tanto de un buen suministro de ratas de río, como de piedras del tamaño apropiado. Igualmente había rápidos, que hablaban de canoas y transbordadores, bahías recónditas y calas, cuevas para piratas y tesoros escondidos —la sabia Dama no había olvidado nada—, hasta que al final, después de no sé cuánto tiempo, mi itinerario, que no era exactamente el de la corriente, fue impedido por una recia alambrada de unos seis pies, extendida de parte a parte; y justo un denso seto que se arqueaba hasta tocar el tope de la alambrada, impedía toda visibilidad.

La cosa se estaba poniendo emocionante de verdad. Debía de haber una Bandera Negra ondeando cerca, seguramente. Sin duda, era una maligna artimaña de los Piratas, diseñada para desconcertar a nuestros botes armados cuando nos lanzáramos contracorriente para bombardearlos desde su propia guarida. Un bote armado, hay que reconocerlo, podría haber vacilado, pues la alambrada era tan sólida, y el seto estaba casi pegado: pero descubrí el lugar por el que veía atravesar a un conejo, muy cerca de la orilla del agua; si podía pasar un conejo, un chico podía seguirle, aunque reptando y con una pierna dentro de la corriente. Se logró el paso con esta técnica y me planté dentro, a salvo pero atónito ante lo que vi.

Ya no había un páramo de zarzas, ni la insegura maraña del bosque. En su lugar, una sucesión de terrazas de césped cortado, de esquinas bien definidas y cerradas con piedras, bajaba escalonándose con delicadeza hasta la corriente. El agua, ya domada y educada, pasaba de una poza de mármol a otra, donde destellos rojizos imprevisibles hacían atisbar peces de estanque entre los nenúfares. La escena reposaba silenciosa y plácida bajo el melancólico sol de mediodía: el adormecido pavo real se encorvaba aposentado sobre la hierba, y ni un pez saltaba en las pozas, ni un pájaro se hacía notar desde los setos del entorno. ¡Allí, por fin, se mostraba a sí mismo, sin tapujos, el Jardín del Sueño<sup>2</sup>!

En aquellos viejos tiempos yo mantenía una particular desconfianza hacia dos tipos de seres humanos: los guardabosques y los jardineros. Al no atisbar, sin embargo, siniestras apariciones de ninguno de los dos, continué mi camino entre frondosos lechos de flores, en busca de la obligada Princesa. Todas aquellas pistas proclamaban su presencia con tanta claridad como si fueran trompetas: sin aquella realidad central, tales alrededores no podían existir. Un pabellón rematado de oro y adornado de exuberante jazmín emitía señales suficientemente significativas por encima de los matorrales cercanos. En aquel santuario, que destacaba sobre cualquier otro lugar, debía encontrarse *ella*. El instinto — junto con algún conocimiento que yo tenía de los hábitos de las princesas— triunfó porque, de hecho, ¡allí estaba! Sin embargo, no se la veía aposentada como en un trance, sino que reía mientras forcejeaba para librar su mano de las de un hombre adulto con quien ocupaba un banco de mármol. (Con respecto a la edad, supongo ahora que los dos oscilaban, en sus respectivas escalas, alrededor de los veinte años; pero los niños no se paran en distinciones menudas: el mundo habitado se compone de dos grandes bloques: niños y mayores, no siendo los segundos en modo alguno superiores a los primeros, solo irremediabilmente diferentes. Bien, estos dos pertenecían al bloque de los mayores). Me detuve, y pensé lo extraño que era que prefirieran el aislamiento cuando se podía coger peces y cazar mariposas fuera, a plena luz del sol. Mientras así reflexionaba, el hombre adulto se apercibió de mí.

—Hola, salmonete —dijo, con cierta brusquedad—, ¿de dónde sales tú?

—Salí de la corriente —expliqué con educación— y solo ando buscando a la Princesa.

—Entonces eres un bebé-de-río<sup>3</sup> —replicó—. ¿Y qué piensas de la Princesa, ahora que la has encontrado?

—Me parece que es encantadora —dije (y sin duda tenía razón, pues aún no había

aprendido a hacer cumplidos)—. Pero está ya medio despierta, ¡así que supongo que alguien la ha besado!

Esta deducción tan natural le hizo reír al hombre mayor. Pero la Princesa, poniéndose colorada y levantándose de un salto, declaró que era la hora de comer.

—Pues a comer, entonces —dijo el hombre mayor— y tú también, bebé-de-río, ven y tómate algo sólido. Seguro que lo necesitas.

Les acompañé dócilmente, sin tener la sensación de estar aparentando. El mundo, tal como yo lo conocía, se llenaba de comida cada mediodía, y la mesa particular a la que uno se sentara no me parecía una circunstancia relevante. El palacio era suntuoso y muy bello, tal como corresponde a un palacio; allí nos recibió una dama majestuosa, bastante más mayor que la Princesa —aparentemente, su madre—.

Mi amigo el hombre mayor fue muy amable, y me presentó como «el Capitán», diciendo que había venido a toda prisa desde Aldershot. Yo no sabía dónde estaba Aldershot, pero sin duda alguna que mi amigo tenía la más completa razón. Como norma, hay que reconocerlo, la gente mayor no suele desacertar en lo tocante a los hechos; en cuanto al don más alto de la imaginación, extraña y tristemente no dan ni una.

La comida fue excelente y variada. Otro caballero vestido con bonitas ropas —un Lord, presumiblemente— me alzó y me sentó en una silla alta de madera tallada, y se quedó detrás, cernido sobre mí como si fuera la Providencia. Yo me esforzaba por explicarles quién era y de dónde venía, y trataba de impresionar a mis acompañantes con lo de mi ascenso «a cepillo de dientes» y el de Harold «a las tablas». Pero, o eran tontos, ¿o es un rasgo habitual de quien viene del Reino de las hadas el que todo el mundo se le ría cada vez que hace un comentario normal? Mi amigo, el hombre mayor, dijo bondadosamente. «Muy bien, bebé-del-agua: viniste por la corriente, y con eso ya nos vale». El Lord —un hombre de carácter reservado, pensé— no tomó parte en la conversación.

Tras el almuerzo di un paseo por la terraza con la Princesa y mi amigo el hombre mayor, del que no dejé de sentirme muy orgulloso. Le conté mis aspiraciones en la vida, y él me correspondió contándome las suyas. Entonces comenté: —¿Supongo que vosotros os vais a casar? —simplemente se rió, al estilo de los cuentos de hadas—. Porque si no, de verdad, deberíais hacerlo —añadí, queriendo decir simplemente que un hombre que descubriría una Princesa en un Palacio adecuado como era aquel y no se casara con ella de inmediato, contravenía cualquier tradición reconocida.

Se volvieron a reír y mi amigo me sugirió que bajase hasta el estanque y echase un vistazo a los peces de colores, mientras ellos continuaban el paseo.

Yo tenía sueño, y asentí. Pero antes de que prosiguieran, el hombre mayor puso dos medias coronas en mi mano para que, dijo, invitara al resto de «bebés-de-río». Me conmovió tanto esta suprema muestra de amistad, que casi lloré; y su generosidad la tuve incluso en mayor estima que el que la Princesa se inclinara y me diera un beso antes de partir.

Les observé desaparecer por el sendero —¡con qué naturalidad los brazos se entrelazan con las cinturas en el Reino de las hadas!— y entonces con mi mejilla sobre el

fresco mármol, arrullado por el correr del agua, me deslicé inconsciente hasta el reino de los sueños, tan fuera del mundo de las cosas como del de la magia. Cuando desperté ya se había puesto el sol, un viento helado hacía susurrar a las hojas, y un pavo real aposentado sobre la hierba me traía pensamientos de lluvia —no sé por qué—. Una alarma irracional y vehemente me poseyó, y salí corriendo del jardín como si fuese culpable de algo. Repté de nuevo por el pasadizo del conejo, y fui recomponiendo el incierto hilo que me devolvería a casa, acosado por terrores sin nombre. Para mi satisfacción, las medias coronas continuaban siendo reales y sólidas al tacto, pero ¿podía confiar en mantener aquel tesoro a salvo de los bandidos que infestaban el bosque?

Una cosa sucia y cansada entró en casa al caer la noche, mediante la sencilla ayuda del ventanuco del fregadero; y a esta cosa, al ser enviada a la cama sin té nocturno, le pareció un detalle de misericordia infinita. *Oficialmente* sin té, porque, como era habitual tras escapadas como aquella, una amable sirvienta subía sigilosa por la escalera de atrás, y asistía a la cosa con su compasión y pedazos de pudín frío, hasta que la depauperada piel se tensaba como la de un tambor. Después, al ir rehaciéndose la naturaleza, yo ingresaba en el comfortable reino de los sueños, donde, convertido en carpa dorada de la más recia constitución, remaba entre aguas translúcidas con una media corona nuevecita bajo la aleta derecha, y otra bajo la izquierda; y levantaba la nariz por encima de los nenúfares para que la besara una Princesa de mejillas sonrosadas.

1 Tablas de multiplicar. La frase indica que a partir de ese momento comenzaría a aprender matemáticas.

2 Título de un conocido poema del escritor y periodista Clement Scott (1841-1904). El autor llama así a un precioso lugar sobre los acantilados de Norfolk, donde hay un camposanto.

3 Referencia a Moisés, que fue salvado de las aguas del río en el que había sido abandonado dentro de una cesta.

## SERRÍN Y PECADO

Un cinturón de rododendros había crecido hasta alcanzar una orilla de nuestro estanque, y debido a esa proximidad al agua habían florecido con vigor muchas cosas. Si te arrastrabas a través de la maleza y te acuclillabas en aquella pequeña playa, viajabas en un periquete —en caso de que tu imaginación se encontrara en condiciones saludables— hasta el corazón de una selva tropical. Sobre tu cabeza parloteaban los monos y saltaban los loros de rama en rama; lucían a tu alrededor enormes flores extrañas, y te estremecías de gozo ante el ímpetu y el paso apresurado de grandes animales que se movían invisibles. Y si yacías con la nariz a una pulgada o dos del agua, se desvanecía pronto el sentido de las proporciones. Los insectos que brincaban como centellas de un lado a otro de la pátina del agua se volvían espantosos monstruos marinos; los mosquitos que se cernían sobre ellos crecían hasta convertirse en albatros, y el estanque mismo se expandía como un vasto mar de interior, por el que podía circular segura toda una armada, y era posible divisar, en cualquier momento, el emergente cuero cabelludo de una serpiente marina.

Sin embargo, es imposible implicarse como Dios manda en una jungla tropical, si interfieren los acentos de una voz humana de tu familia. Todas mis esperanzas de contemplar un tigre atrapado por un cocodrilo mientras bebía (esta misma imagen puede verse en montones de libros ilustrados) se esfumaron abruptamente y la tierra volvió a sus viejas dimensiones cuando desde algún lugar no lejano el sonido de la cháchara de Charlotte interrumpió mi aislamiento virginal. Al levantar la mirada desde los arbustos, la descubrí trotando hacia el claro de césped del otro lado del estanque. Con un muñeco embutido bajo cada brazo, y el ceño estudiadamente fruncido, chachareaba consigo misma como solía. Tras dejar su doble carga apoyada en el tocón de un árbol cortado al que le tenía afición, se sentó en frente de sus interlocutores visiblemente preocupada y ansiosa, como un Canciller en la tarde de Aprobación de presupuestos.

Sus víctimas, que la miraban fijamente con resignación, eran conocidas como Jerry y Rosa. Jerry era natural del lejano Japón: tenía el pelo liso y negro; la prenda de algodón que lo vestía era de un azul muy corriente; y ostentaba una reputación, a todas luces, mala. Su nombre auténtico era Jerónimo, por su supuesto parecido con el santo que figuraba en una lámina colgada de la pared de la escalera —aunque una coronilla rasurada era lo único común entre el santo occidental y el pecador oriental—. Rosa era típicamente británica, desde su mata de cabello rubio hasta las sólidas pantorrillas que mostraba tan liberalmente; y en cuanto al carácter era del tipo «nunca he roto un plato», pero que aún no ha sido pillada.

Sospeché de Jerry desde el primer momento; mientras permanecía allí sentado de mala gana, se adivinaba alguna diablura en sus ojos almendrados y, sabiendo de lo que era

capaz, me olí problemas inmediatos para Charlotte. De Rosa no estaba tan seguro: permanecía recatada y tiesa, y miraba lejos hasta las copas de los árboles, como una visionaria, olvidada de este mundo. Sin embargo, la primorosa contracción de su boca delataba cierta afectación, y el brillo de sus ojos era poco natural.

—Bien, voy a empezar por donde lo dejé —dijo Charlotte, haciendo una breve pausa y golpeando arduosamente el césped con el puño—, y tenéis que prestar atención, porque es todo un detalle por mi parte leeros un cuento antes de acostaros. Bien, pues el Conejo Blanco se escabulló por el pasadizo y Alicia esperó a que regresara porque llevaba puesto un chaleco, y su flamenco voló hasta la copa de un árbol —pero no hemos llegado a esa parte todavía, tenéis que esperar un minuto— y... ¿dónde me había quedado yo?

Jerry permaneció pasivo hasta que Charlotte retomó de nuevo el hilo, y entonces sin hacer ruido empezó a inclinarse hacia Rosa, hasta dejar caer la cabeza sobre aquel regordete hombro inglés, lo que hizo que esta comenzase a ponerse nerviosa.

Charlotte lo agarró y lo agitó con fuerza —¡Oh Jerry, — gritó con un deje lastimero —, si no vas a ser bueno, ¿cómo voy a poder contarte mi cuento jamás?!

La cara de Jerry era el fiel retrato de la inocencia herida. «Culpe si quiere, señora — pareció decir—, a las leyes eternas de la gravitación universal, pero no a un muñeco inútil, que además es huérfano e insignificante a los ojos del mundo».

—Ahora vamos a continuar —comenzó Charlotte una vez más—. Entonces consiguió llegar por fin al jardín —me he saltado un montón, pero no pasa nada, os lo contaré en algún otro momento— y estaban jugando al cróquet, y aquí es donde el flamenco aparece, y la Reina gritó: «¡Que le corten la cabeza!».

Llegados a este punto, Jerry se desplomó hacia delante, sin aviso y por completo, y la calvorota se le quedó entre las rodillas. Charlotte no se enfadó mucho esta vez. La inesperada llegada del elemento trágico en la narración había sido, con claridad, demasiado para el pobre tipo. Charlotte lo enderezó, le limpió las narices y, tras intentar que se sostuviera en diferentes posiciones —a las que él rehusaba avenirse— lo apoyó contra el hombro de la —en apariencia— inconsciente Rosa. Entonces se me abrieron los ojos, y se me hizo patente la fechoría de Jerry en toda su magnitud. ¡Así que era por eso todo el fingimiento! El tipo escondía intenciones. Resolví mantenerlo bajo una estrecha vigilancia.

—Si hubieses estado en el jardín —le reconvinó Charlotte— y te hubieses dejado caer así cuando la Reina decía «¡Que le corten la cabeza!»), la habrías perdido; pero Alicia no se comportaba así ni de lejos. Solo dijo, «No os temo, solo sois una baraja de cartas»... ¡Oh, vaya: He llegado ya al final y apenas he comenzado aún! ¡Nunca consigo que mis cuentos duren! No importa, os contaré otro.

A Jerry no parecía importarle, había conseguido su propósito, tanto si los cuentos duraban como si no. Se recostaba contra el rollizo perfil de Rosa con una mirada de satisfacción que era, llanamente, bobalicona. Y un brazo ya no estaba a la vista —¿circundaba la cintura de Rosa?—. El sonrojo natural de Rosa pareció avivarse más de lo habitual al inclinar tímidamente su cabeza: claramente, tenía que estar alrededor de su

cintura.

—Si no fuera casi ya la hora de ponerlos a dormir —continuó Charlotte, pensativamente— os contaría un bello cuento, con duende y todo. Pero os asustaríais y soñaríais con duendes toda la noche. Así que os contaré uno de un Oso Blanco, solo que no debéis chillar cuando el oso diga «Roaaar», como me pasaba a mí, porque en el fondo es un oso bueno.

Aquí Rosa se cayó de espaldas por un desmayo del género más fulminante. Tenía los miembros rígidos, los ojos vidriosos, ¿qué le había hecho Jerry? Debía de haber sido algo muy malo para que ella se lo tomara así. Le observé cuidadosamente, mientras Charlotte corría a confortar a la damisela. Él parecía estar silbando una melodía mientras contemplaba el paisaje. Con solo que yo mantuviera las apariencias como Jerry —pensé para mí, medio arrepentido al mismo tiempo—, nunca me pillarían en nada.

—Todo por tu culpa, Jerry —dijo Charlotte en tono de reproche, tras conseguir sacar a la dama de su inconsciencia—: Rosa vale más que el oro, salvo cuando tú la haces mala. Te castigaré poniéndote cara a un rincón... solo que un tronco cortado no tiene rincones —me pregunto por qué será: yo pensaba que todas las cosas tenían rincones—. No importa, tendrás que sentarte cara a la pared, sí, ¡y ahora ya puedes enfurruñarte si te da la gana!

Jerry pareció dudar un momento entre la bendición de indulgencia para enfurruñamientos por atropello, y las imperiosas llamadas de la bella dama que esperaba ser cortejada junto a su codo; entonces, llevado por la pasión, se dejó caer sobre el regazo de Rosa. Un brazo quedó rígidamente levantado, como en una apasionada protesta; su semblante amoroso estaba lleno de súplica. Rosa dudó, vaciló y cedió, haciendo crujir el cuerpecillo oriental bajo el peso de su rendición en cuerpo y alma.

Charlotte había aguantado mucho, pero aún era posible abusar de su paciencia. Arrancó a Jerry de sus ilícitos abrazos, y lo puso boca abajo sobre su rodilla: en la desventurada persona de Jerry se infligió una afrenta a la totalidad del sexo fuerte, demasiado dolorosa para tenerme como testigo; pero aunque giré el rostro, los sonidos de la briosa tunda no dejaban de recorrer mis oídos como un batallón de hormigas. Cuando miré de nuevo, Jerry volvía a estar sentado y bien recto. Su ropa, algo arrugada, había retornado a su compostura original; pero su rostro pálido mostraba unas marcas indelebles. Sabiendo como yo sabía —y demasiado bien— que un volcán de pasión y vergüenza debía de estar bullendo bajo aquel impasible exterior oriental, por un momento me apiadé de él.

La cara de Rosa todavía estaba hundida en su vestido; quizás por vergüenza, o quizás de dolor por los sufrimientos de Jerry. Pero el taimado japonés en ningún momento la miró. La amargura crecía en su corazón. Sencillamente, al seguir sus impulsos naturales se había topado con las convenciones, y del choque había aprendido lo duro que podía llegar a ser aquello: el mundo que esplendía bajo el sol se había vuelto negro para él.

Incluso Charlotte se ablandó un tanto a la vista de la obtusa pena del japonés. —Si pides perdón, Jerónimo —le dijo— yo te pediré perdón también.

Jerry simplemente dejó caer los hombros contra el tronco y miró en dirección hacia su

querido Japón natal, donde el amor no era pecado y las tundas aún no habían sido introducidas. ¿Por qué, entonces, partió de su tierra? Decidió que regresaría al día siguiente; y sin embargo, había una nueva penalidad: la naturaleza, si bien había dotado a Jerry con toda finura de cuerpo y semblante —además de un alma sensible—, parecía haberse olvidado de concederle el don de la locomoción.

Sonó un crujido entre los arbustos a mi espalda, junto con resuellos agudos y breves, como de una pequeña máquina de vapor: Rollo, el negruzco perro de caza que acababa de ser liberado de su cadena por alguna mano amiga, irrumpió a través de la maleza, buscando amigable compañía. Muy contento de verle, le saludé para que se detuviese y ofrecerle una conversión en pantera; pero se alejó a toda prisa por la orilla del estanque, enfadó a Charlotte con una aparatosa caricia y tras haberse «cobrado» a Jerry por la cintura, como si fuese una pieza de caza, desapareció con él por el camino. Charlotte despotricó y se lanzó jadeante tras las patas veloces del vengador del crimen; Rosa yacía desaliñada, privada de toda consciencia; el propio Jerry alzaba sus impotentes brazos al cielo, e incluso me pareció escuchar un grito que imploraba piedad, como una tardía promesa de enmienda; pero fue, verdaderamente, tarde. El Hombre Negro se había hecho con Jerry al fin, y aunque el lagrimeo sentimental pudiera humedecer el ojo de alguien, nadie que en verdad conociese a Jerry podía negar la justicia de su destino.

<sup>1</sup> Personaje de *Alicia en el país de las maravillas* (1865), de Lewis Carroll (1832-1898), que Charlotte está leyendo a los muñecos.

## «EL TRAVIESO CUPIDO»1

Nadie hubiese sospechado que Edward estaba enamorado... hasta aquella mañana, tras el desayuno, cuando dijo con un descuido claramente premeditado: «Quien le apetezca, puede darle de comer a mis conejos», para desaparecer a continuación hacia el huerto emitiendo unas señales inequívocas. Los reinos ya podían vacilar y tambalearse, y sus convulsiones cambiar el mapa de Europa, que la férrea ley no escrita prevalecía inmutable: todo chaval daba rigurosamente de comer a sus propios conejos. Había suelo bien abonado, pues, para la sospecha y la alarma; y mientras desaparecían las hojas de lechuga a través de los finos barrotes, Harold y yo conferenciábamos seriamente sobre la situación.

Se puede pensar que el asunto no era cosa de nuestra incumbencia; y de hecho nos importaba bien poco, en cuanto individuos. Solo nos atañía en cuanto miembros de una corporación, para la que cualquier enfermedad mental o física de uno de sus miembros podía tener efectos expansivos. Se consideró mejor que Harold —el menos susceptible de sospecha con respecto a estos asuntos—, fuese enviado para explorar y observar. Sus instrucciones eran: profundizar en el estado de salud de nuestros conejos, en particular; deslizarse suavemente hacia una conversación sobre conejos, en general: sus costumbres, prácticas y vicios; pasar desde ahí, por transición natural, al sexo femenino: los defectos inherentes a su constitución, y las razones para considerarlo —hablando en sentido amplio— como asunto repulsivo. Harold debía ser especialmente diplomático, y una vez tenida la entrevista, volver e informar del avance.

Partió alegremente a su misión, pero su ausencia fue breve, y su retorno —todo desconcertado y hecho un mar de lágrimas— reveló cierta carencia de talentos para la diplomacia. Había encontrado a Edward, según parecía, paseando por el huerto y sonriendo como los charlatanes en sus absurdas pantomimas, con una mueca totalmente prefabricada y dolorosamente incrustada en el rostro como con chinchetas. Harold comenzó no sin tino el asunto de los conejos, pero, por una fatal confusión entre lo abstracto y lo concreto, pasó seguidamente a hacer notar que la coneja de orejas gachas de Edward, con sus largas patas traseras y el tic del hocico que le daba un aire de desdén, siempre le había recordado a Sabina Larkin —una damisela de nueve años, criatura de un granjero vecino—. Fue llegar a este punto y Edward —presuntamente— caer sobre él y maltratarle salvajemente, torciéndole el brazo y golpeándole las costillas bajas. Así que Harold volvió a las conejeras precedido por unos largos y arrastrados lamentos; a continuación, deseó entre sollozos ser un hombre hecho y derecho —para patear a su enamorado hermano—; y, como colofón de su desesperación, lamentó el haber sido traído a este mundo.

Yo no era lo suficientemente grande para hacer frente a Edward en persona, así que no

tuve otra salida que consolar al doliente camarada obsequiándole con un permiso para engrasar las ruedas de la carreta del burro —un exquisito regalo con que, hacía una semana, el chico del jardinero me había distinguido por haber hablado bien de él a la joven pinche de cocina que acababa de llegar—. Pronto Harold fue todo sonrisas y grasa; y yo no estaba —en líneas generales— descontento con la reveladora pista obtenida sobre el «fons et origo mali» [2](#).

Afortunadamente, había medios a mano para resolver cualquier duda sobre el asunto, puesto que aquella mañana era domingo, y las campanas ya estaban llamando a la iglesia. Por si no fuese evidente la conexión a primera vista, debería explicar que el nada halagüeño rato que había que pasar en la iglesia, con su obligada inactividad y ausencia de auténtico atractivo —que como mucho transcurría en la contemplación de lo que el pueblo consideraba sus mayores bellezas— constituía la única ocasión para que las fantasías de un joven se transfiguraran en pensamientos amorosos. Para semejante trivialidad, el resto de la semana no ofrecía ocasión alguna; pero en la iglesia... bueno, ¿es que no había otra cosa que hacer! De verdad, uno se podía permitir hacer tres en raya en las páginas en blanco de los devocionarios mientras la letanía arrastraba su paso lento; ¿pero qué bálsamo o consuelo podía haber en el sermón? Naturalmente el ojo, vagando por aquí y por allá entre las apiñadas filas, hacía elecciones libres y osadas entre nuestras bellas parroquianas. Fue de esta manera que, algunos meses antes, bajo la excepcional presión del *Credo atanasiano*, mi fantasía volandera se había posado en la mujer de panadero, como objeto de devoción eterna. Sus más maduros encantos habían conquistado un corazón que ninguna de sus más jóvenes congéneres envueltas en muselina y con risitas perpetuas había sido capaz de sojuzgar. Y el que estuviese ya casada nunca se me presentó como barrera para mi afecto.

El afán inconcreto de Edward durante el servicio matutino era, así, suficientemente sólido para inculparle; pero había también una prueba particular para aquel caso. Resultó que estábamos sentados en uno de los brazos del crucero y, como teníamos a los Larkins detrás, la única oportunidad de Edward para saciarse de los encantos de Sabina se daba en el intervalo irremediamente pasajero en que nos girábamos hacia el este. No me había equivocado. Durante el canto del *Benedictus*, el impaciente muchacho hizo varias salidas en falso, hasta que se giró audazmente antes de que el «Como era en un principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos» estuviera medio terminado. La evidencia era concluyente: un tribunal no habría esperado algo más claro.

Una vez se hizo patente el hecho, me tocaba lidiar con el problema, y mi mente se dedicó a ello por completo durante el sermón. No había nada realmente injusto o antifraternal en mi actitud. Un afecto platónico como el que yo mantenía —que no chocaba con nada, así lo sostuve entonces— era permisible; pero las volcánicas pasiones por las que se dejaba llevar Edward en algunos momentos, eran una interferencia seria en nuestros asuntos corporativos. Para empeorar las cosas, la semana siguiente iba a llegar un circo al vecindario, al que a todos se nos había prohibido terminantemente ir; y sin Edward era imposible llevar a cabo con éxito cualquier incursión que desafiara la ley y las órdenes. A la vuelta de la iglesia, le tanteé con respecto al circo, y me replicó con

brevidad que la mera visión de un payaso le ponía enfermo. La enfermedad no podía ir ya más lejos.

El palique se terminó sin revelarme ninguna línea concreta de actuación, y me dirigí a casa algo deprimido, sintiendo con tristeza que Venus —diosa del amor— iba horrorosamente en ascenso y en sentido contrario; mientras la constelación del Auriga —la estrella del circo— declinaba desfalleciente, peligrosamente cerca del horizonte.

Por una ironía del destino, entre toda la gente, la Tía Eliza resultó ser la «*dea ex machina*»<sup>3</sup>, y esto ocurrió del siguiente modo: la dama tenía la detestable práctica de partir los domingos a primera hora de la tarde en visita de Estado a tantos granjeros y aparceros como hubiese a mano; y para semejantes misiones acostumbraba a obligar a algún muchacho reticente a que la acompañara —por un sentido de la propiedad sobre la persona y la salud del alma del acompañante—. El mucho darle a la mollera —supongo— me había vuelto torpe e incauto aquel particular día. Sea como fuere, si resultaba que a alguien le hacía falta una víctima, yo solía caer como presa fácil, mientras los demás escapaban ilesos y aullando de alegría.

Nuestra primera visita fue a los Larkin. Allí pudo contemplarse el ceremonial en todo su esplendor, en el que nosotros nos desenvolvimos «dignos y dispuestos», como la Reina Isabel cuando iniciaba un baile. En el bajo salón revestido de madera de roble se nos ofrecía pastel y licor de grosellas; y tras el intercambio de cortesías y cumplidos, Tía Eliza, no sin un gran esfuerzo de condescendencia, comenzó a hablar de modas con la señora Larkin; mientras tanto, el granjero y yo, perspirando por el inusual trabajo de engullir, intercambiábamos comentarios sobre la mutabilidad del tiempo y la constante caída del precio del maíz —¿quién se habría figurado, al oírnos, que solo un breve par de días antes, nos habíamos enfrentado desde una y otra parte del seto: yo, triunfante, provocador, burlón; él, colorado, enojado, rompiendo su fusta y descargando su andanada de irreverencias? ¡Así de poderoso es el ceremonial, que todo lo somete!—. Mientras tanto, Sabina, sentada recatadamente con *El Progreso del Peregrino* sobre su rodilla, y aparentemente absorta en una ilustración en vivos colores de «*Apolión*<sup>4</sup> cerrando el paso en medio del camino», me echaba el ojo de vez en cuando con un tímido interés, al tiempo que rechazaba todos los acercamientos de Tía Eliza con una cortesía glacial por la que nunca podré admirarla suficientemente.

—Me sorprende —escuché comentar a mi Tía en aquel momento— cómo mi sobrino más mayor, Edward, desprecia a las niñas. El otro día, le escuché decir a Charlotte que ojalá pudiera cambiarla por un par de conejillos de indias japoneses. Hizo llorar a la pobre criatura. ¡Los chicos son tan insensibles! —En aquel momento vi a Sabina estirarse en su asiento, mientras su nariz respingona se alzaba con desdén. —Pero mire, este chico que ve... —se me cayó el alma a los suelos. ¿Habría interceptado la buena señora alguna de mis amorosas miradas a la mujer del panadero?—. Pero mire, este chico —continuó mi tía—, tiene sentimientos muchísimo más humanos. Sin ir más lejos, llevó a su hermana a la panadería, y se gastó su único penique en caramelos para ella. Y yo pensé: «¡Eso demostraba una bellísima disposición!» ¡Ojalá Edward se pareciera más a él!

Respiré de nuevo. Era innecesario explicar los auténticos motivos de aquella visita mía a la panadería. El rostro de Sabina se suavizó, y la engreída nariz descendió desde la altura de su desdén; me dedicó una tímida mirada de amabilidad, y después concentró su atención sobre «La Misericordia llamando a la Puerta Angosta». Me sentía horriblemente mezquino con respecto a Edward, ¿pero qué podía hacer yo? Me encontraba en Gaza, bien sujeto y amordazado; los Filisteos me acorralaban<sup>5</sup>.

Aquella misma tarde se desencadenó la tormenta, cayó el rayo, pero —por continuar con la metáfora— la atmósfera alcanzó a serenarse y se aligeró una vez más. El servicio de tarde en la iglesia fue más breve de lo habitual. Al vicario, mientras ascendía por los escalones del púlpito, se le cayeron dos hojas de su carpeta de sermones —algo que en aquel momento pasó desapercibido a todos (menos a nosotros), e incluso cuando se interrumpió al darse cuenta de la pérdida y siguió adelante. Así que, mientras volvíamos felices arrastrando los pies, le susurré a Edward que si corríamos a casa al máximo de nuestra velocidad, tendríamos tiempo de coger los arcos y las flechas (que habíamos dejado de lado aquel día) y jugar a Indios y Búfalos con las aves de corral de Tía Eliza —que ya deambulaban hacia sus perchas, inconscientes de su destino fatal— antes de que regresara aquella dama de paso sosegado. Edward se detuvo en la puerta, vacilando; la sugerencia tenía impíos atractivos.

En aquel momento Sabina salió remilgadamente y, al ver a Edward, le sacó la lengua del modo más exasperante que se pueda concebir; luego siguió su camino, con sus hombros rígidos, y su delicada cabeza bien alta. Un hombre puede soportar muchísimo por amor: pobreza, Tías, rivales, obstáculos de todo tipo, y todo esto no hará más que aventar la llama; pero quedar en ridículo es una espada certeramente empuñada que te alcanza los órganos vitales. Edward me sacó una gran ventaja en la carrera a casa: corría a una velocidad que alguno de los héroes de Ballantyne<sup>6</sup> podría haber igualado, pero nunca superado; y aquella tarde los indios dispersaron a las aves de Tía Eliza en un radio de varias millas cuadradas de campo —así que la historia de aquellas aves permanece inconclusa hasta hoy—. El propio Edward, en su salvaje disfrute, persiguió al gran gallo de la Conchinchina hasta que el pájaro se desplomó jadeante bajo la ventana del salón, desde donde su ama lo contempló petrificada; después del té nocturno se fumó entre los arbustos un cigarro medio acabado que había recogido por el camino; y para terminar declaró ante una audiencia notablemente sorprendida su definitiva e inflexible resolución de ingresar en el ejército.

La crisis pasó, ¡y Edward se salvó!... Y sin embargo... «sunt lachrymae rerum...» <sup>7</sup> mientras contemplaba la colilla del cigarrillo de Edward pasar alternativamente de la palidez al fulgor sobre el fondo oscuro del laurel... la visión de una nariz respingona, de una pequeña cabeza posando desdeñosa parecía cernirse sobre mi creciente pesadumbre —aumentando y desvaneciéndose y aumentando de nuevo, como la sonrisa del Gato de Cheshire<sup>8</sup>— patética, incluso acusadoramente; y los encantos de la mujer de panadero se esfumaron de mi memoria como copos de nieve en el deshielo. Después de todo, no se podía culpar a Sabina en modo alguno: ¿por qué se debería castigar a la criatura? Al día siguiente me zafaría de mis hermanos, y rondaría por el jardín de la muchacha como

cayendo por allí al azar, en un momento en que el granjero estuviera ocupado con las balas de paja. Si resultara en nada, no se habría hecho mal alguno; ¡pero si por el contrario...!

1 Parte de un verso de *Romeo y Julieta* (II, i) de Shakespeare, dicho por Mercutio para referirse al pequeño hijo de Venus, que anda disparando sus flechas para enamorar perdidamente a sus víctimas.

2 Expresión latina que significa «Fuente y origen del mal».

3 Expresión clásica que proviene de los dramas teatrales y refiere a la solución inesperada de un problema insoluble, mediante la aparición de una divinidad.

4 El diablo.

5 Refiere a la historia bíblica de Sansón.

6 R. M. Ballantyne (1825-1894) fue un escritor escocés, muy popular por sus más de cien novelas juveniles, como *La isla de Coral*, *La ciudad pirata*, *Erling el temerario*...

7 Parte del verso 462 del primer libro de la *Eneida* de Virgilio (i a.C.): «sunt lachrymae rerum et mentem mortalia tangunt», que podemos traducir como: «siempre hay lágrimas para las penas y lo destinado a perecer afecta al corazón de los hombres».

8 Personaje de *Alicia en el país de las maravillas*, caracterizado por su capacidad de aparecer y desaparecer a voluntad, pero haciendo visible su cabeza o incluso solo su sonrisa.

## LOS LADRONES

Hacia una noche demasiado agradable como para irse inmediatamente a la cama. Así, aunque ya habían dado las nueve —que para nosotros era ya medianoche, la hora de las brujas—, Edward y yo seguíamos acodados en el alfeizar de la ventana de nuestra habitación, contemplando en pijama el juego de sombras de las ramas del cedro sobre el césped bañado por la luna, y planeando innovadoras diabluras para la soleada mañana que nos esperaba. Los sones del alegre piano que procedían de la planta baja declaraban que los Olímpicos se divertían a su modo, lánguido e inútil. Resultaba que el nuevo coadjutor de la vicaría había sido invitado a cenar, y en aquel preciso momento estaba declarando ante los presentes —ciertamente, de modo poco clerical— que no había nada en este mundo capaz de atemorizarle. Sin duda, su estridente proclama provocó un plan en la mente de Edward, pues el muchacho comentó al instante, sin venir a cuento de lo que íbamos comentando: «Creo que el nuevo coadjutor está bastante colado por la Tía María».

Examiné la idea y comenté: —Bueno, ella es bastante mayor —debía haber visto pasar ya unas veinticinco primaveras.

—Desde luego que lo es —respondió Edward con desdén—. No es de ella, de lo que va detrás, sino de su dinero, ¿te lo apuesto!

—No sabía que tuviera ningún dinero —observé tímidamente.

—Pues claro que tiene —dijo mi hermano, confidencialmente—, montones y montones de billetes.

A continuación hubo un silencio, y nuestros cerebros se enfrascaron en diversos aspectos de la novedosa situación; el mío, en el asombro que volvía a provocarle este defecto tan a menudo patente en naturalezas con talentos envidiables: incluso en un hombre mayor y buen jugador de cricket como el coadjutor; el de Edward —aparentemente—, en la consideración de cómo se le podía dar un giro a semejante estado de cosas —suponiendo que así fuera— en provecho propio.

—Bobby Ferris —empezó Edward cuando ya lo juzgó oportuno— me contó que una vez un tipo pelaba la pava con su hermana y...

—¿Qué es pelar la pava? —pregunté dócil.

—Oh, *a mí* no me lo preguntes —dijo Edward, con indiferencia—. Es... es... es una cosa que hacen, ya sabes. Y Bobby no paraba arriba y abajo, llevándoles notas y recados y cosas, y le daban un chelín casi cada vez.

—¿Sí, cada uno? —inquirí inocentemente.

Edward me miró con desdeñosa compasión. —Las chicas nunca tienen un penique —me explicó brevemente—. Pero ella le hacía los deberes y le sacaba de peleas y se inventaba coartadas para él cuando lo necesitaba, y mucho mejores que las que él podía

haberse inventado. Las chicas son útiles en algunos sentidos, así que él se daba la gran vida hasta que, desafortunadamente, se pelearon por no sé qué.

—No sé qué tiene que ver el pelearse con que siguieran «pelando la pava» —dije.

—Ni yo —convino Edward—. Pero, en fin, las notas y las cosas se acabaron, e igualmente los chelines. Bobby se encontró francamente acorralado, porque había comprado dos hurones a plazos, y había prometido pagar un chelín cada semana, ¡pensando que los chelines nunca se acabarían, el muy burro! Así que cuando la semana venció y le estaban requiriendo el chelín, se fue al tipo que pelaba la pava y le dijo: «Tu desconsolada Bella te implora que vayas a verla al atardecer, al roble hueco, como antes, solo un momento. ¡No falles!» Todo esa retórica la sacó de algún apestoso libro, desde luego. El tipo le miró desconcertado y dijo: «¿Qué roble hueco? No conozco ninguno». «¿Quizás sea El Roble Real?», dijo Bobby inmediatamente al detectar su desliz, pese a toda su confianza en el apestoso libro. Pero esto tampoco pareció convencer mucho más al tipo.

—Ya me lo imagino —dije—, El Roble Real es de esa clase horrible de pubs.

—Así es —dijo Edward—. Bien, al final el tipo le dijo: «Creo que ya sé a lo que se refiere: el árbol hueco que está en el cercado de tu padre. Allí hay un olmo, pero ella es incapaz de ver la diferencia. Vale, dile que allí estaré». Bobby se quedó un poco más, pues el tipo no le soltaba el dinero. «Bella lloraba terriblemente», dijo, y entonces recibió el chelín.

—¿Y no se mosqueó el tipo —inquirí— cuando llegó al sitio y no la encontró?

—Se encontró a Bobby —dijo Edward, indignado—. El joven Ferris era un caballero, en todos y cada uno de sus átomos. Le llevó otro mensaje de Bella: «No me atrevo a salir de casa. Mis padres me han recluido a cal y canto. ¡Si simplemente supieras cuánto sufro! Tu desconsolada Bella», sacado del mismo libro apestoso. Esto le puso la mosca detrás de la oreja al tipo, porque justamente los papás Ferris habían demostrado un vivo interés durante todo el asunto amoroso: el tipo, ya ves, tenía pasta.

—¿Pero y eso que tiene que... —comencé de nuevo.

—Oh, *a mí* no me lo preguntes —dijo Edward, impaciente—. Te cuento simplemente lo que Bobby me contó. El tipo se mosqueó y ya está; pero como no podía llamar mentiroso con certeza al hermano de Bella, Bobby se libró por el momento. Ahora, a la semana siguiente, de nuevo con el agua al cuello y con unos deberes de Francés de aúpa, intentó el mismo tipo de juego con su hermana; esta fue demasiado lista para él y le pilló. No sé cómo, las mujeres parecen ser más desconfiadas que los hombres. Son salvajemente celosas por naturaleza, ya sabes.

—Ya sé —dije—. Pero los dos, el tipo y la hermana, ¿pelaron la pava luego?

—De eso no recuerdo nada —replicó Edward, con indiferencia— pero a Bobby lo enviaron empaquetado a la escuela de la ciudad un año entero antes de lo que su familia tenía pensado, que era justo lo que él quería. ¡Así que ya ves que todo salió bien al final!

Estaba intentando hacerme con la moraleja de la historia

—evidentemente, debía tener alguna en algún lugar— cuando un haz de dorada luz de farol se mezcló con el claro de luna en el césped: la Tía María y el nuevo coadjutor

pasaban justo debajo de nosotros, dirigiéndose al banco del jardín. El banco estaba arropado por un macizo de denso laurel en forma de semicírculo que llegaba hasta la casa. Edward meditaba taciturno. —Con solo que supiésemos de lo que están hablando —dijo—, qué pronto verías si tengo razón o no. ¡Ya está, enviemos al renacuajo al porche, en misión de reconocimiento!

—Harold está dormido —dije—, me daría mucha pena...

—¡Bah, tonterías! —dijo mi hermano—. ¡Es el más pequeño, y tiene que hacer lo que se le diga!

Así pues, se sacó al desafortunado Harold de la cama y se le dieron todas las instrucciones para la misión. Naturalmente, estaba bastante molesto por haber sido despertado —por causas ajenas a su voluntad—, plantado sobre el frío suelo y con una misión que no le despertaba particular interés; pero Harold era tan incondicional de nuestra causa fraterna como bien disciplinado.

La vía de salida era bastante simple. Un porche con enrejado de hierro ascendía hasta quedar a nuestro alcance desde la ventana —una vía habitual y discretamente utilizada por los tres cuando no deseábamos ser presentados en sociedad—. Harold descendió con la destreza de una rata blanca, y su camisión destelló un instante sobre la grava del camino, antes de adentrarse en la oscuridad del macizo de arbustos y perderse de nuestra vista. Siguió un breve intervalo de silencio, roto súbitamente por un ruido como de refriega, seguido por un estridente y prolongado chillido, como de superficies metálicas que friccionan. ¡Nuestro explorador había caído en manos del enemigo!

La indolencia y nada más nos había empujado a delegar la tarea investigadora en nuestro hermano pequeño. Ahora que el peligro se había declarado, no había tiempo para la vacilación. En un segundo estábamos al pie del porche, arrastrándonos como cheroquis a través de las matas de laurel hasta divisar el respaldo del banco del jardín. La escena que encontramos era lamentable: la Tía María estaba sentada, con un vestido blanco de noche y un aspecto —para ser una Tía— verdaderamente encantador. Sobre el césped se erguía un coadjutor sofocado, asiendo a nuestro pequeño hermano de una extendida oreja que —a juzgar por el jaleo que Harold armaba— parecía a punto de partir en compañía de la cabeza que adornaba. El horripilante ruido que emitía no nos afectaba, en verdad, salvo estéticamente. Para uno que ha conocido ambos, el lamento de la angustia física genuina es fácilmente distinguible del lloriqueo inflado que pide misericordia. Lo de Harold podía ser claramente reconocido como de la segunda clase.

—Bien, tú, joven... «cachorrillo» —(yo creo que fue eso, pero Edward sostiene rotundamente que fue «diablillo») dijo el coadjutor severamente—, ¡cuéntanos qué pretendías!

—¡Vale, pero sueeeelte mi oreja —chilló Harold— y le diré la pura verdad!

Nosotros dos nos resistíamos imperturbables a salir y facilitar aquella explicación que Harold prometía; pero pecamos al negarle el justo crédito que a continuación iban a merecer su fertilidad de recursos y sus poderes imaginativos.

—Justo acababa de rezar las oraciones —empezó con calma el joven caballero— cuando se me ocurrió mirar por la ventana, ¡y vi sobre el césped una escena que me heló

hasta los tuétanos en las venas: un ladrón, sigiloso como una serpiente, se acercaba a la casa! Traía cara de pocos amigos y una oscura lámpara, ¡y venía armado hasta los dientes!

Escuchábamos con interés. El estilo, aunque distinto al habitual en Harold, sonaba extrañamente familiar.

—Continúa —dijo en un tono grave el coadjutor.

—Se detuvo en su sigiloso avance —continuó Harold— y dio un silbido bajito. Al instante, la señal fue respondida y desde las sombras adyacentes dos figuras más se deslizaron hasta él. Los bellacos iban ambos armados hasta los dientes.

—Excelente —dijo el coadjutor—, sigue.

—El ladrón jefe —retomó Harold, enfervorizándose en su tarea— se juntó con sus inicuos camaradas, y conversaron entre murmullos. Su expresión era verdaderamente feroz, y debería haber dicho que iba armado hasta los...

—Al grano, no importan sus dientes —le interrumpió groseramente el coadjutor— ya hay suficiente dentadura con la tuya. Aprisa y acaba.

—Yo estaba muerto de miedo —continuó el narrador, custodiando recelosamente su oreja con la mano—, pero justo entonces la cristalera del salón se abrió, y usted y Tía Maria salieron —quiero decir, *surgieron*—. Los ladrones se dispersaron en silencio entre los laureles, ¡rumiando sus horrendas intenciones!

Se veía al coadjutor un tanto perplejo. El cuento estaba bien construido y, ciertamente, abundaba en vivaces apuntes de situación. Después de todo, el chico podía haber visto realmente algo. ¿Cómo iba a saber el pobre hombre que —aunque la dicción inocente y elevada podían haber ayudado un poco— toda la trama era una adaptación libre del último folletín de aventuras «de apenique» que nos había dejado el chico de los caseros?

—¿Por qué no diste la voz de alarma en la casa? —preguntó.

—Es que temía —dijo Harold, con dulzura— ¡que quizás no me creyeran!

—¿Pero cómo llegaste hasta aquí, pequeño niño malo?

—terció Tía Maria.

Harold estaba contra las cuerdas, ¡incluso a manos de los de su propia sangre!

En aquel momento Edward me dio un toque en el hombro y se escabulló entre los laureles. Diez yardas más allá me dirigió un silbido bajito. Repliqué con otro. El efecto fue mágico. Tía Maria se irguió con un chillido. Atónito, Harold echó un vistazo alrededor y salió corriendo como una liebre, enfiló hacia la puerta trasera, irrumpió en la cena de los criados y se enterró en el ancho regazo de la cocinera, su incondicional aliada. El coadjutor se encaró a los laureles, dubitativo. Pero Tía Maria se le apegó como una lapa. —¡Oh, Mr. Hodgitts! —le oí gritar—, ¡usted es valiente de verdad! Por el amor de Dios, ¡no cometa imprudencias! —Y no las cometió: me asomé un segundo después y ya no había moros en la costa.

Entonces empezaron a escucharse, tímidamente, algunos sonidos provenientes de la casa, y Edward me comentó que quizás era mejor que nos largáramos. La retirada era tarea fácil. Un raquítrico laurel nos echó una mano en el ascenso por el muro del jardín, que a su vez nos condujo al tejado de un cobertizo. Escalado por un incierto ángulo, nos

permitió reptar hasta la ventana del trastero. Esta ruta aérea nos la reveló un día el gato de la casa, al hostigarlo en una «cacería de nutrias» en la que él —un tanto involuntariamente— hacía el papel del titular del juego. Y aquello demostró ser claramente útil en ocasiones como la presente.

Ya estábamos acostados confortablemente —salvo por alguna zona de la epidermis de las rodillas y los codos—, incluido Harold —que dormido masticaba algo gomoso—, pues había sido transportado por los brazos amigos de la cocinera antes de que el clamor de los cazadores de ladrones se extinguiese.

La impertérrita conducta del coadjutor, tal como fue relatada por Tía Maria, fue generalmente aceptada como la presencia que había aterrorizado y hecho huir a los ladrones, lo que le granjeó un gran prestigio. Algunos días más tarde, sin embargo, habiéndose dejado ver por nuestra casa para el té vespertino, le escuché hacer una media broma coadjutoresca sobre el valor necesario para afrontar las miradas al tomar con resolución la última rebanada de pan con mantequilla de la bandeja: en aquel momento sentí el impulso de decir con un tono como de trance, como si me dirigiera al universo en su amplitud: «¡Oh, Mr. Hodgitts! ¡usted es valiente de verdad! Por el amor de Dios, ¡no cometa imprudencias!»

Afortunadamente para mí, el coadjutor solo estaba de visita aquel día... y siempre era comparativamente fácil esquivar en campo abierto a aquel amigo de larga levita.

## UNA COSECHA

El año caminaba por la amarilleante estación del año, y el rostro de la naturaleza era un dechado de matices de oro viejo. Contemplarlo como «Un campo, o sembrado, con gavillas del mismo color»<sup>1</sup>, no deja de ser una figuración de la Naturaleza, como un escudo heráldico —habitualmente lo es—, pero proclama correctamente el despliegue que Edward y yo observábamos desde la entrada del almiar. Harold no estaba en aquel escenario, por encontrarse tendido en el lecho del dolor —su particular desorden estomacal, como de costumbre—.

La noche anterior, Edward, en un arrebató de insólita amabilidad, se había dignado hacerme un farol con una calabaza, un trabajo artesanal para el que era peculiarmente diestro; y Harold, al esparcirse el interior de la calabaza por virtud del cuchillo vaciador, había dado buena cuenta de todos los aromáticos pedazos, considerándolos un regalo especial llovido del cielo; y ahora se sometía a su destino, con tanta ayuda como el médico podía aportar. Pero Edward y yo, sabiendo que la cosecha de aquel campo había de transportarse el mismo día, disfrutábamos del privilegio de montar en las vagonetas vacías, desde el almiar hasta las gavillas, de donde volvíamos trabajosamente a pie, para recorrer de nuevo los ondulados acres en aquellas grandes galeras que surcaban un mar de rastros. Era lo más cercano a navegar que nosotros, granujillas de tierra firme, podíamos ambicionar; y de aquí se seguía que escenas tan emocionantes como la de Sir Richard Grenville al mando de «La Venganza»<sup>2</sup>, la Batalla del Nilo envuelta en humaredas<sup>3</sup>, y la Muerte de Nelson<sup>4</sup>, hubieran sido todas representadas en distintos momentos sobre estos polvorientos alcázares que se bamboleaban traqueteando hacia lo lejano.

Otra vagoneta había soltado su carga, y al cruzar ruidosamente la puerta del almiar, de un salto la abordamos por la popa entre alaridos. Edward fue el primero en subir y, en cuanto recobré el equilibrio, me inmovilizó con un abrazo mortal. Yo era un corsario, proclamó, y él el capitán de la fragata británica «Terpsícore»<sup>5</sup> de... no recuerdo el número preciso de cañones. Edward siempre se apropiaba de los mejores papeles, aunque yo encarnaba el mío con gallardía. De repente descubrí que el suelo en el que batallábamos rebosaba de tijeretas. Mientras chillaba, de un empujón me saqué al capitán de encima, y me volví hacia la compuerta de popa, para aterrizar otra vez sobre los rastros. Edward comenzó una danza guerrera de victoria sobre el puente de aquel galeón en retirada; pero a mí me importaba bien poco. *Yo* sabía que *él* sabía que *yo* no le tenía miedo a *él*, sino —y terriblemente— a las tijeretas —aquellos mortíferos bichos de campo—. Así que dejé que desapareciera el bajel, al tiempo que increpaba sin resuello a todos mis hombres para que rechazaran a los atacantes, mientras yo me encaminaba tierra adentro, hacia el pueblo.

Había un toque de aventura en la expedición: aquel no era nuestro pueblo, sino uno del extranjero, que distaba al menos una milla. Tenía la sensación de ser un viajero distinguido, mezclada con otra de inseguridad: distinción, pues los lugareños volverían curiosos la cabeza para mirarme; inseguridad, porque siempre estaba el peligro de misiles por parte de los habitantes más jóvenes... una clase social radicalmente conservadora. Entusiasmado con aquella soledad tan significativa, continué incluso más altanero de lo que acostumbraba: y «De este mismo modo —cavilaba—, Mungo Park<sup>6</sup> trazaba senderos a través de la jungla africana y...» Aquí me topé con un blando, pero consistente cuerpo.

Vuelto a la conciencia tras el impacto que me había derribado, me encontré tumbado de espaldas y con el gesto que todo chaval en estas circunstancias hace por instinto — con ambos codos bien flexionados a la altura de las orejas—. Ante mí había a un anciano alto, bien afeitado, ataviado con un traje negro al que se le había dado un constante uso: un clérigo, evidentemente. Noté enseguida una mirada lejana en sus ojos, como si estuviesen acostumbrados a otro plano de visión, y no pudiesen enfocar al instante las cosas terrestres si de improviso se les requería para ello. Su figura se encorvó entre disculpas: «Le pido mil perdones, señor —dijo—, soy tan rematadamente despistado. Confío en que me perdonará».

Bien, la mayoría de los chicos se habrían oído una broma tras este estilo de expresión tan cortés; pero confío a ciegas en mi capacidad para reconocer el buen natural de quien considera caballeros a todos sus congéneres, «judío o gentil», aseados o no. Desde luego, me eché la culpa, añadiendo que yo también era muy despistado; algo que, de hecho, así era.

—Percibo que tenemos algo en común —dijo con simpatía—. Yo, anciano, sueño sueños; tú, joven, ves visiones. Tu parte es la más afortunada. Y ahora... —su mano había estado descansando todo el rato sobre un portillo—, como es patente que estás sofocado, el día va ya de caída y Virgo es el signo del zodiaco, quizás te pueda ofrecer un humilde refresco, si la atención a tus compromisos no te lo impide.

Mi único compromiso aquella tarde era una clase de aritmética y, en cualquier caso, no tenía la menor intención de atenderlo, así que entré mientras él mantenía educadamente la puerta abierta y musitaba: «Venit Hesperus ite, capellae<sup>7</sup>: ¡entra, pequeñín!», y a continuación se disculpaba, humillado por aquel trato tan familiar que, según dijo, no era tanto cosa suya como del poeta romano. Un camino recto y bien delineado conducía a una vieja casa de aspecto frío. Mi anfitrión, que demoraba su avance yendo de rosal en rosal, se olvidó totalmente de mí al menos dos veces, y tras cada lapsus despertaba y se disculpaba humildemente. Durante estos intervalos até todos los cabos y caí en la cuenta de que se trataba del titular de la Rectoría: un soltero excéntrico, excesivamente erudito, alrededor del cual comenzaba a formarse la corteza de lo legendario. Para mí era un objeto de especial asombro, sobre todo porque se le atribuía el haber escrito un libro *como los de verdad*. «Montones de libros», me había comentado Martha, mi fuente de información; pero yo ya me conocía el coeficiente de reducción aplicable a las afirmaciones de Martha.

Atravesamos finalmente un vestíbulo oscuro y llegamos a una habitación que de inmediato me impactó por ser el ideal siempre soñado pero nunca visto. ¡Nada de fruslerías femeninas aquí! ¡Nada de cubrerrespaldos ni fundas protectoras! Este hombre —era evidente— no gemía bajo la opresión de ninguna Tía. Sólidos volúmenes en piel y pergamino forraban tres paredes; otros libros yacían abiertos o cerrados sobre sillas y mesas; otros más difundían el agradable aroma a tinta y encuadernaciones de una imprenta; y por encima de todo, flotaba una desvaída fragancia de tabaco que saludé y aclamé entusiasmado, como si fuese la Union Jack<sup>8</sup> ondeando y susurrando sobre la cabeza del que camina bajo cielos extranjeros: ¡la antigua bandera de la emancipación! Y en un rincón, con una pila de libros encima, como el resto del mobiliario, había un piano.

¡Cómo lo celebré con un grito de gozo! «¿Quieres aporrearlo?», preguntó mi amigo, como si se tratase del deseo más natural del mundo. Sus ojos ya estaban perdiéndose por otro rincón, donde algunos trozos de un escritorio asomaban bajo algo así como una sección de estratos alpinos de libros y folios.

—¡Oh!, pero ¿puedo? —pregunté dubitativo. —En casa no me dejan... ¡sólo me permiten hacer apestosos ejercicios!

—Bien, de cualquier modo, aquí puedes aporrear —replicó. Y, musitando ausente «Age, dic Latinum, barbite, carmen»<sup>9</sup>, siguió a sus cosas atraído mecánicamente, según parecía, por el irresistible escritorio. Tras diez segundos ya ni se le veía ni se le oía. Con un gran libro abierto sobre su rodilla, otro frente a él en un atril, y una partitura o algo parecido puesta bien a mano, leía y anotaba absorto, casi con pasión. Yo podría haber estado en Beocia, que ni se percataba ya de mi presencia. Así que con ánimo jovial me volví hacia las teclas y las aporreé.

Los que con dolor y las extremidades ensangrentadas han coronado los riscos del virtuosismo de un instrumento musical, saben que el gozo salvaje de aporrear es ya una pérdida irrecuperable para ellos, una sensación extinta. El encanto musical que buscan procede de la conjunción y las relaciones justas entre las notas que interpretan; en cambio, la cualidad y naturaleza puras, absolutas de cada nota *en sí*, solo pueden ser apreciadas por el aporreador. Porque algunas notas contienen todo el mar, y otras las campanas de una catedral; también encuentras en otras la agitación de los bosques, el vaho del verdor silvestre, los faunos que danzan al son de agudas flautas, e incluso los graves centauros que se asoman desde sus grutas. De otro tipo son las que traen claros de luna, mientras otras el hondo carmín del corazón de una rosa; algunas son azules o rojas, y otras hablan de un ejército con estandartes de seda y acentos de marcha marcial. Y a lo largo de toda la secuencia de sugerencias, los hombrecillos blancos se asoman y brincan hacia arriba, y luchan contra las negras alambradas que los aprisionan; y la entera caja de palisandro zumba como si la habitase una colmena.

Agotado por el rapto musical, hice una pausa momentánea y capté el ojo de mi amigo emergiendo sobre el borde de un enhiesto folio.

—Pero, por lo que respecta a estos alemanes —comenzó abruptamente, como si nos encontráramos en medio de una conversación—, la erudición está allí, te lo aseguro; pero la chispa, la percepción fina, la intuición feliz... ¿dónde está? ¡La toman de

nosotros!

—No toman nada en absoluto de *nosotros* —dije con decisión, pues la palabra Alemán solo me sugería bandas de música, a las que la Tía Eliza era ásperamente hostil.

—¿Te parece que no? —contestó dubitativamente, levantándose y paseando por la habitación—. Bien, aplaudo la equidad y la moderación en un crítico tan joven. En la juventud son cualidades tan inusuales como agradables. Pero, simplemente echa un vistazo a Schruppffius. Por ejemplo, ¡cómo forcejea y lucha con un simple γάρ, en este preciso lugar!

Miré temeroso por toda la habitación, algo atemorizado de descubrir algún misterioso tipo de conflicto sobre la moqueta. Pero no hubo tal, no vi ningún problema que nos amenazara en aquel «preciso lugar», y así se lo dije.

—Precisamente —gritó, complacido—. Para ti, que posees en un grado tan feliz la facultad natural del estudioso, no hay problema alguno. Pero para este Schruppffius... —Para mi fortuna, en aquel instante entró el ama de llaves, una señora de aspecto aseado y cara seria.

—El té está en el jardín —dijo remarcando las palabras, como si estuviese corrigiendo la colocación incorrecta de un acento circunflejo—. Será mejor que se lo beban antes de que se enfríe. He puesto algunos pastelillos y cosas para el pequeño caballero —declaró de nuevo, impasible. El pobre hombre me lanzó una mirada de fastidio—. Quizás un poco de té nos venga bien —dijo con poca convicción y, para mi gran alivio, encabezó la marcha hacia el jardín. De nuevo, miré alrededor en busca del «pequeño caballero» sobre la moqueta pero, al no atisbarlo, concluí que igualmente se trataría de otro despistado, y atacé los «pastelillos y cosas» sin escrúpulos.

Tras el té mejor saboreado y mejor acompañado de sabiduría de toda mi vida, ocurrió algo que, pese a ser yo tan pequeño entonces, no se ha borrado todavía de mi memoria. Hacia nosotros —nos hallábamos conversando animadamente en una glorieta situada en el camino principal—, venía un astroso vagabundo escoltado por una mujer bastante desaliñada y un chucho. Al vernos, el vagabundo ejecutó su lamento profesional. Miré a mi amigo con la más sentida compasión, porque bien sabía por Martha —era de dominio público— que a aquella hora del día mi amigo se encontraría con toda seguridad sin un penique en el bolsillo que poder dar como limosna. Cada mañana, salía con los bolsillos bien llenos; y cada anochecer volvía a casa sin una sola monedita. Él procedió a explicárselo al mendigo detallada y cortésmente, incluso con el sonrojo de quien ha sido pillado en una falta. Finalmente, el caballero del camino, comprendiendo la inviabilidad de su causa, se puso a maldecir a mi amigo con fruición, amplio vocabulario y desenfreno. Denostó los ojos de mi amigo, sus rasgos, su cabeza, tronco y extremidades, su profesión, sus familiares y aledaños; y al acabar se las piró, rezumando malicia y bellaquería por todos sus poros. Seguimos al grupo con los ojos, hasta un recodo del camino, donde la mujer, claramente cansada, se detuvo. Su señor, tras dedicarle algunos improperios típicos exigidos por su posición, la alivió del hatillo que portaba, lo que hizo que ella se agarrara a su brazo con una amabilidad ciertamente ruda en el tono, e incluso con un ligero asomo de ternura en su ademán. Para terminar el cuadro, el chucho sarnoso

saltaba para lamerle la mano.

—Mira —dijo mi amigo, inclinándose un poco sobre mi hombro—, ¡qué curiosa es esta amistad nuestra, que aparece y esplende donde menos te lo esperas! ¿Has estado en los campos esta mañana? ¡Todo acres yermos! Pero simplemente inclínate, hasta poder ver la luz al sesgo... ¡y todo es como la tejedura de plata de una tela de araña! Así que los bellos filamentos de esta cosa extraña atraviesan y enlazan el mundo entero. Y sin embargo, no es el imperioso antiguo dios de las irresistibles flechas:

ἔρως ἀνίκατε μάχαν <sup>10</sup>; no es ni siquiera el sosegado y respetable στοργή <sup>11</sup>, sino algo todavía no nombrado, quizás más misterioso, ¡más divino! ¡solo que uno debe rebajarse para verlo, viejo compañero, uno debe inclinarse!

El rocío descendía, el crepúsculo se acercaba, y yo trotaba brioso, camino a casa. Descubría espacios solitarios allí donde miraba, arriba y alrededor. Solo Héspero <sup>12</sup> colgaba del cielo, solitaria y pura, retirada allá lejos, remota; pero latiendo eternamente, de algún modo, en su valiente soledad.

1 Una expresión utilizada en heráldica para describir los elementos de un escudo de armas.

2 Sir Richard Grenville (1542-1591), corsario, vicealmirante y explorador inglés. Participó en la batalla contra la Armada Invencible. Tras ser nombrado vicealmirante, la reina Isabel lo comisionó en 1591 para atacar a los barcos españoles de las Azores, pero la flota española era más numerosa y su galeón HMS Revenge (La Venganza) fue rodeado y Grenville murió por una herida de arcabuz, tras doce horas de combate. Era famosa su crueldad como corsario.

3 Batalla del Nilo (1 y 2 de agosto de 1798), también conocida como la Batalla de Abukir, fue una de las más importantes batallas navales de las Guerras Revolucionarias Francesas, que enfrentó a la Armada Real Inglesa con la flota francesa del vicealmirante François-Paul Brueys D'Aigalliers. Las pérdidas francesas fueron muy elevadas (1.700 muertos —incluyendo al vicealmirante— y 3.000 prisioneros). Las pérdidas inglesas fueron, en comparación, mucho menores (218 muertos). El almirante Nelson comandó la flota inglesa.

4 Refiere al cuadro de Daniel Maclise (situado en el Palacio de Westminster en Londres), que representa la agonía del almirante Nelson a bordo de la fragata inglesa Victory, tras ser mortalmente herido en la batalla de Trafalgar.

5 Fragata inglesa de 32 cañones, HMS Terpsichore, comandada por el capitán Bowen, que en 1797 participó en la Batalla de Santa Cruz de Tenerife contra la flota española.

6 Mungo Park (1771-1806), explorador y naturalista escocés, conocido por su expedición al río Níger en África, donde murió.

7 Pertenece al último verso del libro X de las *Églogas* de Virgilio, «Ite domum saturae, venit Hesperus, ite capellae»: Volved a casa ya saciadas, cabras mías, que llega la estrella de la tarde.

8 La bandera del Reino Unido (denominada Union Flag: Bandera de Unión, y más popularmente, Union Jack) es una combinación de las cruces de los santos patronos de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda del Norte, tres de las cuatro regiones que, con Gales, forman el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte.

9 Horacio (i a.C.), *Odas*, Libro I, nº 32, versos 3 y 4: Te ruego, ¡oh lira!, que me inspires canciones latinas.

10 Verso 781 de *Antígona* de Sófocles, que se puede traducir como «el amor apasionado, invencible en el combate».

11 «Afecto».

12 Venus.

## INCOMUNICADOS POR LA NIEVE

La Noche de Reyes vino y se fue, y a la mañana siguiente la vida parecía una bagatela tonta y sin sentido. ¡Pero la víspera, con sus bufones, había sido real! Entraron a pie en la vieja cocina, espolvoreando el suelo de ladrillo rojo con la nieve posada en sus exóticos atuendos, dando zancadas de un lado a otro y declamando sus versos, hasta que todo fue una estruendosa algarabía. Harold estaba francamente asustado: sin pensárselo dos veces, se sepultó en el amplio regazo de la cocinera. Edward, como el tipo duro que era, simuló estar por encima de aquel teatrillo, y saludó a los impactantes personajes con unos familiares «¡Hola Dick!», «¿qué tal, Harry?» y «¡Cuánto tiempo, Joe!». Y yo... yo era demasiado mayor para salir corriendo, pero también demasiado sensible para resistirme a la magia y la sorpresa. ¿De dónde venían estos extranjeros, que irrumpían en nuestro hogar cantando bajo máscaras recién compradas, entrechocando estrepitosamente sus espadas de madera? Y después de aquella visita, ¿qué extraños visitantes no buscaría nuestra fantasía bajo el manto de cualquier noche silenciosa, cuando las castañas chascaran sobre las cenizas, y las viejas historias de fantasmas estrecharan al estremecido círculo de oyentes? El viejo Merlín, quizás, todo cubierto de pieles de oveja negra, vestido de una tosca toga, con su arco y sus flechas, ¡y su escolta de ocas salvajes embridada por su propia mano! ¡O el imponente Ogier el Danés<sup>1</sup>, convocado de nuevo desde el Reino de las Hadas, que nos preguntaba por el camino a aquel Reino que antaño solicitara su ayuda! O incluso, en alguna noche blanca, la propia Reina de las Nieves<sup>2</sup>, con el cascabeleo de su trineo y el estruendo de las pezuñas de los renos, haciendo una súbita parada ante nuestra puerta abierta de par en par, mientras en las alturas el cortejo de las Luces del Norte<sup>3</sup> agitaban sus espadas entre las silenciosas estrellas!

Aquella mañana, recluso por la inexorable, infatigable nevada, noté una reacción muy distinta en Edward: hondamente conmocionado por el mundo teatral venido con la irrupción de los bufones de la víspera —había sido su primera introducción al auténtico Drama—, caminaba arriba y abajo declamando «Heme aquí, Jorge III, el Rey», con un marcado acento de Berkshire. Harold —acostumbrado, por ser el más pequeño, a extravagancias solitarias y esparcimientos que no despertaban muchas simpatías— estaba absorto en su juego «Caballeros del Club»: consistía en un itinerario por la habitación, del brazo de un compañero imaginario de reverenda edad, con paradas ocasionales en imaginarios clubs<sup>4</sup> donde —ascendiendo despaciosamente por imaginarios escalones— echaban un vistazo a imaginarios periódicos, comentaban imaginarios escándalos entre venerables movimientos de cabeza, y —ya siento decirlo— se llevaban imaginarios vasos a los labios. Solo Dios sabe cómo el germen de este lúgubre pasatiempo entró por primera vez en la persona del muchachito. Era de su propia

cosecha y, naturalmente, estaba orgulloso de ello. Mientras tanto, Charlotte y yo, acocladados en el alfeizar interior de la ventana, íbamos contemplando como arrebatados por un sortilegio aquella sucesión de torbellinos, remansos, ímpetus de los innumerables copos de nieve, que vestían nuestro alegre pequeño mundo con un asombroso uniforme, fantasmagórico en su diseño y su lívido color.

Charlotte se encontraba profundamente desanimada. Había sido por una desavenencia con Miss Smedley en el desayuno: en medio de una de sus típicas discusiones, había salido una cita de su clásico favorito, *El libro de las Hadas*, y Miss Smedley le informó suave, pero firmemente, de que algo como las hadas nunca había existido en realidad. «¿Eso significa que lo que quiere decir es que todo es mentira?», preguntó Charlotte con brusquedad. Miss Smedley, lamentando una sintaxis tan inapropiada en boca de una dama, le explicó: «Estas historias tuvieron su origen, querida, en un errado antropomorfismo que quería interpretar la naturaleza. Pero, aunque ahora estamos lo suficientemente bien informados para no caer en errores similares, todavía hay muchas bellas enseñanzas que aprender en estos mitos».

—¿Pero —persistió Charlotte— cómo se puede aprender algo de lo que no existe? — Y abandonó desafiante la mesa... y bastante deprimida.

—No *le* hagas caso —la consolé—, ¿cómo va tener idea de eso? A ver, ¿si ni siquiera sabe lanzar una piedra como Dios manda!

—Edward también dice que todo eso es basura —replicó Charlotte, dubitativa.

—Edward llama basura a todo —le expliqué—, últimamente se cree que va a entrar en el ejército. ¡Si una cosa está en un libro *debe* ser verdad, y eso ya lo deja todo bastante claro!

Charlotte pareció reafirmarse. Una mayor tranquilidad reinaba en la habitación, pues Edward había bajado con su dragón de madera y un soniquete constante delataba que le estaba practicando agujeros. Harold subía los escalones del Athenaeum con aire desenfadado (a mí me parecía más bien que entraba en el Junior Carlton Club<sup>5</sup>). Afuera, las altas copas de los olmos apenas se veían a través de la copiosa tormenta. —«El cielo se desploma —citó Charlotte, con suavidad—. Debo marchar y contárselo al rey». —La cita refería directamente a un cuento de hadas, y yo me ofrecí a leérselo, y me levanté a por él. Como el mundo de los enanitos había quedado bastante desacreditado, pues algunas escépticas sospechas habían amargado el cáliz del gozo, con absoluta seguridad tomé *Arturo*, segundo en la lista de favoritos de Charlotte por sus errabundas damiselas cabalgando al galope, y primero en nuestras preferencias masculinas por aquellos choques de espadas que hacían saltar esquirilas en los torneos, y los temerarios arrojados contra todo fatal pronóstico. Sin embargo, de nuevo aquí anduve desafortunado (¿Qué mal sortilegio abrió el libro por la triste historia de Balín y Balán?): «Y se esfumó en un santiamén —leí—, y escuchó el son de un cuerno de caza, como si hubiese sido el último estertor de una bestia. «Aquel toque —dijo Balín— ha sonado para mí: yo soy el trofeo buscado, pero no he caído todavía». Charlotte empezó a llorar: conocía demasiado bien lo que venía a continuación. Desesperado, cerré el libro. Harold surgió de detrás de un sillón. Estaba chupándose el pulgar (acción rara vez vista entre miembros del Reform

Club), y miró con ojos como platos a su hermana, afeada por las lágrimas. Edward dejó a un lado sus histrionismos y subió apresuradamente en guisa de caballero consolador (acababa de descubrir un nuevo papel).

—Conozco una historia alegre —comenzó—. Me la contó la Tía Eliza, cuando estuvo en el horroroso mundo del extranjero (él mismo había pasado una vez un negro mes de penalidades en Dinan<sup>6</sup>). Había por allí un hombre que tenía dos cigüeñas. Una murió: era la hembra.

—¿De qué murió? —terció Harold, sin éxito.

—Y la otra cigüeña estaba bastante apenada y se deprimía sin parar, y aquello era su gran desdicha. Así que buscaron y encontraron un pato, y se lo presentaron a la cigüeña. El pato era macho, pero a la cigüeña no le importaba, y se quisieron mucho y eran todo lo felices que se puede ser. De ahí a un tiempo, otro pato llegó por allí (una auténtica pata esta vez), y cuando el macho la vio se enamoró de ella, y dejó a la cigüeña, y fue y se declaró a la pata, pues era muy bella. Pero la pobre cigüeña que había sido abandonada no dijo nada a nadie, y sufría y sufría y se consumía, ¡hasta que una mañana fue encontrada muerta del todo! ¡Pero los patos vivieron para siempre felices!

¡Esta era la idea de una historia alegre para Edward! De nuevo se le desplomaron las animadas comisuras de los labios a la pobre Charlotte. ¡Realmente, la rematada incapacidad de Edward para descubrir el verdadero meollo de cualquier cosa era *en extremo* enervante! Fue siempre así. Años antes —ante la necesidad de preparar su juvenil mente para un acontecimiento doméstico que pudiera conducir a embarazosas preguntas, con poco tiempo disponible para dar con respuestas apropiadas— se le había preguntado con tacto si le gustaría tener un hermano pequeño o... quizás una hermanita. Edward consideró cuidadosamente todos los aspectos del asunto, y al final se decantó por un cachorro de Terranova. Cualquier chaval con más «pesquis» habría pillado el sentido de la pregunta y aligerado la inquietud de sus progenitores. En vista de tal respuesta, el asunto en su totalidad hubo de ser abordado otra vez, desde un nuevo punto de partida.

Ahora, mientras Charlotte se alejaba sollozando entre hipidos que delataban una profunda conmoción anímica, Edward, inconsciente —como Diamante, el de Sir Isaac<sup>7</sup>— de su fechoría recién perpetrada, se volvió hacia Harold gritando: «¡Quiero un dragón de verdad!, ¡tú tienes que ser mi dragón!»

—Déjame seguir con lo mío, ¿vale? —chilló Harold, zafándose con contundencia—. Estoy jugando a otra cosa. ¿Cómo puedo ser un dragón y miembro de todos los clubs al mismo tiempo?

—¿Pero no te gustaría ser un bello dragón con escamas, todo verde —dijo Edward, intentando persuadirle—, con una cola enroscada y ojos rojos, y echando auténtico humo y fuego por la boca?

Harold vaciló un instante (Pall-Mall todavía ejercía una fuerte influencia en él), y en un santiamén ya estaba postrado a los pies de Edward. Ningún saurio había balanceado nunca una cola tan escamosa y enortijada como la suya. Mientras emitía con terroríficos resuellos el humo más ahumado y el fuego más inflamador, el mundo de los clubs se

encontraba ya a millones de años de distancia.

—Ahora quiero una Princesa —gritó Edward, agarrando a Charlotte con gran entusiasmo—, y *tú* puedes ser el doctor y curarme de la herida mortal del dragón —dijo clavando sus ojos en mí.

De todas las profesiones, contemplo el sagrado arte de curar con el mayor horror y rechazo. En aquel momento de mi designación, una avalancha de recuerdos catastróficos de purgas y pócimas me cercaron hasta abrumarme, y con Charlotte —que no era de las que ambicionaban honores sin contenido— me apresuré hacia la puerta. Edward hizo lo mismo, y hubo un encontronazo de fuerzas hostiles rodando por la alfombra, en que todo se volvió revuelto, caótico y arturiano. El son tintineante de la campana del comedor restauró la paz al instante, incluso a pesar de unos antagonismos tan enconados como los nuestros. Ni el Grial mismo —que según la historia se deslizaba de un lado a otro transportado en un haz de luz—, sofocó nunca una revuelta de pasiones guerreras con tanta eficacia, hasta apaciguarlas en una concordia dulce y silenciosa.

1 Personaje legendario que aparece por primera vez en el *Cantar de Roldán* (s. XI).

2 Personaje malvado del famoso cuento del danés Hans Christian Andersen (1805–1875), *La Reina de las Nieves* (1845).

3 La Aurora boreal o Aurora polar es un fenómeno de luminiscencia que aparece en el cielo nocturno, usualmente en zonas polares, aunque puede aparecer en otras partes del mundo por cortos períodos de tiempo. En el hemisferio norte se conoce como boreal, y en el hemisferio sur como austral.

4 Afamados lugares de encuentro para caballeros en Londres, que irán siendo nombrados en la narración: The Athenaeum, The Junior Carlton Club, The Reform Club, The Pall-Mall.

5 Mientras que The Athenaeum se caracterizaba por la importancia intelectual y artística de sus miembros, The Junior Carlton Club congregaba socios políticamente conservadores.

6 Pequeña localidad del norte de Francia.

7 Se refiere al perro mascota del científico Sir Isaac Newton, que en un ocasión derribó una vela situada encima del escritorio de su amo, y causó la pérdida de años de investigación. Y Newton solo comentó: «¡Oh Diamante, qué poco sabes del daño que acabas de causar!».

## DE QUÉ HABLABAN

Edward sostenía su cerveza de jengibre como un caballero, disfrutando —pues acababa de pasar por las manos del dentista— como el capitalista que vive su pasajero instante de gloria. Como en toda familia bien regulada, nuestra habitual tarifa era: un diente, media corona; y un chelín, solo si el molar andaba ya suelto. Desafortunadamente, el molar en cuestión —a pesar de la interesada simulación de agonía por parte de Edward— había sido descubierto poco firme; pero el evento había sido lo suficientemente fructífero como para permitirle comprar cerveza de jengibre. Como financiero, sin embargo, Edward había pedido ser eximido de cualquier tarea servil de obtención de fondos, y paseaba pavoneándose por el jardín mientras yo traía correo de la oficina del pueblo, y Harold robaba un vaso de la despensa. Completados nuestros preparativos, nos hallábamos desparramados sobre el césped. El más serio y circunspecto de los conejos había sido soltado para animar nuestro banquete, y holgazaneaba discretamente sobre la hierba, seleccionando los llantenes más suculentos. Mientras tanto Selina, en calidad de dama de mayor edad presente, se entretenía con el primer vaso servido, pescando delicadamente, según su afectada manera femenina, pedacitos del corcho roto.

—Venga, pasa la botella ya —gruñó nuestro anfitrión—, ¿por qué las chicas sois siempre tan apestosamente tiquismiquis?

—Martha dice —explicó Harold, sediento también, pero sin perder la caballerosidad— que si te tragas un trozo de corcho, flota y flota y flota dentro de ti, hasta que...

—¡Bah, tonterías! —dijo Edward, apurando el vaso con una estudiada pretensión de desdén hacia las consecuencias... pero al mismo tiempo (bien lo noté), esquivando con pericia y discernimiento los fragmentos de corcho flotantes.

—Oh, está muy bien decir «¡Tonterías!» —replicó Harold, molesto— pero todo el mundo menos tú sabe que es verdad. ¿Por qué, cuando el Tío Thomas vino la última vez, y subieron de la bodega una botella de vino para él, tomó solo un sorbito del vaso y después dijo: «¡Aj, Dios mío, está acorchado!» y no tomó más, y tuvieron que subirle una nueva botella? Lo gracioso fue que eché un vistazo al vaso rechazado cuando se lo retiraron, ¡y no había ningún corcho en él! Así que me lo bebí enterito, y estaba muy bueno!

—¡Tendrías que ser más cuidadoso, muchachito! —le dijo su hermano mayor, mirándole con severidad—. ¿Te acuerdas de la noche en que vinieron los bufones, y se tomaron el ponche de oporto, y tú te diste una vuelta y apuraste todos los vasos después de que se hubieron ido?

—¡Je!, la verdad es que me sentí raro aquella noche —soltó Harold con una risita—. Pensaba que la casa se me venía encima, que saltaba y todo; y Martha tuvo que llevarme

a la cama, ¡porque la escalera no dejaba de moverse de un lado a otro!

—Miramos inquisitivamente a nuestro tosco hermanito: estaba claro que él enfocaba el asunto desde la perspectiva neutra del fenómeno, por encima de la de un comportamiento delictivo.

Una tercera botella circulaba en aquel momento; y Selina, que evidentemente había esperado a que le llegase el turno, se permitió un trago digamos que poco equitativo; y entonces, levantándose de un salto y sacudiéndose el vestido, anunció que se largaba a dar un paseo. A continuación salió como una liebre, pues era una constante en nuestra familia que cualquier acción autónoma de uno de sus miembros encontrara automáticamente una oposición física por parte de una Tía.

—Se larga de nuevo con esas chicas de la vicaría —dijo Edward, mirando el centelleo de las medias negras de las presurosas zancas de Selina por el camino—. Ahora va con ellas todos los días, ¡y tan pronto como se encuentran, juntan las cabezas y charlan, charlan, charlan todo el bendito tiempo! No me figuro de qué tienen que hablar tanto. Nunca paran: ¡cotorreo, cotorreo y cotorreo sin fin, como un nido de crías de grajas!

—A lo mejor hablan sobre huevos de pájaro —sugerí adormilado, pues el sol apretaba, la hierba estaba blandita y la cerveza de jengibre era poderosa—, y sobre barcos y búfalos e islas desiertas; y por qué los conejos tienen colas blancas; y si antes preferirían una goleta que un cúter; y lo que serán cuando sean hombres hechos y derechos... como mínimo; quiero decir... que hay montones de cosas de las que hablar, si *realmente* quieres hablar.

—Sí, pero ni hablar hablan de esa clase de cosas —persistió Edward—. ¿Cómo *iban a poder?* No *saben* nada, son incapaces de *hacer* nada (salvo tocar el piano, y nadie querría hablar de *eso*); y no les importa nada: nada sensato, quiero decir. Así que, ¿de qué hablan?

—Una vez —terció Harold— le pregunté a Martha y me contestó: «Nada que *te* importe. Las jóvenes damas tienen montones de cosas de las que hablar que vosotros, los jóvenes caballeros, no podéis comprender».

—No me lo creo —gruñó Edward.

—Bueno, sea como sea, eso es lo que ella *dijo* —replicó Harold, con indiferencia. El tema no le pareció de importancia prioritaria, y además entorpecía la libre circulación de la cerveza de jengibre.

Escuchamos un golpe seco en la puerta de entrada. A través de un hueco en el seto pudimos ver al grupo alejarse por el camino: Selina iba en el medio, y colgadas de sus brazos, una chica de la vicaría a cada lado. Habían juntado las cabezas, como Edward había descrito, y su lenguaraz cotorreo nos llegaba con la brisa, como la bulliciosa algarabía de los estorninos en una mañana radiante de marzo.

—¿De *qué* hablan, Charlotte? —le pregunté, deseando pacificar a Edward—. Tú vas con ellas algunas veces.

—No lo sé —dijo la pobre Charlotte, con pesar—. Me obligan a ir por detrás, porque dicen que soy demasiado pequeña, y no debo escuchar. Y yo *quiero* escuchar —añadió.

—Cuando una señora viene a visitar a la Tía Eliza —dijo Harold—, hablan todo el

tiempo las dos a la vez. Y, aun así, cada una parece que escucha lo que la otra le dice. No me figuro cómo lo hacen. ¡La gente mayor es tan inteligente!

—El coadjutor es el hombre más curioso —comenté—. Siempre está diciendo cosas sin sentido en sí mismas, y además se ríe de ellas como si fueran chistes. Ayer, cuando le preguntaron si tomaría un poco más de té, dijo: «Una vez más a la brecha, queridos amigos, una vez más»<sup>1</sup>, y se puso a dar carcajadas. No le encontré la gracia por ningún lado. Y entonces, alguien le preguntó por su ojal y dijo «No es más que una pequeña flor ya extinta»<sup>2</sup>, y explotó de nuevo. Me pareció rematadamente absurdo todo aquello.

—Ah, *él* —dijo Edward con desdén—, no puede evitarlo, ya sabes, es esa manera de ser que tiene. Pero son las chicas con las que no puedo. Si tienen algo sensato de qué hablar, ¿cómo es que nadie sabe lo que es? Y si no lo tienen —y sabemos que *no* pueden tenerlo, naturalmente—, ¿por qué no cierran el pico? Mira este viejo conejo, *él* no quiere hablar. Tiene algo mejor que hacer. —Y Edward le lanzó un tapón de corcho de cerveza de jengibre al tranquilo animalito, que ni se inmutó.

—Oh, pero los conejos *sí* hablan —terció Harold—. Les he observado muchas veces en su conejera: juntan las cabezas y suben y bajan las narices, justo como las de Selina y las chicas de la vicaría. Solo que, por supuesto, no puedo oír lo que están diciendo.

—Bien, si hablan —dijo Edward a regañadientes—, ¡apuesto a que no es de tonterías, como hacen esas chicas! —lo cual era una presuposición poco caballerosa por su parte, y no menos injusta, porque no había salido a la luz —ni lo ha hecho aún a día de hoy— *aquello* de lo que hablaban Selina y sus amigas.

<sup>1</sup> Verso de *Enrique V* (III, i), de Shakespeare.

<sup>2</sup> Título de una canción compuesta por la poetisa norteamericana Ellen Clementine Howarth (1827-1899).

## LOS ARGONAUTAS<sup>1</sup>

El advenimiento de cualquier tipo de desconocidos a nuestro mundo había sido siempre un asunto sospechoso y por lo tanto seriamente examinado. De hecho, generalmente provocaba una señal de retirada hasta las grutas y senos de la tierra, a los sotos no hollados o a los remotos establos de la periferia, de los que solo éramos desalojados por astutas niñeras, muy familiarizadas —por su continua experiencia— con nuestras escapadas y refugios secretos. Así que no era ninguna sorpresa que los héroes de las leyendas clásicas, al encontrarse con alguien por primera vez, no consiguiesen ganarse toda la simpatía al instante. «La confianza —dice alguien— es una planta de lento crecimiento», y estos majestuosos semidioses de pelo oscuro, con nombres difíciles de dominar y extraños atuendos, aún habían de ganar una ciudadela ya fuertemente guarnecida por una soldadesca más familiar. Sus frías diosas extranjeras no ejercían ningún encanto instantáneo sobre nosotros, al contrario de las maliciosas hadas y brujas de fantasía del mundo nórdico; echábamos de menos la amable alianza con el animal —el zorro que desplegabla la más espesa de las colas para conducirnos al castillo encantado, la rana en el pozo, el cuervo que graznaba sus consejos desde el árbol—; y nos parecía totalmente equivocado —especialmente a Harold— que el héroe no fuese otro que el más pequeño de tres hermanos: de hecho, esta creencia en la especial fortuna que siempre esperaba al hermano más pequeño —«la Postremogenitura» en el Reino de las Hadas—, había tenido un torvo efecto de envanecimiento y descaro en nuestro pequeño hermano, que pedía a gritos un correctivo físico. Pero, incluso en nuestra reconvencción, estábamos de su parte en preferir aquel mundo conocido. No podíamos evitar que, al observar con desconfianza estas nuevas llegadas, el mismísimo viejo Saturno nos pareciera un tanto advenedizo.

Sin embargo, incluso los desconocidos pueden llegar a ser camaradas juramentados; y, después de todo, estos vistosos espadachines mostraron estar hechos de la pasta correcta. Perseo, con su gorro hecho de oscuridad y sus maravillosas sandalias, no tardó en encontrar el camino hasta nuestros corazones. Apolo llamó a la puerta de Admeto con algo que recordaba al estilo ortodoxo de las hadas. Psyque trajo consigo un reglamentario palacio de magia, así como aves útiles y hormigas amigas. Ulises, con sus embaucadoras redes y estratagemas, derribó la última barrera, y de ahí en adelante la banda fue adoptada y admitida en nuestra camaradería.

Yo había estado ocupado hostigando los terneros de Larkin el granjero —su principal motivo de orgullo— por los campos —solo para mostrarle al tipo que no había caído en nuestro olvido—, y a la vuelta, cruzando el jardincillo que daba a las cocinas, embargado por un sentimiento de paz hacia todos los hombres, me topé con Edward, que escarbaba el estercolero en busca de

lombrices. Edward se guardó los gusanos en el sombrero y caminamos juntos, mientras abordábamos elevados asuntos de Estado. Al llegar al cobertizo de herramientas, unos extraños ruidos detuvieron nuestros pasos. Echamos un vistazo y descubrimos a Harold, solo y extasiado, absorto, inmerso en su particular juego del momento. Estaba acuclillado sobre el comedero de los cerdos que habían traído para reparar. Mientras rapsodiaba entusiasmado, agitaba una pala sobre su cabeza, o la clavaba en tierra con el gesto de quienes hacen avanzar canoas canadienses. Edward fue hasta él.

—¿Qué personaje estás haciendo ahora? —le interrogó con seriedad.

Harold se sonrojó, pero aguantó como un hombre, asentado en su comedero de cerdos. —Soy Jasón —replicó desafiante— y esto es la nave Argos. Mis compañeros están aquí también, solo que no los puedes ver. Y ahora simplemente estamos cruzando el Helesponto<sup>2</sup>, así que no vengas a molestar. —Y de nuevo, se aplicó a surcar aquel mar oscuro como el vino.

Edward le asestó un despreciativo puntapié al comedero de cerdos. —¡Valiente clase de Argos tienes tú! —dijo.

Harold empezó a molestarse. —No puedo hacer otra cosa —replicó—. Es la mejor clase de Argos que he podido conseguir, basta que le pongas la necesaria imaginación; pero *tú* nunca podrías ponerle ni un cachito.

Edward reflexionó y le dijo al instante: —Mira, ¿por qué no agarramos el bote de Larkin el granjero, y vamos directos a remontar el río en una Argos real, en busca de Medea y el Vellocino de oro, y todo eso? Y te diré algo: no me importa que seas Jasón, pues se te ocurrió a ti primero.

Harold se cayó del contenedor por exceso de emoción.

—Pero no nos dejan ir por el río a nosotros solos —gritó.

—No —dijo Edward, con refinado desdén—, no nos dejan... a Jasón tampoco le dejaban, me atrevería a decir... ¡pero él *fue!*

La protesta de Harold había sido meramente convencional: solo quería que se le convenciera con un argumento sólido. La siguiente pregunta era: ¿y las chicas qué? Selina se había mostrado claramente habilidosa en un bote; el problema con ella era que, si desaprobaba la expedición —y, moralmente considerado, aquello no iba a ser exactamente un *Progreso del Peregrino*— podría ir a chivarse, sobre todo porque estaba recién llegada a esa desagradable edad en la que uno empieza a desarrollar una conciencia. Charlotte, por su parte, tenía el hábito de soñar despierta, y no era improbable que cayera por la borda en una de sus arrebatadas ensoñaciones. De seguro que se desharía en lágrimas cuando se viese fuera del plan; pero incluso eso era preferible a una tumba acuática. En conclusión, la voz del pueblo —y con razón, quizás— estaba en contra de la admisión de animales con falda: a pesar del precedente de Atalanta, que había formado parte de la tripulación original.

—Y ahora —dijo Edward—, ¿quién va a preguntarle a Larkin el granjero? Yo no puedo, la última vez que le vi me dijo que cuando me cogiera de nuevo me daría un buen pescozón. *Tú tendrás* que hacerlo.

Titubeé, por sólidas razones. —¿Conoces esos preciosos terneros que tiene? —

empecé.

Edward comprendió enseguida. —De acuerdo —dijo—, entonces ni hablar de preguntarle. Tampoco importa mucho. Solo serviría para irritarle, y eso sería una pena. Bien, partamos.

Caminamos hasta la corriente y capturamos el bote del granjero sin impedimentos ni trabas, mientras el enemigo se afanaba en los campos de heno. El río en cuestión —así lo llamábamos— no lo podríamos haber descubierto nunca en un atlas. De hecho, nuestra Argos apenas podía virar en él sin riesgo de naufragio. Pero para nosotros era el Orinoco, y las ciudades del mundo salpicaban sus orillas. Pusimos la quilla de la Argos a contracorriente, pues eso nos alejaba de la provincia de Larkin. Según lo convenido, a Harold se le permitió ser Jasón, y el resto de héroes nos lo repartimos entre Edward y yo. Al salir de Tesalia, recorrimos el Helesponto a grito pelado, sorteamos las Rocas Cianeas<sup>3</sup> casi sin aliento, y fuimos costeadando al socaire de las islas encantadas por las sirenas. Lemnos estaba orlada de flores de altarcinas, los escaramujos moteaban las orillas de Mysia, y los gritos de bienvenida de los lugareños que segaban el heno resonaban a lo largo de la costa de Tracia.

Tras una o dos horas de navegación, la proa de la Argos encalló en el fango de un atracadero encenagado y hollado por las vacas, de donde arrancaba un camino que apuntaba hacia una columna de humo, es decir, asentamientos humanos. Edward saltó a la orilla con los cinco sentidos en alerta para hacer un reconocimiento del lugar, y desapareció a grandes zancadas sin esperar a que le siguiéramos. Yo me entretuve frente a un portón cercano cubierto de verdín, que mostraba el sendero hasta unos jardines. La melancólica quietud que lo envolvía inspiraba mágicos presagios.

Ciertamente, atravesamos circunspectos el portón, y hasta el mismo aire nos pareció más quieto en aquel nuevo lugar. Harold me iba a la zaga sonrojado de vergüenza, mirando a los lados como si estuviésemos cruzando el umbral de alguna cámara privada y los fantasmas de antaño vinieran apremiándonos desde atrás. Flores las había por todas partes, pero marchitas y desparramadas en una floración descontrolada que denotaba indiferencia en sus jardineros; la esencia de heliotropos poseía el lugar, como si pendieran de sólidos festones colgantes, de uno a otro de los altos setos sin recortar. Ni sillas de enea, ni chales, ni novelas salpicaban de colorido el césped; y las venecianas que daban al jardín de entrada de la casa estaban casi todas cerradas. Un viejo y gris reloj de sol dominaba la pieza de césped central, y nos dirigimos a él instintivamente, como lo más «humano» que teníamos a la vista. Un antiguo lema lo recorría como una cenefa, y con los ojos y los dedos nos afanamos por descifrarlo.

—EL-TIEM-PO-TEM-PLA-LA-NOS-TAL-GIA —acabó por fin de deletrear Harold—. ¿Y eso qué significará?

No pude ilustrarle, ni satisfacer sus ulteriores preguntas —como la del mecanismo interno del objeto, y la del lugar por donde se le daba cuerda—. Yo había visto estos instrumentos antes, por supuesto, pero nunca había entendido del todo su funcionamiento.

Estábamos todavía rompiéndonos la cabeza con el artilugio, cuando fui consciente de

que la mismísima Medea se nos acercaba desde la casa por el sendero. Morena, de constitución flexible, con una figura ligeramente desenvuelta y cimbreante, pero pálida y lánguida —la reconocí enseguida, y puesto que habíamos venido a buscarla, no me sorprendió lo más mínimo—. Pero Harold, que estaba intentando escalar la cima del reloj de sol, por su afición felina a las cumbres de lo que fuese, se cayó de cabeza, y comenzó a aullar por el golpe en la barbilla y a llenar de lamentaciones la amena atmósfera.

Medea llegó rozando el suelo como una golondrina, y en un santiamén se puso de rodillas a confortar al pequeñín, limpiándole la barbilla con su propio pañuelo de lienzo y hablándole en un suave y consolador susurro.

—No hace falta que se preocupe tanto por él —observé educadamente—. Llorará durante un minuto, y luego como nuevo. —Mi estimación se vio justificada: se cumplió el tiempo estipulado y Harold paró súbitamente de llorar, como un reloj al que le hubiese llegado el momento de dar la hora; con rostro sereno y alegre se desembarazó del abrazo de Medea y corrió a buscar una piedra que destinar a un mirlo impertinente.

—¡Oh, chicos! —gritó Medea abriendo los brazos como si se rindiera—. ¿De dónde habéis caído? ¡Qué sucios estáis! ¡He estado encerrada aquí durante mil años, y en todo ese tiempo no he visto a nadie menor de ciento cincuenta años! ¡Juguemos a algo, enseguida!

—Rounders<sup>4</sup> es un buen juego —sugerí—. Las chicas pueden jugar a Rounders. Y podríamos batear la bola desde este reloj de sol. Pero necesitamos un bate y una bola, y algo más de gente.

Ella juntó las manos de un golpe, trágicamente. —¡No tengo un bate! —gritó—, ni una bola, o algo más de gente, o nada razonable de ese estilo. No pasa nada, juguemos al escondite en el jardín de la cocina. Corramos hasta allí, hasta el nogal. ¡Hace un siglo que no corro!

Resultó ser una ganadora nata, por lo que empecé a dudar, mientras la seguía resoplando, si no me habría pasado en la estimación de su edad, en un año o dos al menos. Se lanzó al juego del escondite con el entusiasmo y entrega propios del verdadero artista; y mientras se iba lejos y reaparecía, enardecida y riendo celestialmente, la inicial figura de la pálida doncella embrujada parecía abandonarla. Se movía más bien como aquella otra chica que había leído en un cuento, arrebatada de los campos de nardos para reinar entre las sombras del inframundo, y a la que, sin embargo, se le permitía volver una vez al año a la tierra, a la luz del sol, y al sincero y cariñoso aire<sup>5</sup>.

Finalmente volvimos cansados sobre nuestros pasos hasta el reloj de sol, y Harold —que nunca abandonaba un problema sin resolver— empezó de nuevo, pasando el dedo por las tenues incisiones: «EL-TIEM-PO-TEM-PLA-LA-NOS-TAL-GIA. Por favor, quiero saber lo que significa».

El rostro de Medea se inclinó llamativamente sobre el reloj de sol, hasta casi ocultarlo bajo sus dedos. —Para eso me han traído aquí —dijo enseguida, en un tono muy cambiado y llamativamente abatido—. Aquí me tienen encerrada, piensan que olvidaré,

pero no lo haré nunca, nunca, ¡nunca! Y él, tampoco... pero no lo sé, ha pasado tanto tiempo, ¡no lo sé!

Su rostro se había ensombrecido. El silencio había vuelto al viejo jardín. Me sentí torpemente inútil y extraño. Además del pensamiento de darle un puntapié a Harold, ningún otro remedio parecía insinuarse.

Ninguno de nosotros notó aproximarse a otra criatura femenina, una del tipo angular y rígido, ¡qué distinta de nuestra querida camarada! El siglo que Medea había declarado bien podía haber estado bajo su poder; además llevaba mitones, un truco que yo detestaba en una mujer.

—¡Lucy! —dijo cortante, en aquel inconfundible tono judicial tipo «Tía» que tan bien me conocía yo. Y Medea se levantó con aquel aspecto culpable del principio—. Has estado llorando... —le dijo, mirándola sombría a través de sus gafas—. ¿Quiénes son estos pequeños tan horriblemente sucios?

—Amigos míos, tía —dijo Medea, con rapidez y una alegría forzada—. Yo, yo los conozco desde hace mucho tiempo. Les pedí que vinieran.

La tía infló las aletas de la nariz delatando una clara sospecha. —Debes entrar bajo techo, querida, y tumbarte. El sol te dará dolor de cabeza. Y vosotros, niños, mejor que corráis a casa a tomar el té. Y que sepáis que no deberíais venir a hacer visitas sin vuestra niñera.

Harold llevaba ya un tiempo tirando nerviosamente de mi chaqueta; yo solo aguanté allí hasta que Medea se giró y nos sopló un beso desde la blanca palma de su mano, mientras se la llevaban. Entonces corrí, y alcanzamos el bote sin peligro.

—¡Menudo dragón cascarrabias! —dijo Harold.

—¿A que era un monstruo? —repliqué—. ¡Pues imagínatela bajo la bonita luz del sol dando dolor de cabeza a todo el mundo! Pero Medea era una auténtica camarada. ¿No podríamos llevárnosla?

—Podríamos, si Edward estuviera aquí —dijo Harold, muy seguro.

La cuestión era, ¿qué se habría hecho de aquel héroe absentista? No nos duró mucho la duda. Primero escuchamos el estridente y airado clamor de una lengua femenina desde el sendero; luego vimos a Edward correr a toda pastilla, y a continuación a una sofocada señora pisándole los talones. Edward se desplomó en el fondo del bote, jadeando.

—¡Largad amarras! —y las largamos, con todas nuestras fuerzas, mientras la dama nos imprecaba desde la orilla con el mismo tono que Alfred empleó para desafiar al amenazante Danés<sup>6</sup>.

—Esto ha sido un poco a lo *Westward Ho!* <sup>7</sup> —comenté en señal de aprobación a aquella aventura, mientras remábamos corriente abajo—. ¿Pero qué le hiciste a la señora?

—No le hice nada —jadeó Edward, todavía sin resuello—. Llegué hasta el pueblo y estuve explorando; era muy bonito y la gente, muy educada. Y había una forja de herrero, y estaban herrando caballos, y las herraduras se enfriaban y soltaban humo, ¡y olía tan bien! Me quedé allí un buen rato. Al final me entró sed, así que le pedí a aquella vieja un poco de agua, y mientras iba a por ella, su gato salió de la casucha, me miró de

un modo muy desagradable y dijo algo que no me gustó. Así que fui a por él solo para... para enseñarle modales y, no sé cómo, en un minuto el gato estaba encaramado en un manzano, bufando de rabia, y yo corría por el sendero con esa antigualla sobre mis talones.

Edward estaba tan ocupado con sus daños personales que no tenía ningún sentido interesarle por Medea. Además, la noche iba cerrándose, y era evidente que aquella truncada expedición debía reservarse para otro día. Mientras íbamos acercándonos a casa, poco a poco crecía la sospecha de que quizás el mayor de los peligros estaba aún por llegar, pues ya a aquellas horas de la tarde el granjero debía de haber echado en falta el bote, y probablemente se encontraría apostado a nuestra espera, cerca del atracadero. No había ningún otro lugar que admitiese un desembarco en la orilla patria. Si salíamos por la otra, y nos dirigíamos al puente, seríamos ciertamente vistos y detenidos. Fue entonces cuando bendije mi estrella por contar con nuestro hermano mayor aquel día — podía no ser muy bueno en lo de imaginar personajes, pero en manejarse con los hechos de la cruda realidad no tenía rival—. Nos impuso silencio hasta que estuvimos a muy corta distancia del fatal atracadero, y entonces nos llevó a la orilla opuesta. Salimos gateando sin el mínimo ruido y, con la oscuridad creciente a nuestro favor, nos acuclillamos tras un sauce, mientras Edward empujaba el bote vacío con el pie. La vieja Argos, llevada por la suave corriente, se deslizó y atravesó la orilla de juncos, y cuando se adentró en la sospechada emboscada, un chorro de imprecaciones confirmó que nuestra precaución no había sido en vano. Mientras le escuchábamos atentos, nos preguntamos dónde Larkin el granjero —que había sido bucólicamente criado y educado— habría adquirido un vocabulario tan amplio y variado. Tras convencerse totalmente de que su bote se encontraba abandonado, ya sin tripulación, al azar del viento y las olas — y fuera de su alcance—, salió dando zancadas hasta el puente, como a un cuarto de milla corriente abajo; y en cuanto escuchamos los pisotones de sus botas sobre los maderos, nos asomamos un momento, recobramos la nave, la cruzamos al otro lado y amarramos el fiel bajel a su propio atracadero. Edward ansiaba esperar al desilusionado granjero e intercambiar gentilezas y cumplidos, para cuando se encontrara con nosotros en la orilla opuesta; pero los sabios consejos prevalecieron. Probablemente, el ejercicio de la piratería no llamaba aún a nuestra puerta: Ulises, así se lo recordé a Edward, acabó lamentándose de un similar acto de bravuconería; y, de haber estado él entre nosotros, ciertamente hubiese aconsejado una oportuna retirada. Edward tenía una pobre opinión sobre mí como consejero, pero un respeto muy sólido por Ulises.

1 Refiere a la leyenda mitológica griega de *Jasón y los argonautas*, que partieron en busca del vellocino de oro a bordo de la nave Argos. Entre diversas vicisitudes, Jasón volvió con la princesa Medea.

2 Estrecho de los Dardanelos, que comunica el mar Egeo con el de Mármara. Aguas muy transitadas en los

relatos de la mitología griega.

3 En la mitología griega, las Rocas Cianeas o Rocas coincidentes —también conocidas como las Simplégades—, eran un par de escollos que flotaban y entrechocaban aleatoriamente. Los argonautas fueron los primeros que consiguieron superar con éxito este obstáculo.

4 Juego muy popular entre escolares ingleses, galeses e irlandeses, originado en la época Tudor y precedente del baseball norteamericano. Los dos equipos contendientes están formados por chicos y chicas. Se ganan puntos al cubrir a la carrera las cuatro bases del perímetro del campo.

5 La diosa griega Perséfone.

6 Alfred el Grande (s. ix), defensor de los reinos anglosajones del sur de Inglaterra, frente a las tropas invasoras danesas, comandadas por Guthrum.

7 Título de una famosa novela de aventuras escrita en 1855 por Charles Kingsley. En parte inspirada en los cuadernos de viajes del almirante Sir Richard Hawkins y en la Guerra de Crimen, exalta el imperio británico.

## EL CAMINO ROMANO

Todos los caminos de nuestra contornada eran alegres y amistosos, cada uno con sus cualidades agradables particulares; pero este parecía diferente a los demás pues mediante una misteriosa autoridad conseguía acelerarte el pulso y provocarte sensaciones inspiradoras en el corazón. Los otros te tentaban básicamente con sus tesoros de setos y zanjas, la sorpresa embelesada ante aquellas damas y caballeros andantes de antaño, los ruidillos del ratón de campo, el chapuzón de una rana, mientras los hocicos distantes de otros miembros de la familia animal te apuntaban desde puertas y agujeros. Te convertías en un pelele si permanecías en uno de ellos, de tantas pequeñas manos que se lanzaban para retenerte con sus encantos por aquí y por allá. Pero este otro era más serio, el trazado era recto y sin setos en dirección a las despejadas colinas bajo el cielo abierto, como si despreciara cualquier adorno circunstancial dirigido a captar cerebros planos. Cuando el sentimiento de injusticia o decepción pesaban en mí, y todo se nublaba en mi interior —como en aquel particular día—, elegía este camino con personalidad para mi vagabundeo solitario; y por una tarde le daba la espalda a un mundo que, sin venir a cuento, se había declarado en mi contra.

«El Camino de los Caballeros», lo habíamos bautizado los niños, por el curioso sentimiento de que algún día, si Lancelot y sus compañeros surgieran de algún lugar, los veríamos recorriéndolo montados en sus grandes caballos de batalla —suponiendo que algún miembro del tenaz grupo todavía viviese en algún rincón inexplorado—. Algunas veces, la gente mayor se refería a él como «La Vía de los Peregrinos», pero yo no sabía mucho de peregrinos, a excepción de Walter en la historia de Horselberg<sup>1</sup>: algunas veces lo vi, saliendo del bosquecillo con aquel aspecto demacrado, exhortando a los peregrinos que se apresuraban en su desesperada marcha a la Ciudad Santa, donde les aguardaban la paz y el perdón. «Todos los caminos conducen a Roma», una vez le escuché decir a alguien. Me tomé el comentario muy en serio, por supuesto, y me rompí la cabeza con el asunto durante varios días. Debía de haber algún error, concluí finalmente. Pero de un camino al menos intuí que aquello era cierto. Y mi creencia se confirmó por algo que dejó caer Miss Smedley durante una lección de historia sobre un extraño camino que bajaba por el centro de Inglaterra hasta la costa, y comenzaba de nuevo en Francia — justo enfrente—, y continuaba sin torcerse a través de ciudades y viñas: un camino desde las neblinosas Tierras altas de Escocia hasta la Ciudad eterna. Si no lo teníamos bien contrastado, cualquier afirmación de Miss Smedley caía habitualmente en oídos incrédulos; pero en esta ocasión —por la evidencia del propio camino— de algún modo me pareció haberse extraviado, por una vez, hacia la verdad.

¡Roma! Era fascinante pensar que se encontraba en el otro extremo de esta cinta blanca que se desenrollaba desde mis pies, subiendo y bajando las distantes colinas. Mis

conocimientos no eran tan limitados como para imaginarme que podía llegar allí aquella misma tarde; pero algún día, pensé, si las cosas continuaban siendo tan poco agradables como hasta ahora... algún día, cuando la Tía Eliza hubiese salido de visita... ya veríamos.

Intenté imaginarme al detalle cómo sería aquello cuando arribase finalmente al destino. Conocía el Coliseo, desde luego, por un grabado en el libro de historia: así que para empezar me lo figuré justo en el centro. El resto había que disponerlo entre aquel centro y el pueblecito gris donde mis tías iban a hacer las compras y dos veces al año nos llevaban para el corte de pelo; de ahí que, como resultado, se llegase al anfiteatro de Vespasiano por callejas embarradas, en cuyas fachadas colgaban carteles como «El León Rojo», «El Jabalí Azul» y «El Semental de no sé quién», y el de «Casa de tratos» en alguna ventana; la casa del doctor —de un consistente ladrillo rojo— y la fachada de la Nueva Capilla Wesleyana<sup>2</sup> —que nos parecía tan bella— eran los principales adornos arquitectónicos. Mientras tanto, el populacho romano andaba trajinando en bata y pantalón de pana, pellizcando las colas de los terneros romanos e invitándose unos a otros a cervezas con el cantarín acento de Wessex. Desde Roma derivé a otras ciudades, conocidas de oídas: Damasco, Brighton —el lugar ideal, para la Tía Eliza—, Atenas y Glasgow, cuyas glorias cantaba el jardinero. Pero había cierta uniformidad en mi concepto de todas: aquella capilla Wesleyana podía alzarse en cualquiera. Era mejor ir construyendo edificios entre estas ciudades soñadas, donde no había limitación alguna a mi creatividad arquitectónica. Y paseando mentalmente por una deliciosa calle de palacios altos que arañaban el cielo, me topé con el Artista.

El pintor estaba en su faena, a la vera del camino, en un sitio desde donde los grandes espacios fríos de las colinas rebosantes de enebros se expandían grandiosos hacia el oeste. Sus atributos lo delataban como miembro de aquella tribu especial: además, llevaba zapatillas de deporte, como yo —un atuendo reservado, bien lo sabía, a los chicos y a los artistas—. Nadie tenía que recordarme que a un artista no hay que molestarle con preguntas, ni asomarse por encima de su hombro y respirar en su oreja —algo que esta *genus irritabile* <sup>3</sup> detesta—; pero mi código de instrucciones no decía nada que impidiera mirarle: así que, de cuclillas sobre la hierba, me dediqué a absorber apasionadamente cada detalle. A los cinco minutos, el artista no tenía ni un botón que yo no hubiese examinado con minuciosidad, y logré conocer mejor que el propio usuario las líneas y la textura de aquella vestimenta de confección casera. Levantó la mirada, asintió, sacó a medias su petaca de tabaco —una costumbre inconsciente, eso parecía—, devolviéndola luego al bolsillo. Terminó con ese gesto su trabajo, y yo mi fotografía mental.

Tras otros cinco minutos o así, comentó sin mirarme: —Bonita tarde estamos teniendo: ¿vas lejos?

—No, hoy no pasaré de aquí —repliqué—. *Estaba pensando* en continuar hasta Roma... pero lo he descartado.

—Un sitio agradable, Roma —susurró—, te gustaría. Unos minutos después añadió: —Pero en tu lugar, yo no iría justo ahora, hace un calor de aúpa.

—¿No habrá estado *usted* en Roma, verdad? —pregunté.

—Pues bastantes veces —replicó, conciso—. Vivo allí.

Esto ya era demasiado: se me desencajó la mandíbula mientras intentaba asumir el hecho de estar sentado allí, hablando con un tipo que vivía en Roma. Conversar estaba fuera de lugar; además, yo tenía más cosas que hacer. Ya había gastado diez buenos minutos examinándole, como hace el típico extranjero con un artista lugareño; y ahora, con el cambio de perspectiva, toda la cosa tenía que ser ideada de nuevo. Así que comencé otra vez: desde la coronilla de su enclenque sombrero, hasta sus sólidos zapatos británicos, fui refigurando todas sus prendas con el nuevo halo romano. Y al final me las arreglé para estar a la altura de las nuevas circunstancias: —Pero usted no vive realmente allí, ¿verdad? —en momento alguno dudé del dato, solo quería escucharle repetirlo.

—Bien —dijo, pasando benevolente por encima de la ligera brusquedad de mi consulta—, vivo allí tanto como vivo en cualquier otro sitio, casi medio año algunas veces. Tengo algo así como una cabaña. Debes venir a verla algún día.

—¿Pero vive en cualquier otro sitio también? —continué, sintiendo levantarse en mi interior una ilícita marea de preguntas.

—Oh sí, en muchos sitios —fue su vaga réplica—. Y también ocupó algunas habitaciones por la zona de Piccadilly.

—¿Dónde está eso? —pregunté.

—¿Dónde está qué? ¡Oh, Piccadilly! En Londres.

—¿Tiene un jardín grande? ¿Y cuántos cerdos?

—No tengo ningún jardín —replicó con tristeza—, y no me dejan tener cerdos, aunque me gustaría, un montón. Esto es muy duro.

—¿Pero qué hace todo el día, entonces? ¿Y dónde va a jugar, sin jardín, ni cerdos ni nada de todo lo demás?

—Cuando quiero jugar —dijo, con gravedad— tengo que ir a la calle, pero no es muy divertido, te lo aseguro. Sin embargo, hay un chivo no muy lejos, y algunas veces hablo con él cuando me siento solo; pero es muy orgulloso.

—Los chivos *son* orgullosos —admití—. Hay uno que vive cerca de aquí, y si se te ocurre decirle cualquier cosa, te da un testarazo en el pecho que te deja sin respiración. ¿Sabe lo que es que un tipo te deje sin respiración?

—Lo sé, y bien que lo sé —replicó, con un tono de melancolía auténtica, y continuó pintando.

—¿Y ha estado en algunos otros sitios, además de Roma y Piccy lo que sea?

—Montones —dijo—. Soy un poco como Ulises, he visto hombres y ciudades, ya sabes. De hecho, al único sitio al que nunca he ido es a las Islas de los Bienaventurados<sup>4</sup>.

Me empezó a caer simpático aquel hombre. Contestaba a tus preguntas con pocas palabras y al grano, y no intentaba hacerse el gracioso. Sentí que podía contarle mis cosas con confianza.

—¿No le gustaría encontrar una ciudad completamente deshabitada?

Pareció desconcertado. —Me temo que no te entiendo bien —contestó.

—Quiero decir —continué con entusiasmo—, una ciudad donde pudieras entrar a tu

antojo, y las tiendas estuvieran llenas de cosas bonitas, y las casas amuebladas de ensueño ¡y sin nadie dentro! ¡Y entraras en las tiendas y tomaras cualquier cosa que te apeteciera —bombones y lámparas mágicas y pelotas de caucho de Indias— y no hubiese que pagar, y tú eligieses tu propia casa y vivieses allí e hicieses lo que te diese la gana, y nunca te fueses a dormir si no te apeteciera!

El artista dejó descansar el pincel. —Esa *sería* una bonita ciudad —dijo—. Mejor que Roma. No puedes hacer ese tipo de cosas en Roma, ni en Piccadilly. Pero me temo que es uno de esos lugares a los que nunca he ido.

—E invitarías a tus amigos —continué, enardeciéndome con mi visión—, solo a los que realmente te cayeran bien, desde luego, y ellos tendrían cada uno su casa, habría montones de casas, y ni un solo pariente, a no ser que prometiesen ser agradables; y si no, tendrían que largarse.

—¿Así que no tendrías ningún pariente allí? —preguntó el artista—. Bueno, quizás tengas razón. Tenemos gustos en común, ya veo.

—Invitaría a Harold —dije reflexionando—, y a Charlotte. Les gustaría horrores. Los otros ya se están volviendo demasiado mayores. Oh, y Martha, invitaría a Martha, para cocinar y lavar y hacer lo demás. Te gustaría Martha. Es infinitamente más agradable que la Tía Eliza. Es mi ideal de una auténtica dama.

—Entonces estoy seguro de que me gustaría —replicó de corazón—, cuando vengo a... ¿cómo llamaste a esta ciudad tuya? ¿Nefelo-algo, dijiste?

—No... no sé cómo se llama —repliqué, tímidamente—. Me temo que no tiene nombre, todavía.

Los ojos del artista se posaron sobre las colinas.

—«Dice el poeta, querida ciudad de Cecrops» —exclamó suavemente, para sí mismo, —«¿y no hablarás, querida ciudad de Zeus?»... Es de Marco Aurelio —añadió, volviendo a su trabajo—. No lo conoces, supongo. Pero algún día, lo harás.

—¿Quién es? —pregunté.

—Oh, pues otro tipo que vivió en Roma —replicó, volviendo a sus sueltas pinceladas.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé desconsolado—. ¡Cuánta gente parece vivir en Roma, y yo nunca he estado allí! Pero creo que me gustaría más *mi* ciudad.

—Y a mí también —replicó con unción—. Pero a Marco Aurelio no, ya sabes.

—Entonces no le invitaremos, ¿verdad?

—Yo no, si tú no —contestó—. Y, aclarado ese punto, nos quedamos en silencio un rato.

—¿Sabes? —dijo, de pronto—, de vez en cuando me he encontrado con uno o dos tipos que han estado en una ciudad como la tuya... quizás fuese la misma. No suelen hablar mucho sobre el asunto, solo retazos sueltos, de vez en cuando; pero han estado allí, seguro. No parece que les importe ninguna cosa en especial y, haya dureza o suavidad, todo les da lo mismo; y más tarde o más temprano, se escabullen y desaparecen, y no vuelves a verlos nunca más. Habrán retornado allí, supongo.

—Desde luego —dije—. Lo que no entiendo es por qué motivo dejaron aquella ciudad. *Yo* no lo haría: ¿para que te digan que has roto cosas cuando no lo has hecho, y

te prohíban tomar té con los sirvientes en la cocina, y no te dejen tener un perro y dormir con él? Yo también he conocido gente que ha estado allí.

El artista me miró inquisitivo, pero educadamente.

—Bien, está Lancelot —continuó—. El libro dice que murió, pero nunca me pareció que la historia acabara de tener sentido así. Simplemente se marchó lejos, como Arturo; y como Crusoe, cuando se hartó de llevar ropas y de ser una persona respetable. Y todos los buenos tipos cuyos nombres están esculpidos en piedra, que no se pueden casar con la Princesa, porque nunca se casa con más de uno por libro, ya sabes. ¡Todos estarán allí!

—¿Y los hombres que no sobresalen —dijo—, que lo intentan como el resto, pero les dan para el pelo, o pierden... en algún sentido; o se derrumban o quedan sepultados bajo la melé, y no se llevan a la Princesa, o ni siquiera consiguen un reino de segunda fila...? ¿Algunos de estos estarán allí...? Así lo espero...

—Sí, si quiere —repliqué, sin acabar de comprenderle—, si son amigos suyos, les invitaremos, desde luego.

—¡Qué bien nos lo pasaremos! —dijo el artista, reflexionando—. ¡Y cómo se va a quedar el viejo Marco Aurelio!

Las sombras se habían alargado increíblemente, una corriente brumosa iba anegando el rostro verdigrís de las colinas; el artista comenzó a recoger sus útiles, preparándose para partir. Me sentí muy deprimido: teníamos que separarnos, eso parecía, justo cuando nos estábamos llevando tan bien. Entonces se irguió, todo recto y alto, y el crepúsculo se reflejó en su cabello y su barba mientras permanecía allí plantado, tan por encima de mí. Me dio la mano como a un igual.

—He disfrutado mucho de la conversación —dijo—. Fue un asunto muy interesante el que trataste, y apenas hemos llegado a decir la mitad de todo. Nos veremos de nuevo, espero.

—Desde luego que sí —repliqué, sorprendido de que hubiese cualquier duda al respecto.

—¿En Roma, quizás? —dijo.

—Sí, en Roma —contesté—, o en Piccy-el-sitio-ese, o en algún lugar.

—O también en aquella otra ciudad, cuando hayamos encontrado el camino que conduce a ella. Y te buscaré, y tú gritarás en cuanto me veas. Y recorreremos la calle del brazo, y entraremos en las tiendas, y entonces elegiré mi casa, y tú elegirás la tuya, y viviremos allí como príncipes y buenos amigos.

—Oh, pero tú te quedarás en mi casa, ¿no? —exclamé—. No invitaría a nadie más que a *ti*.

Fingió considerarlo un momento, y luego exclamó: —¡Sí! Creo que lo dices en serio, y *yo iré* y estaré contigo. No iré a ningún otro sitio, incluso si me invitaran mucho. Y me quedaré un tiempo bastante largo, también, y no habrá ningún problema.

Sobre la base de este acuerdo nos despedimos y, desalentado, dejé a aquel hombre que tan bien me entendía, y caminé de vuelta a casa... donde era imposible hacer nada bien. ¿Cómo es que a él le parecía natural y sensato todo lo que estos Tíos, coadjutores, y otros mayores tomaban como tonterías de lo más simple? Bien, él me lo explicaría, y

muchas otras cosas, cuando nos volviéramos a ver. ¡«El Camino de los Caballeros»! ¡Qué consuelo traía siempre! ¿Era quizás aquel artista uno de aquellos caballeros extinguidos que yo había buscado durante tanto tiempo? Quizás llevase una armadura la próxima vez, ¿por qué no? Le quedaría bien, pensé. Y ya me cuidaría yo de llegar allí primero, y ver la luz del sol restallar y jugar sobre su casco y su escudo, mientras él recorriera a caballo la calle alta de la Ciudad de Oro.

Mientras tanto, solo quedaba dar con ella; una fácil tarea.

<sup>1</sup> Personaje de la ópera *Tannhäuser*, de Richard Wagner, donde uno de los escenarios es una peregrinación de penitentes a Roma.

<sup>2</sup> Grupo dentro del Metodismo religioso.

<sup>3</sup> «Este género de personas irritables», refiriéndose a los artistas.

<sup>4</sup> Islas que formaban parte del mundo del más allá en la mitología griega y celta, y adonde las almas de los héroes y de hombres virtuosos iban a gozar de un descanso perfecto.

<sup>5</sup> Verso 4.231 de las *Meditaciones* de Marco Aurelio, que el popular escritor de literatura de fantasía Andrew Lang (1844-1912) hizo constar como introducción a su poema «Los buscadores de una ciudad», que aparece en su poemario *Parnassia* (1888). En el poema se reflexiona sobre quienes buscan una ciudad utópica en la tierra, y se señala —según el pensamiento estoico, muy vivo en el mundo británico victoriano— que esa ciudad es el universo entero.

## EL CAJÓN SECRETO

Casi seguro que aquella habitación poco usada y raramente visitada había servido como tocador de señoras en aquellos viejos tiempos, y allí yacía un escritorio, en el olvido. Había algo muy femenino en los desvaídos tonos de sus desteñidos brocados, en el rosa y el azul de aquellos pedazos de porcelana incrustada que permanecían en su lugar, en el delicado aroma a viejos tiempos del popurrí del gran cuenco —azul y blanco, con graciosos orificios en la tapa— que descansaba sobre la cubierta plana del mueble. Las Tías modernas despreciaban esta habitación de arriba, aislada y a desmano, y preferían hacer sus cuentas y ponerse al día con la correspondencia en alguna otra más cercana, en el epicentro del terremoto cotidiano, desde donde echaban un ojo a la entrada de carruajes, y con el otro vigilaban a las sirvientas que se hacían las enfermas y a los niños que merodeaban sin propósito claro. Sin embargo, aquellas otras Tías de la generación anterior —así lo sentía yo a veces— se habrían avenido mejor a nuestros hábitos.

Pero tampoco nosotros, los niños, para quienes había pocos lugares privados o reservados, visitábamos aquella habitación. Desde luego, no había nada de particular en ella que pudiéramos buscar o codiciar, solo unas cuantas sillas con patas como husos de rueca y respaldo dorado; un arpa vieja que —así decía la leyenda nunca consignada por escrito— la Tía Eliza en persona solía tocar, en días remotos; una rinconera con unas figuritas de porcelana; y el viejo escritorio. Pero la habitación poseía otra cosa, única: un cierto sentido de intimidad, el poder de hacerle sentir al intruso su condición de intruso; e incluso de dar la impresión de que alguien había estado sentado en aquellas sillas, o escribiendo sobre el escritorio o acariciando la porcelana... justo un segundo antes de que uno entrara. En modo alguno se le podía aplicar razonablemente una palabra tan violenta como «encantada» a esta agradable cámara pasada de moda que, ciertamente, a todos nos gustaba bastante. Pero no había duda de que era reservada y distante, que se guardaba para ella misma.

El Tío Thomas fue el primero en llamar la atención sobre las posibilidades del viejo escritorio. El Tío le echó el ojo cuando deambulaba por la casa una tarde, tras haberme ordenado que fuera pisándole los talones para hacerle compañía —era un hombre que odiaba estar solo un minuto—.

—¡Hum! ¡Un Sheraton! —comentó. Este Tío nuestro tenía alguna noción de la mayoría de las cosas, especialmente de palabras inusuales. Entonces bajó la tapa, y examinó los casilleros vacíos y el polvoriento revestimiento de marquetería.

—Buena pieza de taraceado —continuó—, buena factura, en todo. Este tipo lo conozco. Por ahí dentro debe de haber un cajón secreto.

Entonces, mientras me acercaba atónito, exclamó de repente:

—¡Diantre, quiero fumar!

Y girando sobre sus talones salió abruptamente hacia el jardín, y me dejó con la miel en los labios. ¡Qué cosa tan extraña, medité, era eso de fumar, que se apodera súbitamente de un hombre: ya esté en un juzgado, el campo o un bosque, lo atrapa como un Efrít<sup>1</sup>, y lo lleva en volandas para que ejecute sus imperiosos mandatos! ¿Incluso me ocurriría a mí también, me pregunté, en los venideros y misteriosos años de hombre mayor?

Pero no tenía tiempo que perder en vanas especulaciones. Todo mi ser vibraba todavía con aquellas mágicas sílabas, «ca-jón-se-cre-to», pues había resonado en mí aquel emocionado acorde que siempre respondía a «gruta», «trampilla», «panel corredizo», «metal acuñado», «lingote» o «reales de a ocho». Porque, además de su especial encanto, ¿quién oyó alguna vez de un cajón secreto sin nada en su interior? ¡Y, oh, yo necesitaba dinero con tanta urgencia! Mentalmente recorrí la lista de las demandas más imperiosas.

Primero, estaba la pipa que quería darle a George Jannaway. George, que era el novio de Martha, era pastor y gran aliado mío; y en la última feria rural a la que fue —donde le compró los típicos regalitos de feria a su corazoncito, como debería hacer un pastor con las ideas claras—, adquirió una encantadora serpiente, expresamente para mí: una de esas de madera con articulaciones que se mueve sobre la mano que es una maravilla, con manchas amarillas sobre fondo verde, de tacto viscoso y fuerte olor, como debe ser una serpiente recién pintada; y con una lengua roja de franela, sutilmente pegada entre sus mandíbulas. Me gustaba muchísimo, tanto que la acostaba en mi cama cada noche, hasta que se le soltó la cuerda vertebral y se desmontó... e inició el camino de todas las alegrías mortales. Pensé que había sido un bello gesto de George el acordarse de mí en la feria, y por eso quería darle una pipa. Cada año, en la época todavía fría en que viene la parición de las ovejas, George se retiraba a una pequeña casa rodante de madera, allá lejos, sobre las ventosas colinas, y no veía otras caras que no fueran ovejunas, mudas y lanudas; y cuando él y Martha se casaran, Martha tendría que recorrer dos millas para llevarle la comida cada día; y después de comer, quizás fumaría en mi pipa. Parecía un tipo de vida idílico para las dos partes implicadas... pero una pipa de calidad, una pipa pensada para ser parte de una vida así, no se podía conseguir —así me informó Martha— por menos de dieciocho peniques. ¡Y mientras tanto...!

Luego estaban los cuatro peniques que le debía a Edward. No es que me importunara por ello, pero yo sabía que los necesitaba para una deuda con Selina. Quería además llegar a dos chelines para comprarle a Harold un acorazado por su cumpleaños ya a la vista, el «H. M. S. Majestic», que mientras tanto reposaba inútil en el dique seco de la ventana de la juguetería, justo cuando su país más lo necesitaba.

Y luego, aquel chico del pueblo que había capturado una cría de ardilla: yo nunca había poseído una y me pedía un chelín, aunque yo sabía que quedaría en nueve peniques al contado... ¿Pero qué sentido tenía seguir con estas lastimosas y reiteradas reflexiones? Aquellas necesidades eran suficientes para agotar un lingote —en el caso de

que se hallara, incluso si llegaba a ser de media libra de oro—. Mi única esperanza dependía ahora del cajón mágico, y allí estaba yo parado, dejando pasar los preciosos minutos. La cuestión de si los «hallazgos» de este tipo podían ser considerados, moralmente hablando, «pertenencias», fue un punto que no se me vino a la cabeza.

Mientras me aproximaba al escritorio, la habitación permanecía silenciosa, poseída — así me lo parecía— por un silencio expectante. Al bajar la tapa, se expandió un tenue aroma a raíz de lirio que parecía fundirse con los amarillos y marrones de la madera vieja, hasta que los tonos y el perfume, intercambiables, fueron una sola cualidad. Incluso en virtud de aquel mismo principio, el popurrí se había mezclado con los visos del viejo brocado, como si brocado y popurrí hubiesen formado hermandad desde siempre.

Con dedos expectantes exploré los vacíos casilleros y sondeé las profundidades de aquellos cajones que se deslizaban con tanta suavidad. No recordaba que en ninguno de los libros que había leído hubiese una receta, aunque fuera aproximada, que me ayudase en la búsqueda emprendida; pero la gloria, si es que mi triunfo debía ser sin auxilio, no haría más que acrecentarse.

Para quien está destinado a llegar a la meta, las Moiras<sup>2</sup> no dejan de asistirle en el camino con sus pequeñas muestras de aliento. En menos de dos minutos me encontré con un abotonador oxidado. Esto era verdaderamente magnífico. En nuestro cuarto de niños había, de hecho, un abotonador de uso común para ambos sexos; pero ninguno de nosotros poseía un abotonador particular y especial que prestar o denegar, según el ánimo del momento. Me embolsillé cuidadosamente el tesoro y proseguí. Al fondo de otro cajón, tres viejos sellos extranjeros me dijeron que me encontraba, sin duda, en el camino correcto hacia la fortuna.

Siguiendo estos tonificantes incentivos, vino un aburrido periodo en blanco, de búsqueda no recompensada. En vano saqué todos los cajones y palpé de cabo a rabo cada pulgada de las tersas superficies. Las expectantes yemas de mis dedos no encontraron bulto, resorte o saliente alguno; el escritorio seguía sin ceder, guardaba férreamente su secreto —si realmente tenía uno—. El cansancio y el desánimo se fueron abriendo paso. No era la primera vez que el Tío Thomas había demostrado ser trivial y poco preciso: un guía hacia callejones sin salida donde los ecos te tomaban el pelo. ¿Valía la pena proseguir?, ¿es que había algo que valiese la pena? En mi mente comencé a revivir desilusiones pasadas, y la vida me pareció un largo registro de fracasos y de cosas que nunca se cumplían. Desilusionado y deprimido, abandoné el trabajo y me acerqué a la ventana. La luz iba menguando en la habitación, y afuera parecía recogerse sobre el horizonte para el esfuerzo del ocaso. Lejos, en el jardín, el Tío Thomas sostenía a Edward por los pies en el aire y le daba una azotaina. Edward, entre estertores histéricos, daba puñetazos de ciego en la supuesta dirección del estómago de su Tío. El contenido de sus bolsillos —un espectáculo de lo más variado— yacía esparcido por el césped. De algún modo —aunque yo mismo había sido el sujeto paciente de una actuación muy similar hacía una hora o dos— todo aquello me resultaba muy lejano, ajeno a mí.

Hacia el oeste, las nubes iban amontonándose en una banda baja avioletada; por

debajo, hacía el norte y el sur, tan lejos como una mirada en derredor podía alcanzar, una estrecha faja de oro se extinguía al repartirse rectilínea sobre el dilatado horizonte. Desde algún lugar muy apartado llegaba el son de un cuerno de caza, nítido y tenue; sonaba como si la faja de oro se hubiese vuelto sonido, y el oro fuese sonido visual. Esta vibración mixta de música y colorido espoleó mi desfalleciente valor y retorné dispuesto a un último esfuerzo. La Fortuna, acto seguido, como medio avergonzada de la indigna partida que había estado jugando conmigo, se reprimió y abrió su puño negador: apenas introduje de nuevo la mano entre la obstinada madera, cuando, con una especie de breve y tímido gemido, casi un sollozo de alivio —por así decirlo—, el cajón secreto se abrió.

Lo saqué y lo llevé hasta la ventana para examinarlo a la menguante luz. Mi desesperanza había crecido demasiado al paso de mi desalentada búsqueda como para esperar mucho; y sin embargo, de un vistazo descubrí que mi esperada «cesta de cristal» se había hecho añicos: no había ni lingotes de oro ni reales de a ocho con los que autoproclamarme el pequeño Montecristo<sup>3</sup>, al menos durante una semana. Afuera, el cuerno lejano había cesado su apenas audible canción, el oro iba palideciendo hacia el ocre, y todo quedaba en soledad y silencio. Dentro, mis pequeños castillos, siempre seguros, se desmoronaban como si fueran de naipes, despojándome de toda propiedad —material y espiritual— y abandonándome a merced de la reacción depresiva.

Y sin embargo, al mirar de nuevo la pequeña colección de objetos hallada en aquel cajón de desilusiones, cierta calidez retornó a mi corazón, pues reconocí un espíritu hermano en quien atesoró todo aquello: dos botones dorados y bien lustrados —navales, o eso parecía—; el retrato de un monarca desconocido —para mí—, recortado de alguna publicación antigua y diestramente coloreado a mano —precisamente con mi propio estilo de pincelada amplia—; algunas monedas extranjeras de cobre, de mayor grosor y más toscas que las que yo acumulaba; y una lista de huevos de pájaros, con los nombres de los lugares donde habían sido encontrados. También, un bozal de hurón y un cordón trenzado de cuerdas embreadas, levemente aromático todavía. Era un auténtico tesoro de niño, pues, lo que me había encontrado. Este joven con buena estrella también había encontrado el cajón secreto, y aquí había ido ocultando sus tesoros, uno a uno... y los habría acariciado en secreto durante algún tiempo; y luego... ¿qué? Bien, uno nunca sabría la razón de que estas posesiones inestimables permanecieran aún aquí, sin ser reclamadas; pero, por un instante, a través del corredor vacío de los años, me sentí dándole un apretón de manos a mi pequeño camarada de épocas ya muertas desde hacía tiempo.

Repuse el cajón con sus haberes en el fiel escritorio, y escuché el chasquido del muelle de cierre con cierta satisfacción. Algún otro chico algún día quizás liberaría el muelle de cierre de nuevo. Confié en que sería igualmente capaz de apreciar el tesoro. Mientras abría la puerta para marcharme, escuché el griterío del cuarto de juegos al final del pasillo, como si marcara el final de mi búsqueda. Había osos, o quizás bandidos, en el menú de juegos de aquella noche, a juzgar por el tipo de jolgorio. Un minuto más tarde yo estaría allí, en medio del ardor, de la luz, de la risa. Y sin embargo... ¡qué lejano me parecía ya todo aquello, en el espacio y en el tiempo, mientras me demoraba aún en el

umbral de aquel otro viejo mundo!

1 El Efrít o Ifrit es un tipo de genio de la mitología popular [árabe](#), dotado de gran poder para realizar tanto acciones buenas como malas.

2 Trío de personajes de la mitología griega: controlan el hilo de la vida de cada hombre, desde el nacimiento hasta la muerte, y reparten a su arbitrio tanto bendiciones como calamidades.

3 Se refiere al héroe de la novela de Alejandro Dumas, *El Conde de Montecristo*, quien consigue una gran fortuna tras muchas vicisitudes.

## «EXIT TYRANNUS»<sup>1</sup>

El venturoso día había llegado, al fin: el día que, mencionado por primera vez, nos había parecido —como todas las fechas doradas que prometen algo definitivo— tan inalcanzablemente remoto. Cuando fue anunciado por primera vez, quince días antes, que Miss Smedley se marchaba de verdad, los consecuentes éxtasis se alargaron durante toda una semana de ciego regocijo, en la que consideramos y comentamos sus pasadas tiranías, crímenes y maldades; reavivamos unos a otros el recuerdo de este o aquel insulto, deshonor o atropello físico, adustamente aguantado en tiempo en que la liberación no se vislumbraba ni como la más pequeña estrella sobre el horizonte; y proyectamos los días dorados que estaban por venir, con sus particulares nuevos problemas —desde luego, pues vivimos en un mundo que se hace al día—, pero al menos libres de aquel familiar flagelo. El tiempo restante se ocupó coleccionando expresiones útiles y circunstanciales de tópico sentimentalismo. Bajo la maestra dirección de Edward se habían hecho preparativos para que una bandera se izara en lo alto del gallinero en el mismo momento en que el coche de caballos alquilado, con las cajas de Miss Smedley arriba del todo y la severa opresora en su interior, empezara a alejarse por el camino. Tres cañones de metal, apostados en lo alto de la valla de la acequia, proclamarían nuestros inmortales sentimientos en los oídos de nuestro enemigo en retirada: los perros llevarían cintas, y más tarde —pero esto dependía de nuestros poderes de evitación y disimulación— habría una pequeña fogata, con un petardo o dos, si los fondos públicos podían soportar aquel inusual gravamen.

Me despertaron los codazos propinados por Harold en las costillas, y «¡Hoy se va!» fue el himno matutino que vino a disipar las nubes del sueño.

Aunque suene raro, no hallé en mí el correspondiente júbilo espiritual; al tiempo que comenzaba lentamente a comprender el trascendental acontecimiento. De hecho, mientras me vestía, un sentimiento gris y desagradable, imposible de definir, crecía en mi interior —algo como un empujón físico—. Evidentemente, Harold lo estaba sintiendo también, pues tras repetir «¡Hoy se va!» en un tono más apropiado para unas letanías que para otra cosa, me miró serio a la cara en busca de orientación sobre cómo abordar la circunstancia. Y yo, enfadado, le apremié a que rezara sus oraciones matutinas y no me molestara. ¿Qué presagiaría esta melancolía que, en un día tan importante como aquel, parecía oscurecer mis cielos?

Ya abajo y afuera, al sol, nos encontramos frente a Edward, que se columpiaba del marco de una puerta, y tarareaba una cancioncilla de granja en la que todos los animales aparecían por orden, cada uno hablando según su jerga característica, y todas las estrofas comenzaban con el pareado:

*Y ahora, amigos, conmigo venid,  
que el sol contento ya quiere salir.*

La fatal partida que iba a tener lugar aquella jornada, evidentemente, se había esfumado por completo de su memoria.

—«¡Hoy se va!», —dije. La cancioncilla de Edward se apagó como un grifo que se cierra.

—¡Así es! —replicó, y bajó enseguida de la puerta. Volvimos a la casa sin que nadie dijese una palabra.

En el desayuno, Miss Smedley se comportó del modo más mezquino e innombrable. El derecho divino de la gobernanta al malgobierno incluye la imposibilidad de llorar —pero lo hizo—. Usurpando así para sí misma la prerrogativa de sus víctimas, ignoraba las normas del pugilato, y nos propinaba un golpe bajo. Charlotte lloraba, desde luego; pero eso no contaba: Charlotte lloraba incluso cuando se anillaban las narices de los cerdos en la temporada correspondiente; de este modo me recordó el regocijado desdén de los operarios, que declaraban que a los cerdos aquello les gustaba —y sin duda que nadie lo sabía mejor que ellos—. Pero cuando la «amontonadora de nubes»<sup>2</sup>, abandonados sus rayos y truenos, recurría a las lágrimas, la humanidad amotinada se encontraba con el derecho a sentirse agraviada, y puesta en un falso y difícil dilema. ¿Qué habrían hecho los romanos, suponiendo que Aníbal hubiese llorado? La Historia ni siquiera ha considerado esa posibilidad. Las reglas y los precedentes deberían ser estrictamente observados por ambas partes; cuando se violan, la otra parte está justificada para sentirse herida.

No hubo lecciones aquella mañana, naturalmente: ¡otro motivo de queja! El sentido del decoro requería que hubiésemos luchado hasta el fin contra una confusa mezcla de modos y tiempos verbales, y partido para siempre, enardecidos por el odio, dejando atrás el cadáver desmembrado de la tabla de multiplicar. Pero no fue esto lo que ocurrió; y yo me encontré libre para dar zancadas por el jardín y, tan bien como pudiese, combatir... este creciente sentimiento de depresión. Era un sistema equivocado en su totalidad, pensé, este de que se marchase la gente a la que uno se había acostumbrado. Las cosas deberían continuar siempre como habían sido. Debía haber cambio, desde luego; los cerdos, por ejemplo, iban y venían con una inquietante frecuencia: «*Descargaron su atronador disparo y cayeron, / Cargaron con ardor y al final se hundieron.*»<sup>3</sup> Pero la Naturaleza así lo había dispuesto, y en compensación había proporcionado rápidos sucesores: llegabas a amar un cerdo, se te lo llevaban, y el sufrimiento era rápidamente apaciguado por el gozo de elegir entre la nueva camada. Pero ahora, cuando indiscutiblemente no se trataba de un cerdo sin par, sino de una gobernanta, la Naturaleza parecía insolvente, y el futuro no traía una camada para ayudar al olvido. Las cosas podían ir a mejor, o a peor, pero nunca eran las mismas; y el conservadurismo innato de la juventud no pide ni pobreza ni riqueza, sino solo inmunidad ante el cambio.

Enseguida se me juntó Edward, que andaba con los hombros caídos y cara de cordero degollado, como si lo hubiesen atrapado robando mermelada. —¡Qué planazo cuando ya se haya ido—observó, con un pavoneo obviamente impostado.

—¡A tope! —repliqué, con dolor; y la conversación decayó.

Llegamos al gallinero, y contemplamos preparado el estandarte de la libertad, esperando ser exhibido al soplo de las brisas en el momento supremo.

—¿La izo yo —pregunté—, cuando el carruaje se ponga en marcha, o... o espero un poco hasta que ya no lo podemos ver?

Edward miró alrededor con recelo.

—Vamos a tener algo de lluvia, creo —dijo—, y... y es una bandera nueva. Sería una pena que se estropeará. Quizás... yo no la izaría.

Harold salió de una esquina como un visón perseguido por los indios. —¡He lustrado los cañones —gritó—, han quedado impresionantes! ¿Puedo cargarlos ya?

—Déjalos en paz —dijo Edward con severidad—, o acabarás volándote a ti mismo —la consideración hacia los demás no era, habitualmente, el punto fuerte de Edward—. No toques la pólvora hasta que se te diga, o recibirás un pescozón en toda la testa.

Harold se quedó atrás, inútil, renqueante pero obediente.

—Quiere que le escriba —exclamó—. Dice que no le importa la ortografía, solo que le escriba. ¡Imagínatela diciéndomelo!

—Oh, cierra el pico, ¿vale? —le atajó Edward, despiadadamente. Y una vez más, nos quedamos en silencio, con nuestros pensamientos por única y lastimosa compañía.

—Vámonos al soto —sugerí tímidamente, sintiendo que algo se debía hacer para aliviar la tensión— y cortemos madera para arcos y flechas nuevos.

—Me dio un cuchillo por mi último cumpleaños —dijo Edward, nostálgico, sin moverse—. No era un cuchillo de los auténticos, pero ojalá no lo hubiese perdido.

—Cuando me dolían las piernas —dije yo—, se levantaba a medianoche, y me las untaba con una crema. Me había olvidado de todo eso... hasta esta mañana.

—¡Ahí va el carruaje! —gritó Harold de repente—. Lo oigo crujir sobre la grava.

Y en ese momento nos giramos y nos miramos a la cara por primera vez.

El carruaje y lo que contenía había desaparecido por la puerta, finalmente: el rumor de sus ruedas se había extinguido; y ninguna bandera ondeaba bajo el sol, desafiante, ni los cañones proclamaron el cambio de dinastía. Del pastel escarchado de nuestra existencia, el Destino había cortado un segmento irremplazable; fuéramos a donde fuéramos, el vacío persistiría. Nos escabullimos en direcciones diversas, mutuamente inapetentes de compañía, y me pareció como si se me impusiera el deber de ir a cavar en mi jardín inmediatamente, de arriba a abajo. Realmente, no necesitaba labores de cavado; por otro lado, por mucho que cavara no le iba a hacer efecto, ni para bien ni para mal. Así que trabajé sin cesar, enérgicamente, bajo el duro sol, ahogando el pensamiento en la acción. Al final de una hora o eso, se me unió Edward.

—He estado cortando leña —explicó, como si fuera culpable de algo, aunque nadie le había llamado para que diera cuenta de sus actos.

—¿Para qué? —pregunté, tontamente—. Ya hay montones y montones de leña cortada.

—Lo sé —dijo Edward—, pero no hará daño tener un poco más. Nunca sabes lo que pueda pasar. Y tú, ¿para qué has estado cavando todo esto?

—Dijiste que iba a llover —me apresuré a explicar—, así que pensé que era mejor cavarlo todo antes de que estallara la tormenta. Los buenos jardineros siempre te dicen que eso es lo que hay que hacer.

—Tuvo pinta de llover un rato —admitió Edward—, pero ahora ya ha escampado. Un tiempo muy raro, el que estamos teniendo. Supongo que por eso llevo todo el día sintiéndome raro.

—Sí, supongo que es el tiempo —repliqué—. *Yo* también me he sentido raro todo el día.

El tiempo no tenía nada que ver con aquello, como bien sabíamos. Pero hubiésemos preferido estar muertos, antes que admitir la verdadera razón.

<sup>1</sup> Son las dos primeras palabras de la inscripción sobre la decapitada estatua de Charles I, situada en The Royal Exchange de Londres, edificio inaugurado por la reina Elizabeth I en 1571, emporio del poder comercial inglés. El texto completo dice «Exit tyrannus, Regum ultimus, anno libertatis Angliae, anno Domini 1648, Januarie XXX», y expresa la abolición de la monarquía al término de la primera guerra civil inglesa.

<sup>2</sup> Uno de los modos de referirse a Zeus.

<sup>3</sup> Dos versos del poema «La última palabra», del escritor y crítico literario inglés Matthew Arnold (1822-1888).

## LA HABITACIÓN AZUL

Que la Naturaleza tiene sus momentos de simpatía con el hombre ha sido hecho notar a menudo y con creces —y generalmente como un nuevo descubrimiento—. A nosotros, que nunca habíamos conocido otro estado de cosas, nos parecía totalmente correcto y apropiado que el viento cantara y gimiera en las copas de los chopos y que, en los momentos de tregua, súbitas ráfagas de lluvia salpicaran los caminos ya polvorientos aquel turbulento día de marzo en que Edward y yo aguardábamos, en el andén de la estación, la llegada del nuevo tutor. Ni que decir tiene que este encargo había sido planeado por una Tía, a partir de la entusiasta idea de que nuestras tímidas e inocentes jóvenes naturalezas se expresarían con sencillez durante el camino de vuelta de la estación; y que en la revelación recíproca de cualidades más sólidas que debería inevitablemente venir a continuación entre tutor y pupilos, una amistad duradera procedente del respeto mutuo podría asentarse con firmeza. Un bonito sueño, nada más. Pues Edward, que preveía que lo peor de la opresión tutorial caería sobre él, estaba malhumorado, monosilábico y determinado a ser tan negativamente desagradable como los límites de las buenas maneras permitiesen. Era por tanto evidente que yo tendría que ser el portavoz y proveedor de huecos gestos «civilizados» y, la verdad, yo no era el más apropiado para el asunto: todas las cortesías, bienvenidas, explicaciones y demás asuntos similares de chambelán de corte, constituían mi especial aversión. Había mucho de aquel tiempo tempestuoso de marzo en nuestros corazones, mientras mirábamos hoscamente ceñudos, una a una, todas las ventanas de los vagones del tren que iba decelerándose.

Uno tiende, sin embargo, a juzgar erróneamente las especiales dificultades de una situación; y la recepción probó ser, después de todo, un asunto fácil e informal. En medio de un público ferroviario tan uniformemente bucólico y de un lugar como aquel, un tutor era rápidamente reconocible. Además, antes de que yo hubiese desempaquetado una de mis frases cuidadosamente elaboradas, su baúl había sido consignado ya en el carro de equipajes, y su persona depositada en la puerta de la estación. Respiré con más facilidad y, levantando la vista hacia nuestro nuevo amigo mientras caminábamos juntos, recordé que nosotros habíamos contado con alguien en general más árido, escolástico y severo. Un entusiasta rostro aniñado, un petulante monóculo, el cabello revuelto, una cabeza que recordaba a la de un petirrojo por sus pequeños giros constantes, y una voz que no dejaba de quebrarse en los agudos... eran todo cosas muy extrañas y nuevas, pero en modo alguno terribles.

Avanzaba como a sacudidas por el pueblo, echando miradas por aquí y por allá. «¡Encantador!», soltaba de repente, «¡Bastante encantador y delicioso!»

Yo no había contado con esta clase de cosas, y miraba a Edward en busca de ayuda; pero él, con las manos en los bolsillos, miraba tristemente al mundo que caía por debajo

de su nariz. Había tomado aquella decisión, y tenía intención de seguirla estrictamente.

Mientras tanto, con su puño ahuecado nuestro amigo se había hecho un imaginario telescopio de espías, y a través de él entrecerraba los ojos para fijarse en algo que yo no podía percibir. —¡Qué pieza tan exquisita! —explotó—, siglo xv, no..., sí, ¡claro que sí!

Empecé a sentirme desconcertado, por no decir alarmado. Aquello me recordó a aquel carnicero de *Las mil y una noches*, que al exhibir los más comunes pedazos de carne en un escaparate, alarmó a los viandantes, que ante tal novedad tomaron aquello por pura humanidad desmembrada. Este hombre parecía ver las cosas más extrañas en todo lo que podía verse por nuestros aburridos y familiares aledaños.

—¡Ah! —empezó de nuevo, mientras trotaba entre los setos—, y el campo ahora... con el contraste de las colinas... con la nube de lluvia cerniéndose sobre él... ¡es un auténtico David Cox! en cada uno de sus detalles!

—Ese campo pertenece a Larkin, el granjero —le expliqué educadamente, porque, por supuesto, no se podía esperar que lo supiera—. Le llevaré a la granja de Cox el granjero mañana, si es amigo suyo; pero no hay nada que ver allí.

Edward, que iba descortésmente retrasado, me puso una cara como si dijera: «¿Pero qué tipo de lunático tenemos aquí?»

—Tiene el auténtico carácter pastoril, este mundo rural vuestro —continuó nuestro entusiasta— con ese sencillo toque añadido de cabañas y alquerías, vestigios de un arte de otros tiempos, que hace de nuestro paisaje inglés algo tan divino, ¡tan único!

Verdaderamente, aquel «saltamontes» se estaba convirtiendo en una carga. Estos campos y granjas tan familiares, de los que conocíamos cada brizna y palo, no habían hecho nada que yo supiera para ser rociados con adjetivos de aquella manera. Nunca los había visto como «divinos», «únicos» o cualquier otra cosa. Eran... bien, eran simplemente ellos mismos, y sanseacabó. Desesperadamente le di un codazo a Edward en las costillas, como señal para que comenzásemos una conversación racional, pero él solo hizo una mueca irónica y continuó terco en su determinación.

—Ahora ya se ve la casa —comenté, en seguida—, y aquella es Selina, persiguiendo al burro en el cercado... ¿O es el burro el que persigue a Selina? La verdad es que no sabría decirlo; pero, de cualquier modo, son *ellos*.

Ni que decir tiene que explotó con un cargamento entero de adjetivos.

—¡Qué belleza! —comenzó el bombardeo— ¡tan dulce y armoniosa! ¡Se ve que se ha cuidado bien!

Por la cara de Edward, se podía adivinar su opinión sobre quién debería estar bajo cuidado.

—¡Cuántas posibilidades para el romance se insinúan en aquellas viejas buhardillas!

—Si se refiere a los desvanes —dije—, hay un montón de viejos muebles en ellos, y uno está habitualmente lleno de manzanas; y a veces entran los murciélagos y se quedan bajo los aleros, y revolotean por todas partes hasta que subimos con cepillos y todo tipo de cosas y los sacamos echando chispas; pero no hay nada más en ellos, que yo sepa.

—¡Oh, pero debe de haber algo más que murciélagos! —gritó—. No me digas que no hay fantasmas. Me desilusionaría mucho si no hubiera ninguno.

No me pareció que valiera la pena contestarle, pues me sentía realmente desigual en aquel tipo de conversaciones; además, nos estábamos acercando a la casa, donde finalizaría mi misión. La Tía Eliza salió a recibirnos a la puerta, y en el fuego cruzado de adjetivos que prosiguió —ambos hablando a la vez, como la gente mayor acostumbra a hacer—, nosotros dos nos escurrimos rodeando la casa hasta la parte trasera, y a toda velocidad pusimos varios buenos acres de distancia entre la civilización y nosotros, por temor a que se nos ordenara ir al té en el salón. Para cuando volvimos, nuestra nueva importación había subido a cambiarse para la cena, así que hasta la mañana, al menos, nos libraríamos de él.

Mientras tanto, el viento de marzo, tras decaer un tanto al anochecer, había ido creciendo constantemente en fuerza; y aunque me quedé dormido a la hora habitual, alrededor de la medianoche fui despertado por sus trompazos y su ulular continuo. Bajo la brillante luz de la luna, las ramas movidas por el viento se veían agitarse misteriosamente a través de las persianas; sonaba un runrún en las chimeneas, silbidos en los ojos de las cerraduras y, por todas partes, una clamor y una llamada. Dormir era algo ya implanteable, así que, incorporado en la cama, miré alrededor. Edward se había incorporado también. —Me preguntaba cuándo te despertarías —dijo—. No es bueno intentar dormir en medio de todo esto. Voto por levantarnos y hacer algo.

—Voto por un juego —repliqué—: estamos en un barco en alta mar —el lamento de la vieja casa bajo el viento asolador lo sugería, naturalmente— y bien podemos haber naufragado en una isla, o bien habernos quedado en una canoa; lo que tú elijas... pero yo prefiero la isla, porque hay más cosas.

Edward reflexionó y bloqueó la propuesta. —Eso haría demasiado ruido —señaló—. Es muy difícil divertirse jugando a barcos, a no ser que armes un buen jaleo.

La puerta chirrió y una pequeña figura de blanco se deslizó cautelosamente en la habitación. —Pensé que os había oído hablar —dijo Charlotte—. No nos gustan los ruidos, tenemos miedo... Selina también. Vendrá en un minuto, que se está poniendo el nuevo salto de cama... ¡y no está poco orgullosa ni nada!

Con sus brazos alrededor de las rodillas, Edward cavilaba profundamente hasta que Selina apareció, descalza, delgada y alta con su nuevo salto de cama. —¡Ya está! —exclamó—. Ahora que ya estamos todos, ¡voto por ir a explorar!

—Siempre estás queriendo explorar —dije—. ¿Qué castañas hay que explorar en esta casa?

—¡Galletas! —dijo Edward, en un raptó de inspiración.

—¡Hurra!, ¡vamos! —entró Harold en la conversación, incorporándose súbitamente. Había estado despierto todo el tiempo, pero se había hecho el dormido, por si acaso se le extenuaba mandándole ir a hacer algo.

Ciertamente, era un hecho —como Edward bien recordó— que nuestros descuidados mayores se dejaban ocasionalmente las galletas fuera: un verdadero trofeo para un aventurero nocturno con nervios de acero.

Edward se tiró de la cama y se puso unos holgados bombachos para cubrir sus desnudas espinillas. Entonces se ciñó un cinturón del que pendía a un lado una larga

pistola de madera, y al otro, un viejo florete de esgrima. Para rematar, se encasquetó un gran sombrero de ala ancha —que alguna vez fue propiedad de algún Tío— que aparecía siempre que nos lanzábamos al explosivo juego de Guy Fawkes y Carlos II 2. No le importaba la alcornica del público: Edward, si era posible, siempre se vestía para sus papeles cuidadosa y concienzudamente. Sin embargo, a Harold y a mí —auténticos isabelinos3—, nos importaba poco el montaje teatral, con tal de que el verdadero corazón dramático del asunto latiera con fuerza.

Nuestro comandante nos impuso entonces un profundo silencio de tumba: la Tía Eliza dormía habitualmente con la puerta abierta; por eso, una vez alcanzásemos aquel punto fronterizo, tendríamos que continuar en fila india.

—Pero podríamos tomar un atajo a través de la Habitación azul —dijo la precavida Selina.

—Desde luego —aprobó Edward—. Se me había olvidado. ¡Bien, pues! ¡Dirige tú la marcha!

La Habitación azul había sido añadida en tiempos prehistóricos, cuando se estaba reformando un pasillo inútil; y así, no solo nos brindaba la ventaja de sus dos puertas, sino también el acceso a la parte superior de la escalera sin pasar por delante de la habitación donde nuestra Tía-dragón reposaba. Raramente se ocupaba aquella estancia, salvo cuando un Tío casualmente venía a pasar una noche.

Nos introdujimos en silenciosa fila india. La habitación estaba sumida en la oscuridad, salvo por un esplendente riachuelo de luz de luna que se derramaba por el suelo que debíamos cruzar para poder salir. Cuando llegó a él, nuestra dama-guía decidió detenerse para aprovechar la oportunidad de examinar la caída de su nuevo salto de cama. Satisfecha en extremo en la comprobación, pasó a pavonearse y hacer poses —según es costumbre femenina—, ejecutando los pasos de un minué con un compañero imaginario sobre aquella franja de luz de luna. Pero aquello fue demasiado para los instintos histriónicos de Edward quien, tras un instante de pausa, desenvainó su florete e irrumpió en la escena exhibiendo florituras apropiadas a la ocasión. Vino entonces un lance de espadas —a semejanza del que aparecía en alguno de los cuentos de nuestro canon literario—, a cuyo final Selina era sableada dramáticamente y con unción, y su cadáver sacado en brazos por el despiadado caballero. El resto nos lanzamos en grupo tras ellos, con cabriolas y gestos de gozo: el especial encanto de nuestro drama era la necesidad de actuar con el silencio de la más muda de las pantomimas.

Una vez fuera del oscuro descansillo, la estruendosa barahunda de la tormenta nos demostró la exagerada precaución de nuestro silencio. Así que, tomándonos uno a otro por la cola de las batas —parecíamos la cordada de unos escaladores alpinos, firmemente amarrados para acometer un tramo peligroso—, avanzamos seguros por la morrena de la escalera y luego a través del hosco glaciar del vestíbulo, donde un tenue centelleo procedente de la puerta medio abierta nos hacía señas, como las luces de un amistoso albergue. Al entrar, descubrimos que nuestros derrochadores mayores se habían dejado unas palpitantes brasas rojas en el fuego, y estas fueron fácilmente persuadidas para convertirse en una alegre llama. Las galletas —¡todo un plato!— nos sonreían

alentadoras, junto con las rodajas de un limón ya exprimido, pero todavía apto para chupar. Las galletas fueron equitativamente compartidas, los segmentos de limón fueron pasando de boca en boca; y cuando nos acuclillamos frente a la calidez cordial de aquel fuego que confortaba nuestras desvestidas extremidades, comprendimos que tantos peligros nocturnos no habían sido desafiados en vano.

—Es algo curioso —dijo Edward mientras charlábamos—, pero odio esta habitación durante el día. Significa tener la cara lavada, el pelo peinado y algo que decir en las tontas conversaciones de las visitas. Pero esta noche es verdaderamente divertido. Parece diferente, de algún modo.

—No me cabe en la cabeza —dije—, para qué viene la gente aquí a tomar el té. Se lo pueden tomar en su propia casa, si quieren —no son gente pobre—, con jamón y esas cosas, y sorber lo que queda en el platito de la taza, y chuparse los dedos y divertirse de lo lindo. Pero llegan hasta aquí desde muy lejos, se sientan rígidos como un palo con los talones en el descansillo de la silla, se toman solo una taza y hablan de las mismas cosas una y otra vez.

Selina lo miró por encima del hombro, desdeñosamente.

—No tienes ni idea —dijo—. En sociedad, tienes que ir de visita y ser visitado. Es lo que se ha de hacer.

—¡Bah!, ¡si *tú* no estás *en sociedad!* —dijo Edward, educadamente— y, más aún, nunca lo estarás.

—Sí, sí estaré, algún día —contraatacó Selina—, pero no *te* invitaré a que vengas a visitarme, ¡ahí te quedarás!

—No iría ni aunque me invitaras —gruñó Edward.

—Bueno, no vas a tener la oportunidad —se la devolvió con contundencia nuestra hermana: expresaba así su derecho a la última palabra. No había acaloramiento en estas pequeñas cortesías que componían —tal como lo entendíamos— el arte de la educada conversación.

—No me gusta la gente *de sociedad* —agregó Harold desde el sofá, donde se repanchingaba a todo lo largo —una escena que hasta las misma horas del día se habrían ruborizado de contemplar—. Había algunos de ellos aquí esta tarde, cuando vosotros dos os largasteis a la estación. ¡Oh!, y me encontré un ratón muerto en el césped: pensé en despellejarlo, pero no estaba seguro de cómo hacerlo yo solo; y entonces salieron al jardín y me dieron palmaditas en la cabeza —agradecería que la gente no lo hiciera, la verdad—, y una señora me pidió que le cortara una flor. No sé por qué no se la cortó ella misma, pero dije: «Vale, lo hago si me sostienes el ratón». Pero entonces chilló, y lo tiró lejos, y Augustus —el gato— lo enganchó y se escapó con él. Realmente, me parece que aquel ratón debía de ser suyo, porque Augustus había estado buscando por allí como si hubiese perdido algo, así que no me podía enfadar con *él*; ¿en cambio, qué derecho tenía *ella* para tirarme el ratón?

—Has de ser cuidadoso con los ratones —reflexionó en voz alta Edward—, son algo muy escurridizo. Acuérdate de aquella vez, cuando estuvimos jugando con un ratón muerto sobre el piano como si el ratón fuera Robinson Crusoe, y el piano la isla, y no sé

cómo Crusoe se escurrió hacia abajo por dentro de la isla hasta la maquinaria, y no pudimos sacarlo, aunque lo intentamos con rastrillos y todo tipo de cosas... hasta que vino el afinador de pianos. Pero no fue hasta una semana después, que...

Aquí Charlotte, que había estado asintiendo solemnemente a todo, se desplomó como un tronco sobre el guardafuegos de la chimenea y nos dimos cuenta de que el viento había cesado por fin: la casa estaba sumida en una gran quietud. Nuestras vacantes camas parecían llamarnos imperiosamente, y todos nos alegramos cuando Edward dio la señal de retirada. En la cima de la escalera, inesperadamente Harold se manifestó en rebeldía, insistiendo en su derecho, en un país libre, a deslizarse barandilla abajo. Las circunstancias no permitían una discusión y sugerí, en vez de aquel ejercicio de derechos, marchar a paso de rana, a lo que se avino, y una procesión atravesó solemnemente la Habitación azul, iluminada por la luz de la luna, con Harold renqueantemente sumiso. Acurrucado en la cama al fin, estaba ya deslizándome en el sueño cuando escuché a Edward soltar, con un bufido y una malévola risilla:

—¡Vaya! —dijo—, ¡me olvidé totalmente: el nuevo tutor está durmiendo en la Habitación azul!

—Uf, afortunadamente no se despertó y no pudo pillarnos, —resoplé, ya muy somnoliento. Y ambos, sin sacar más conclusiones sobre el particular, nos hundimos en el bien merecido reposo.

A la mañana siguiente bajamos a desayunar dispuestos a vérnoslas con nuevas adversidades, pero nos sorprendió encontrar a nuestro locuaz amigo del día anterior — que se había retrasado en hacer aparición— extrañamente silencioso y aparentemente preocupado. Una vez hubimos rebañado nuestras escudillas de gachas de cereal hasta sacarles relumbre, corrimos a alimentar a los conejos, a los que tuvimos que explicar que un animal de tutor les prohibiría gozar de nuestra compañía de siempre.

De vuelta a casa a la fatídica hora de nuestras lecciones, nos golpeó como un rayo la visión de la carreta de la estación desapareciendo por el camino, cargada con nuestro apenas conocido tutor. La Tía Eliza estaba de lo más comunicativa; pero se le oyó comentar, casualmente, que pensaba que aquel hombre era un lunático. Nos faltó tiempo para concordar con esta teoría, e instantáneamente expulsamos todo el asunto de nuestras mentes.

Algunas semanas después ocurrió que el Tío Thomas, en una de sus fugaces visitas, se sacó del bolsillo un ejemplar del nuevo semanario *Psyche: una revista sobre lo invisible*, y procedió con esmero a soltar bromitas incomprensibles, aparentemente a nuestra costa, mientras nos leía un artículo. Lo llevamos con paciencia, con el gesto forzado que exigían las convenciones, ansiosos de llegar a lo que parecía ser la fuente de su inspiración: un párrafo que describía nuestra modesta y aburrida Habitación azul. «Caso III —empezó—. Los siguientes hechos fueron contados por un joven miembro de la Asociación, de honradez y seriedad sin tacha, y constituyen una crónica de una experiencia real y reciente». Aquello continuaba con una descripción bastante precisa de la casa, con detalles que no dejaban lugar a dudas. Pero a partir de allí venía un desparrame de tonterías sin sentido sobre apariciones, visitantes nocturnos y cosas por el

estilo, todo escrito de un modo que revelaba desorden mental, aderezado con una desfalleciente imaginación. El tipo no era ni siquiera original. Todos los viejos tópicos estaban allí: la tormenta nocturna, la cámara encantada, la dama de blanco, el asesinato que se vuelve a producir, y esas cosas... ya tan pasadas y repetidas en muchos teatrillos de función navideña. Nadie fue capaz de encontrarle pies ni cabeza a todo aquello, o su conexión con nuestra tranquila mansión. Pero Edward, que siempre había tenido la mosca detrás del oído, persistía en su opinión de que aquel tutor de vida tan breve estaba, de un modo u otro, en el ajo.

<sup>1</sup> Pintor paisajista inglés (1783-1859).

<sup>2</sup> Guy Fawkes (1570 -1606) pertenecía al grupo de católicos que en 1605 planeó el «complot de la pólvora» para volar el Parlamento inglés, y restituir un monarca católico al trono. El complot fue descubierto y Fawkes atrapado y ajusticiado. Desde aquel año se celebra este hecho cada 5 de noviembre con hogueras y fuegos artificiales.

<sup>3</sup> El teatro isabelino (el de Shakespeare o Ben Jonson) se centraba principalmente en la fuerza del texto teatral, por encima de efectos escenográficos.

## UN PIQUE

Harold me contó, a trozos y relucante, los hechos principales de este episodio, algún tiempo después. No era un recuerdo del que le gustase hablar. El sufrimiento crudo y sordo de un momento suele dejar un feo moratón que tarda en marcharse, si es que alguna vez lo hace del todo. Y Harold hace confidencias cuando, esporádicamente, aquello le da una o dos punzadas, como el veterano que se trae a casa una bala alojada en el cuerpo, de aquellos campos de batalla allende los mares.

Cayó en la cuenta de que había sido un animal en el mismo momento en que lo hizo. Selina no había querido preocupar, solo confortar y ayudar. Pero el alma del pobre se había convertido en una llaga en carne viva, cuando se vio encerrado en el cuarto de las lecciones durante el recreo, simplemente por insistir en que 7 por 7 eran 47. ¡La injusticia de aquello le parecía tan flagrante! ¿Por qué no 47... tanto como 49? Un número no era más bonito que otro, y evidentemente aquello no era más que una arbitraria cuestión de gusto y preferencia; y además, fuera lo que fuera, para él siempre había sido 47 y lo seguiría siendo hasta el fin del mundo. Así que cuando Selina volvió del recreo a la rica luz del sol, recién dejado el juego de los Tramperos o del Lejano Oeste, junto con la gloria de ser una india apache, para cumplir con el deber de ir a escucharle las tablas de multiplicar y atestiguar que se ganaba la liberación, Harold se volvió hacia ella venenosamente, rechazó sus amables muestras de apertura, e incluso le hincó el codo entre las simpáticas costillas, en su firme determinación de ser dejado en paz para autocomplacerse en su refunfuño. Pero el pronto se le pasó inmediatamente, se le abrieron los ojos y el alma se le cayó a los pies: apenado, se lanzó en busca de una reparación suficientemente heroica para desagraviar a Selina por el daño ocasionado.

Por supuesto, la pobre Selina no pidió sacrificios ni heroicidades: ni siquiera quiso que le pidiera perdón. De haber actuado así Harold, ella hubiese correspondido desempeñando su propio papel en la mutua disculpa. Pero no era aquel el estilo del muchachito. Algo sustancioso, sintió Harold, era lo apropiado para él, y hasta que no se consumara, ni pensar en hacer las paces, no fuera a ser que el efecto final se malograra. Según esto, cuando su posible redención se le aproximaba —la pobre Selina lo rondaba, intentando captar su mirada—, Harold, poseído por el demonio de su torvo motivo, la evitaba constantemente —aunque sangraba internamente a cada minuto de aquel aplazamiento—; y para arreglarlo, vino a mí. Ni decir tiene que aprobé totalmente su plan: tenía mucho estilo, mucho más que ir y hacer las paces como un corderillo, algo al alcance de cualquiera. Y, pensábamos, de una chica que había sido hostigada en las costillas por un codo rebelde no se podía esperar, ni por un segundo, que pasara página sin el linimento de una ofrenda que aliviara sus heridos sentimientos.

—Yo sé lo que quiere, y con locura —dijo Harold—. Quiere ese juego de té del escaparate de la juguetería, el de las flores rojas y azules pintadas. Lleva meses detrás de él, porque dice que sus muñecas se le están haciendo mayores y tiene que invitarlas a un auténtico té de las cinco. Y lo quiere tan desesperadamente que no se acercará a la acera de la juguetería cuando vayamos al pueblo... ¡Pero cuesta cinco chelines!

A partir de aquel momento nos pusimos a trabajar muy en serio, y dedicamos la tarde a la puesta en claro de ingresos para confeccionar un presupuesto que, de haberlo presentado en Whitehall<sup>1</sup>, no hubiera desmerecido nada. El montante quedó así:

2,6: entregados por un Tío, no gastados a causa del extravío durante casi una semana —aparecieron al fin entre la paja de la caseta del perro—

Sale: 2,6

Entra: 2,6

1,0: adelantado por mí con el aval de la aportación del próximo Tío; y en su defecto, sea reclamado en Navidad

1,0

0,4: a resultas de hurgar una hucha misionera con la ayuda de la hoja de un cuchillo —que conste que eran peniques nuestros, para una colecta forzosa—

0,4

0,2: de la apuesta con Edward de si sería capaz de atravesar el campo del toro de Larkin el granjero, y Edward me apostó dos peniques a que no lo haría —que conste que fueron conseguidos con mucha dificultad—

0,2

1,0: adelantado por Martha, sin ningún aval —«lo único es que no se lo digas a ninguna de tus Tías»—

1,0

Total: 5,0 chelines

Y finalmente volvimos a respirar.

El resto prometía ser fácil. Selina tenía un té de las cinco aquella tarde, en el que utilizaría los viejos cacharros de su desportillado juego de té de madera, que había servido fielmente a sus sucesivas muñecas desde que era una bebé. Harold se escabulliría directamente después de la comida, en solitario, para no levantar sospechas, pues no se nos permitía ir al pueblo solos. Había casi dos millas hasta nuestra pequeña metrópolis; pero tendría un montón de tiempo para ir y volver, portando finalmente la ramita de olivo, limpiamente comprada con aquellos ahorros. Además, podría ir a ver al carnicero, que era su amigo y que le traería de vuelta a casa.

Así pues, finalmente a las cinco, el éxtasis del nuevo juego de té descendería de los cielos y, hecha la retribución moral, vendrían las paces al fin, sin pérdida de dignidad. Con el plan todavía por delante, pensamos que era cosa pequeña aquel espacio de 24

horas más de alienación que Harold debía alimentar con sus refunfuños fingidos; pero Selina, que naturalmente no tenía ni idea del pastel que se estaba cocinando en la trastienda para ella, sollozó hasta la noche y se fue a la cama muy apenada.

Cuando al día siguiente llegó la hora de actuar, Harold evadió la vigilancia Olímpica con sencilla discreción, fruto de una práctica aquilatada, y se encaminó a la entrada principal. Selina, que no le había quitado el ojo de encima, pensó que se iría al estanque a atrapar ranas —un disfrute que ambos, en momentos de mayor armonía, habían planeado compartir— y le siguió. Pero Harold, aunque escuchó sus pasos, continuó muy serio el plan de su elevada misión, sin ni siquiera mirar atrás; y Selina se quedó vagabundeando desconsolada entre macizos de flores que habían perdido, para ella, todo aroma y color. Lo vi todo, y aunque la fría razón aprobaba nuestro plan de acción, el instinto me decía que éramos unos brutos.

Harold llegó al pueblo —así lo recordaba después—, habiendo corrido la mayor parte del camino por miedo a que los cacharros del té, que habían reposado durante seis meses en el escaparate, hubiesen sido arrebatados por otra amargada conciencia de lacerador-de-sentimientos-de-hermana; y apenas le resultó creíble encontrarlos aún allí, y tampoco al juguetero, que mantenía el deseo de despacharlos por el precio anotado en la etiqueta. Entregó el dinero al instante, para evitar cualquier marcha atrás en la compra; y entonces, como había que sacar las cosas del escaparate y empaquetarlas, y la tarde todavía era joven, Harold pensó que se podría permitir paladear las diversiones urbanas y la vida bohemia. Fue a ver tiendas en primer lugar, desde luego: sucesivamente aplastó la nariz contra la luna de varios escaparates: el de las pelotas de caucho de las Indias y la locomotora a cuerda; y el del barbero, con pelucas sobre los exhibidores —que le recordaban a los Tíos— y crema de afeitar que tan apetitosa parecía de comer; y el del frutero, donde se mostraban más grosellas que todas las que la población británica pudiese consumir sin especial esfuerzo; y el del banco, donde se tenía en tan poco el oro, que lo trasladaban de un sitio a otro con palas. La siguiente atracción fue el mercado, con toda su bullanguera alegría, y cuando un ternero fugitivo se escapó por las calles como una bala de cañón, Harold sintió que no había vivido en vano. Todo el lugar rebotaba de tanta agitación que se olvidó del porqué y el para qué estaba allí, hasta que la visión del reloj de la iglesia le devolvió a su yo más cabal, y lo puso a correr hacia la salida del pueblo, pues se dio cuenta de que le quedaba el tiempo justo para volver a casa. Si llegaba después de la hora que se había fijado, no solo perdería su gran triunfo, sino que probablemente quedaría fichado como transgresor de límites, un crimen inapelable ante el que, por contraste, la fuerza moral de su opinión particular sobre la tabla de multiplicar se hundiría en la nada. Así que corrió al galope camino a casa, pensando en muchas cosas, y probablemente hablando sin parar consigo mismo, como era habitual en él. Y ya había cubierto casi la mitad del trecho, cuando sintió de repente un golpe mortífero en la boca del estómago, una parálisis de todos sus miembros, y la sensación de encontrarse en un mundo privado de luz y música a su alrededor, bajo un sol negro y un cielo que se tambaleaba... ¡se había olvidado de los cacharros del té!

Era inútil, no tenía remedio, todo se había terminado, ya nada podía hacerse. Sin

embargo, se dio la vuelta y corrió y corrió, salvajemente, ciegamente, ahogándose entre grandes sollozos, que no despertaban ni la misericordia ni el consuelo en el despiadado y sarcástico mundo a su alrededor. Con una punzada en las costillas, polvo en los ojos y la desesperación más negra desgarrándole el corazón, con las piernas pesadas como el plomo y los costados a punto de estallarle, como si el Destino no le hubiera asestado ya su último y peor golpe, al girar una esquina del camino dio un traspiés que casi le puso bajo las ruedas de un carruaje. Al detenerse, se le hizo visible la corpulenta figura de Larkin el granjero, ¡el archienemigo cuyos patos él había intimidado con piedras aquella misma mañana!

Si Harold hubiera estado en sus cuerdos y despejados cabales, se habría esfumado a través del seto unos pocos segundos antes... antes que sufrir las desapacibles reminiscencias que su presencia pudiera evocar en el granjero; pero ocurrió lo que ocurrió y solo pudo quedarse quieto y balbucir inútilmente, importándole ya ciertamente poco lo que a partir de ahí pudiera sobrevenirle. El granjero, por su parte, escrutó la desolada figura con algo de asombro, llamándole con tonos nada hostiles: —¡Vaya, señorito Harold! ¿Pero qué le ha pasado? ¿es que se está fugando, eh?

Entonces, Harold, con la sobrenatural valentía que surge de la desesperación, brincó al pescante y, subido al carro, se dejó caer sobre la paja del final, sollozando que quería volver, ¡volver! La situación rezumaba indefinición de por sí; pero el granjero, un hombre de acción más que de palabras, hizo virar al caballo con pericia y, para cuando Harold se había recuperado lo suficiente para aportar algunos detalles, ya estaban en el pueblo de nuevo. Al llegar a la tienda, se encontró a la mujer esperándole a la puerta con el paquete. No habría transcurrido un minuto desde el final de la negra crisis, y ya estaban rodando suavemente hacia casa, con el precioso paquete pegado a su pecho, bajo la custodia de su estrecho abrazo.

Y ahora el granjero se reveló bajo una nueva e inesperada luz. Ni una palabra dijo sobre cercas, vallados o destrozos; cosechas pisoteadas o rebaños y piaras espantados. Uno hubiera pensado que el hombre nunca había poseído una cabeza de ganado en toda su vida. Sin embargo, estaba profundamente interesado en toda aquella dolorosa búsqueda de los cacharros del té, y simpatizó con Harold en lo tocante al disputado particular sobre las matemáticas, como si él mismo se encontrase en la misma etapa educativa.

Al acercarse a casa, Harold se vio, para su sorpresa, sentado bien derecho y charlando de hombre a hombre con su nuevo amigo. Y antes de que le apease ante el conveniente agujero de urgencias practicado en el seto del jardín, le prometió que cuando Selina diese su primer té público, la pequeña Miss Larkin sería invitada a asistir y traerse toda su parentela de serrín. El granjero quedó tan encantado y orgulloso como si le hubiesen invitado al té en Marlborough House<sup>2</sup>. Realmente, estos Olímpicos tienen ciertas cosas buenas, muy en su interior. Tendré que dejar de tratarlos mal, algún día.

A las cinco en punto, Selina, habiendo pasado la tarde en busca de Harold por todos sus acostumbrados escondites, se sentó desconsolada a tomar el té con sus muñecas, que mezquinamente se negaron a retrasarlo más allá de la hora convenida. Los cacharros del

juego de té de madera parecían más desportillados que nunca, e incluso las mismas muñecas mostraban con mayor claridad su naturaleza de cera y serrín, y menos el color e inteligencia humanos que ella les recordaba. Fue entonces cuando Harold entró en escena, muy polvoriento, con sus calcetines caídos hasta los talones, y unos surcos bien marcados en sus mugrientas mejillas arrasadas por las lágrimas. Por fin Selina pudo saber que Harold había estado pensando en ella constantemente desde su imprudente exhibición de temperamento, que sus refunfuños no habían sido un producto genuino, y que no se había ido a cazar ranas él solito.

Una anfitriona rebotante de felicidad dispensaba hospitalidad aquella tarde a un círculo de gente de ojos de vidrio y rodillas pintadas; y muchas impertinencias de las muñecas, que hubieran sido severamente juzgadas de ordinario, fueron pasadas por alto como si se hubiese tratado de un cumpleaños.

Pero Harold y yo, a nuestra estúpida manera masculina, pensábamos que toda su felicidad procedía de la posesión de aquel juego de té, largamente deseado.

<sup>1</sup> Calle londinense donde se encuentran numerosos ministerios y departamentos del gobierno británico. Popularmente significa el gobierno de Gran Bretaña.

<sup>2</sup> Mansión en el distrito londinense de Westminster, que de 1863 a 1901 fue el domicilio de los Príncipes de Gales, y el centro social de la ciudad.

## LUSISTI SATIS 1

Entre las muchas ideas fatuas que surgían de la mollera Olímpica, esta era preeminente: que, pues eran Olímpicos, podían hablar en nuestra presencia con bastante libertad de asuntos de la mayor importancia para nosotros, siempre y cuando ignoráramos los nombres, fechas y otros datos circunstanciales. Se suponía que habíamos sido privados de la facultad de sumar  $2 + 2$  y —como los monos, que muy sensatamente se abstienen de hablar, salvo que se les obligue a ganarse el pan— ya nos cuidábamos con esmero de esconder nuestras capacidades, incluso a la hora de hacer un sencillo silogismo. Así que raramente nos pillaban por sorpresa, y así, éramos considerados por nuestros decepcionados mayores como apáticos y carentes de la divina capacidad de asombro.

Bien, la llegada de la saca del correo diario, con las misteriosas conversaciones que a continuación siguieron aquella mañana, nos puso sobre aviso de que al Tío Thomas se le había confiado una misión... una misión que también nos afectaba a nosotros. Las misiones del Tío Thomas eran muchas y variadas; aquel hombre que se daba importancia, al que le gustaban los encargos mientras protestaba porque se hundía bajo la carga, era el mensajero, por así decirlo, de nuestro remoto hábitat. Conseguir una cinta que pegase con un vestido, correr hasta los almacenes antes del cierre, entrevistar a un aspirante a cocinero... estas y otras tareas similares aportaban un colorido y variedad constantes a su vida de gandul en Londres, y le ayudaban a mantenerse en forma. Cuando el asunto, sin embargo, tuvo que ser referido en nuestra presencia con mudos asentimientos, pronombres, significativos hiatos e interpolaciones en lengua francesa, rápidamente pusimos a ondear la bandera roja, enarbolamos el banderín de tempestad y, bajo una estudiada apariencia de desinterés, pronto desentrañamos el corazón del misterio.

Para verificar la conclusión a la que habíamos llegado con respecto a todo aquello, nos precipitamos todos sobre Martha. Procedimos, sin embargo, no con un simple interrogatorio a la caza de datos —que no hubiera servido de nada—, sino informándole de que en el aire flotaba la palabra «escuela» y que ya lo sabíamos todo, para a continuación retarle a que lo negase. Martha era un alma fiable, pero un mal testigo para la defensa, así que pronto se lo sacamos todo. La «escuela» ya seguía su rumbo imparable, incluso había sido elegida, y los impresos de admisión se encontraban ya doblados dentro del sobre: Edward era la víctima designada y llamada al sacrificio.

Aquella cosa extraña y desconocida llamada «escuela» siempre nos había parecido un puerto final inevitable; y sin embargo —quizás deba decirlo en honor a la verdad—, nunca nos habíamos tomado en serio la molestia de averiguar qué significaba realmente. Pero ahora que el tétrico espectro se cernía inminente, acercando sus afiladas manos a

uno de nuestro rebaño, nos competía afrontar la situación, sondear este mar ignoto y comprobar si íbamos a la deriva. Desafortunadamente, los datos que poseíamos eran totalmente insuficientes, y no sabíamos si volver a por información precisa. El Tío Thomas podría habérselo contado todo, desde luego. Él mismo había estado allí una temporada, en su oscuro y neblinoso pasado. Pero su desafortunada convicción —nada menos que la Naturaleza lo había dotado para humorista— mancillaba toda su credibilidad, además de hacerlo cansino de escuchar.

Como siempre ocurre, al abordar a nuestros contemporáneos en búsqueda de información fiable, las trompetas dieron una nota borrosa. Según algunos, «escuela» significaba diversiones, delicias, emancipación y un anticipo de la bendición que finalmente sería la vida adulta. Según otros —¡la mayoría, ay!—, era aquel legendario Hades infernal, particular y peculiar, que ganaba por goleada a la primigenia institución griega.

Cuando se le veía a Edward pasear con aire desenfadado y sacando pecho, estaba claro que contemplaba su futuro desde el primer punto de vista. Cuando, por el contrario, se mostraba sumiso y pacífico, y buscaba la compañía de sus hermanas, saltaba a la vista que la segunda opción dominaba.

—Siempre puedes escaparte, ya sabes —solía comentarle yo, a modo de consuelo en estos segundos casos.

Y a Edward le brillaba el rostro maravillosamente al escuchar la sugerencia, mientras Charlotte se deshacía en lágrimas ante la imagen de un hermano con los pies llenos de ampollas y el estómago vacío, pasando noches de escarcha al sotavento de un ventoso almiar.

Pero era a Edward, desde luego, a quien principalmente le producía ansiedad la situación. Y sin embargo, el consiguiente cambio en mis propias circunstancias y posición me proporcionó materia para una concienzuda reflexión. Hasta aquel momento yo había actuado principalmente bajo órdenes. Incluso cuando había ideado y aconsejado una particular diablura, había sido llevada a cabo con la aprobación de Edward que —pues era el mayor— asumía particularmente los riesgos. Desde entonces empecé a andar ansioso con el gusano dichoso de la «responsabilidad», y a caer en la cuenta de cuánto desasosiego trae al alma. Pero también mi nueva posición traería sus compensaciones.

Edward había sido excesivamente industrioso, imperioso, quizás un poco estrecho de miras; desapasionado a la hora de tratar con los hechos puros y duros, y con una estimación escéptica de la fantasía. Ahora yo andaría libre y sin trabas: en el diseño y realización de un plan podría aceptar y rechazar lo que fuera, en vistas a alcanzar mejores cotas artísticas.

Además, ya no sería necesario ser un Radical nunca más. Nunca fui un Radical<sup>2</sup>, realmente, ni por naturaleza ni por simpatía. El papel me fue impuesto cierto día, cuando Edward propuso encasquetar la Cámara de los Lords en nuestra pequeña República. Estableció con inteligencia y estudio los principios de aquello, y todo sonaba bastante prometedor, hasta que explicó que, al menos por el momento, proponía constituirse él mismo en la Cámara de los Lords. Los demás seríamos la Cámara de los Comunes.

Habría promociones, desde luego, añadió, dependiendo del servicio prestado y la aptitud, y estaría abierta a ambos sexos; conmigo en particular tenía esperanzas de un acelerado progreso. Pero en sus estadios iniciales, la cosa no podría funcionar correctamente si no era él el primer y único Lord. Entonces me apeé con presteza, y dije que todo aquello era basura, y que no le veía sentido alguno a ninguna Cámara de los Lords. —¡Entonces eres un vil Radical! —dijo Edward, con refinado desdén. La inferencia de Edward era casi instantánea, pero ¿qué podía hacer yo? Acepté la situación, y dije firmemente que sí, que yo era un vil Radical. Desde entonces se me obligó a enmascaramme con los rasgos de este monstruoso personaje. Pero ahora podía desprenderme de él, y de nuevo mirar al mundo a la cara.

Y sin embargo, ¿esta y otras ganancias realmente compensaban mis pérdidas? A partir de entonces, era cierto, debería ser el líder y el jefe; pero también el mullido parachoques entre los Olímpicos y mi pequeño clan. Para Edward esto no había supuesto nada; había soportado el impacto de los Olímpicos sin parpadear, inamovible como Tenerife o la cordillera del Atlas. Pero, ¿estaba yo igualmente preparado para la tarea? ¿y acaso no era patente el peligro de que en aras de la paz y la tranquilidad sintiera la tentación de llegar a compromisos, componendas y apaños, rebajándome así, en sucesivas recaídas, hasta la condición de tonto útil? No quiero decir, desde luego, que llevara mis pensamientos hasta el preciso punto que acabo de indicar. En aquellos afortunados tiempos de antaño, uno estaba libre de la dura necesidad de transmutar cualquier vaga idea en palabras —sí, aquel medio mecánico e inadecuado donde se perdía la esencia de las cosas—. Pero no me abandonaba el sentimiento de una posible carencia de las cualidades de carácter que una posición tan delicada requería.

Aquel halo nada natural que flotaba alrededor de Edward se volvió más visible —y su propia conducta, más responsable y digna— con la aparición de las nuevas ropas. El día en que le llegaron un baúl y una caja para guardar los juguetes, la grieta creciente entre nuestro hermano —que ahora pertenecía al futuro— y nosotros —que todavía éramos reclamados por el pasado—, ciertamente se ensanchó. Su nombre iba rotulado en el baúl y la caja en grandes letras, y a partir de aquel momento el propietario comenzó a desaparecer misteriosamente. Eventualmente se le encontraba vagando cerca de su equipaje, musitando para sí: «Edward...», como en un trance, desde un remoto lugar. Era una debilidad, desde luego, e indicaba una leve sombra en la consistencia de su carácter; pero quienes puedan recordar el impacto causado por la visión de su nombre impreso por primera vez, no lo juzgarán con severidad.

Mientras los cortos días pasaban acelerados y el tétrico evento proyectaba una sombra que, cada vez más alargada, cruzaba nuestro umbral, una cortesía antinatural, un civismo ni siquiera astuto, empezaron a impregnar el aire. En aquellas horas finales, al propio Edward se le escuchaba frecuentemente decir «Por favor», y también «¿Te importaría hacerte con la pelota?», cuando no pocas veces Harold y yo ya estábamos intentando anticipar sus deseos; y las chicas, por decirlo rápido, se postraban ante él servilmente. Los Olímpicos también, a su tosca manera y mediante delicadezas de familia y similares indulgencias, parecían ansiosos de demostrar que hasta entonces habían infravalorado a

este sujeto de nuestro bando. En su conjunto, la situación era cada vez más forzada y falsa, y yo creo que se sintió un alivio general cuando el final de aquello llegó.

Fuimos todos en tropel a la estación, desde luego —solo con los años, la farsa de «ir a despedir a la gente» se revela bajo su verdadera luz—. Edward era el alma y la vitalidad de todo el grupo; y si a veces sus regocijadas expansiones te llamaban la atención como exageraciones de menudencias, no era aquel el momento de ser crítico. Mientras marchábamos arrastrando los pies, le prometí que solicitaría de Larkin el granjero la interrupción de matanzas de cerdos hasta que él volviera para las vacaciones; y Edward me contestó que me enviaría una auténtica catapulta

—se refería al artículo realmente letal, no al juguetito de niños—. Entonces, súbitamente, cuando ya estábamos a mitad camino, una de las chicas irrumpió en un estado agudo de llorera.

Los pocos listillos que se atreven a reírse de las congojas de un mareo en alta mar, quizás recordarán cómo, de vez en cuando, el inesperado colapso de un compañero de viaje en su presencia ha provocado un apresurado examen de autoconfianza y una decisión de andarse con más humildad en el futuro. Incluso a Edward le llegó el turno, pues giró la cabeza a un lado, simulando interés por el paisaje. Solo fue un momento: se acordó de que llevaba un sombrero —uno tipo hongo, el primero que tenía—, se lo quitó, lo examinó y se lo encasquetó otra vez. Algo en aquel gesto pareció darle fuerza, y volvió a ser un hombre una vez más.

En la estación, la primera preocupación de Edward fue colocar sus cajas en el andén, de modo que todo el mundo pudiese ver las etiquetas impresas con las letras de su nombre. ¡Uno no iba a la escuela por primera vez todos los días! Después leyó cuidadosamente ambas caras de su ticket, fue cambiándolo de bolsillo a bolsillo hasta pasar por todos, y finalmente se dedicó a hacer tintinear las monedas, como recurso para sostener su valor.

Para entonces, nos habíamos quedado secos de conversación, y solo nos restaba permanecer a su lado y escrutar en silencio al cordero bien cebado que es llevado al ara como víctima. Al mirar a Edward con sus nuevas ropas de corte masculino, con un sombrero rígido sobre la cabeza, un ticket de tren en un bolsillo y dinero propio en el otro —¡dinero para gastar como le diera la gana y sin tener que responder preguntas!—, empecé a sentir ligeramente lo ancho que era ya el profundo abismo abierto entre nosotros. Afortunadamente, yo no era lo suficientemente mayor para darme cuenta, además, de que en este pequeño andén el viejo orden de las cosas yacía entre sus últimas agonías; y de que Edward podría volver a nosotros, pero no sería el Edward de antaño, ni las cosas podrían ser ya las mismas.

Cuando el tren por fin comenzó a echar vapor, nos lanzamos todos a un impetuoso abordaje con los ojos, para escoger el vagón único y sin par que tendría el honor de hospedar a Edward con el mayor confort y dicha. Y mientras todos encontrábamos el compartimento ideal a la vez y defendíamos sus méritos a voz en grito, Edward tuvo la breve ocasión de quedarse atrás, momento en que un porteador zanjó el asunto introduciéndole con un empujón por la puerta más próxima; y mientras el tren se

alejaba, la cabeza de Edward asomó por la ventana, luciendo un inconfundible gesto «primera clase», que había estado reservando para el instante supremo. Su rostro resultaba verdaderamente pequeño y blanco sobre el fondo del largo costado del huidizo tren. Pero se apreciaba aquel gesto diáfano, innegable, tenazmente sostenido; hasta que una curva nos arrebató a Edward de la vista... y junto con el decreciente traqueteo del ferrocarril se esfumó de nuestro plácido remanso familiar, hacia el ajetreto mundo de los empujones y los golpes y la competición... hacia la Nueva Vida.

Cuando un cangrejo ha perdido una pata, sus andares son todavía más raros que lo que ya eran, hasta que el Tiempo y la Naturaleza sanadora lo hacen «totum teres atque rotundus<sup>3</sup>» una vez más. Nos dispersamos en la estación, y volvimos en desbandada. Harold, extremadamente callado, iba pegado a mí, su último y frágil pilar, mientras delante las chicas, con las cabezas juntas, iban calculando ya las semanas hasta las vacaciones y la vuelta de Edward. En casa, por fin, Harold sugirió una o dos ocupaciones ciertamente estimulantes y con sabor contrabandístico, pero aunque nos empleamos en ellas a fondo —como los hombres hechos y derechos que ya éramos—, no conseguimos exprimirles gracia alguna. Entonces yo sugerí otras, con la misma ausencia de éxito. Finalmente, nos encontramos sentados en silencio sobre una carretilla boca abajo, las mejillas apoyadas en los puños, escrutando cariacontecidos la crudeza de las nuevas condiciones de nuestra cambiada vida, las ruinas de un tiempo ya a nuestras espaldas.

Y durante todo ese tiempo Selina y Charlotte se afanaron en cebar los conejos de Edward con forraje de alta calidad jamás visto, nauseabundo y verde; le sacaron brillo a la jaula de sus ratones hasta que los ocupantes se quejaron y maldijeron como dueños legítimos de la propiedad en que tan bien habían vivido hasta el momento; y recogieron materiales con que hacer nuevos arcos y flechas, látigos, barcas, pistolas y arneses para cuatro caballos, en expectativa de la vuelta de Ulises. ¡Poco se imaginaban que el héroe, una vez vuelto de Troya y de todas sus empresas, condenaría sarcásticamente como basura y disparate el desmañado aunque laborioso arsenal preparado por las chicas, ¡solo apropiado para niñitos!

Este, junto con otros muchos despertares que vendrían, había estado misericordiosamente oculto para ellas. De haberse levantado el velo y haberseles permitido ver a Edward, tal como aparecería tras un breve periodo de tres meses a partir de aquel día —desgarbado en la indumentaria y desenfrenado de lengua, escarnecedor de la tradición y practicante de nuevas y extrañas torturas físicas; alguien que en la misma media hora descuartizaba una muñeca y hacía añicos una santa y sagrada creencia; en resumidas cuentas, una suerte de Capitán fanfarrón, como recién llegado del Spanish Main<sup>4</sup>—, podrían haber intuido una pizca del asunto; bueno, quizás. Pero, ¿quién de nosotros está hecho de esa fibra espiritual que le permitiría soportar la prueba de un vistazo a lo por venir? Confiemos en que las chicas, incluso en el caso de que se hubieran olido algo —quedando un tanto decepcionadas—, habrían actuado como precisamente hicieron.

Y quizás tenemos razones para estar muy agradecidos —tanto cuando fuimos niños, como mucho más tarde— de no poder nunca ni figurarnos cómo la constante captura de

cada uno de los instantes de la vida resultaría así, no solo a los demás, sino a nosotros mismos, un tiempo extremadamente breve. Así íbamos pasando —entusiasta y cordialmente entregados, hasta parecer casi patéticos a los ojos de un espectador externo— de una afición curiosa a una pasión inconcreta, y vuelta a empezar. ¿Y quien se tomará la molestia de hacer el papel de Rhadamanto<sup>5</sup>, y considerar todo aquello para decidir cuánto fue sólido logro, y cuánto fue sólido más simple juego de niños?

<sup>1</sup> Expresión latina que significa «ya has jugado bastante».

<sup>2</sup> Los Radicales fueron un grupo parlamentario británico, formado a mitad del siglo XIX, que exigían más derechos para el pueblo.

<sup>3</sup> Frase hecha latina: Totalmente completo y hasta el detalle.

<sup>4</sup> Los ingleses llamaban de este modo al conjunto de las posesiones del imperio español en territorio que hoy comprendería el sur de Norteamérica, toda Centroamérica y el Caribe. A causa de las grandes riquezas que la corona española exportaba a Europa, era una zona de continuos conflictos con piratas y corsarios ingleses.

<sup>5</sup> En la mitología griega, Radamanto era un hijo de Zeus y Europa que gobernó Creta. A causa de su inflexible integridad fue uno de los jueces de los muertos en el Hades.

# Índice

PORTADA INTERIOR	2
CRÉDITOS	3
ÍNDICE	4
INTRODUCCIÓN	6
LA EDAD DE ORO	7
PRÓLOGO: LOS OLÍMPICOS	8
UN DÍA LIBRE	11
UN TÍO ABSUELTO	17
CLAMORES DE GUERRA	20
EL HALLAZGO DE LA PRINCESA	25
SERRÍN Y PECADO	30
«EL TRAVIESO CUPIDO»	34
LOS LADRONES	39
UNA COSECHA	44
INCOMUNICADOS POR LA NIEVE	50
DE QUÉ HABLABAN	54
LOS ARGONAUTAS	57
EL CAMINO ROMANO	64
EL CAJÓN SECRETO	70
«EXIT TYRANNUS»	75
LA HABITACIÓN AZUL	79
UN PIQUE	86
LUSISTI SATIS	91